TOMO SEGUNDO

Soviets, 1929

Los viajeros que, después de haber pasado tres semanas en la U. R. S. S., escriben un libro de trescientas páginas, documentado sobre todas las cosas, pueden, según su parcialidad, denigrar al mundo soviético o admirarlo sin reservas. Pero aquel que ha pasado largos meses en la U. R. S. S., y no sólo en los grandes hoteles y entre los grandes funcionarios del régimen, sino en contacto con la vida cotidiana y de todo el mundo, tiene otros deberes, sobre todo si no se ha sentido como extranjero en el país de la revolución, y si el porvenir de la primera República de los trabajadores se le aparece como uno de los elementos más preciosos del porvenir del mundo.

Vista de cerca, la U. R. S. S. aparece verdaderamente como un mundo en transformación, donde dos clases de fuerzas, tan estrechamente mezcladas que se confunden frecuentemente en los mismos lugares, en las mismas instituciones, se combaten con un encarnizamiento sin ejemplo: las fuerzas del pasado, las tendencias de restauración capitalista, y las fuerzas proletarias que tienden a crear un orden socialista. Esta lucha se nos aparece pletórica de alternativas. En conjunto, la victoria parece inclinarse del lado de las fuerzas socialistas; el observador que mira las cosas a vuelo de pájaro, verá la bandera roja sobre el Kremlin, la bandera roja en lo alto de las nuevas fábricas de Karelia, de Armenia, del Volga, en todas partes; verá los retratos y las obras de Lenin en todos los lugares públicos y en no pocos hogares. Sacará la conclusión, debidamente adquirida, de que la victoria pertenece a las fuerzas socialistas. Pero el observador que, descendiendo de las alturas, visite las fábricas y los hogares, verá con fre-

cuencia bajo las banderas rojas hombres cuyas profundas aspiraciones, legibles en sus actos o en su manera de vivir, se dirigen, sepanlo o no, hacia la restauración capitalista. La revolución no ha terminado, la revolución *continúa*; es decir: *la lucha entre el capitalismo y el socialismo continúa.*

Segunda verdad. Puesto que existe la lucha de clases, la lucha entre fuerzas irreductiblemente antagónicas, el deber del observador que se siente solidario de los trabajadores de la U. R. S. S. consiste no tanto en elogiarlos por sus admirables victorias, cuanto en gritarles: ¡Cuidado, camaradas! ¡Redoblad vuestra vigilancia sobre tal o cual punto amenazado! ¡Preparaos a resistir en aquel otro, que parece todavía un sector tranquilo! El deber del observador que no se jacta de una absurda neutralidad *consiste en advertir del peligro a sus hermanos.*

Pero, se objetará, ¿no ofrece este procedimiento la desventaja de concentrar la atención sobre los puntos débiles de una sociedad naciente, de la cual sería preferible subrayar, para mantener el entusiasmo de los proletarios, las gloriosas conquistas y el fructífero esfuerzo? A esto responderé: el entusiasmo de los verdaderos revolucionarios no se alimenta sólamente con boletines de victoria; las dificultades y los propios reveses lo templan cuando se vislumbra prácticamente el final. Los proletarios son, ante todo, realistas. Además, *cada cosa debe venir a su hora, y en la hora presente es menester hablar de peligros y de dificultades.* ¡Sería criminal callarlos, ignorarlos! En tiempos de revolución, el observador que descubre un inmenso peligro y no lo denuncia, debe ser fusilado. (También sería culpable exagerar el peligro y sembrar el pánico: el lector bien intencionado no me dirigirá este reproche).

Y es que, *en el transcurso de los últimos años, las fuerzas hostiles al socialismo han realizado considerables progresos en la U. R. S. S.* Su empuje se ha dejado sentir por doquiera: en las costumbres, en la literatura y en el teatro, en las ideas, en la vida económica, inclusive en la vida política. La dictadura del proletariado ha conservado

do y conserva todas sus posiciones dominantes; pero existe una multitud de termites que la minan por todas partes. El año 1928 nos ha valido, en este sentido, bruscas revelaciones: el proceso de Chakhty, la crisis del trigo, la ofensiva de los *kulaks* en el campo, el "peligro de la derecha" en el partido. Estos peligros han sido reconocidos por el partido comunista de la U. R. S. S. Y pueden verse fácilmente en la calle, en la vida.

Las fuerzas del socialismo han crecido, han *madurado*; las otras, también. La lucha aparece confusa. Las alternativas contrarias son inevitables. Habría que ser el más cándido de los utopistas para imaginarse que un país puede caminar hacia el socialismo en línea recta. Y sería necesario no tener nada de común con el espíritu revolucionario para dejarse desalentar por los reveses parciales que pueden y deben ser tan sólo momentáneos. La quinta verdad que quisiera yo hacer resaltar, *es que, en la lucha emprendida, las fuerzas del mundo nuevo pueden y deben triunfar*. Pero para triunfar deben hacer de nuevo lo que han hecho tantas veces, de doce años a esta parte: dar pruebas de energía, de espíritu realista, de alta conciencia.

Lenin ha repetido muchas veces que las dificultades para la edificación del socialismo en un país agrícola, uno de los más atrasados del mundo, serían infinitas. Permítaseme citar aquí una de sus páginas, quizá una de las más geniales, que escribió todavía en Suiza, el 8 de abril de 1917, en su carta de adiós a los obreros suizos, al salir para Rusia. Será esta la mejor respuesta para aquellos que se imaginan que se sirve a la U. R. S. S. cerrando los ojos ante sus males, ante los males porque inevitablemente tiene que sufrir:

"El gran honor de *abrir* la serie de revoluciones engendradas, por una necesidad objetiva, por la guerra imperialista, le ha cabido en suerte al proletariado ruso. Pero no tenemos absolutamente nada que ver con la idea de considerar al proletariado ruso como un proletariado revolucionario, elegido entre los obreros de los demás países. Sabemos perfectamente que el proletariado de Rusia está

menos organizado, menos preparado, y que es menos consciente que los obreros de los demás países. No han sido ciertas cualidades particulares, sino un cúmulo particular de circunstancias históricas lo que ha hecho del proletariado ruso, *por un lapso de tiempo quizá muy corto*, el precursor avanzado del proletariado revolucionario del mundo entero.

"Rusia es un país campesino, uno de los países más atrasados de Europa. El socialismo no puede triunfar en ella *directamente* y en seguida. Pero el carácter campesino del país *puede*, a consecuencia de la inmensa superficie del dominio de los propietarios nobles, dar, sobre la base de la experiencia de 1905, una formidable amplitud a la revolución burguesa democrática y convertir a nuestra revolución en el *prólogo* de la revolución socialista, constituir un *pequeño paso* hacia ella.

... ...

"El socialismo no puede triunfar *directamente* y *en seguida* en Rusia. Pero la masa campesina *puede* conducir a la revolución agraria, inevitable y madura, hasta la confiscación de todo el inmenso dominio de los grandes terratenientes.

... ...

"Semejante transformación todavía no sería, en manera alguna, socialista. Pero daría un prodigioso impulso al movimiento obrero mundial. Fortalecería extraordinariamente las posiciones de la revolución socialista en Rusia y su influencia entre los obreros de la agricultura y los campesinos más pobres. Ofrecería al proletariado de las ciudades la posibilidad de desarrollar, apoyándose en esta influencia, organizaciones revolucionarias por el estilo de los Soviets de diputados obreros, y reemplazar con estas organizaciones los antiguos instrumentos de opresión de los Estados burgueses: el ejército, la policía, el cuerpo de fun-

cionarios, así como aplicar—bajo la presión de una guerra imperialista infinitamente penosa, y de sus consecuencias—diversas medidas revolucionarias para el control de la producción y la distribución de los productos.

"El proletariado ruso no puede *acabar victoriosamente*, por sus solas fuerzas, la revolución socialista. Pero puede dar a la revolución rusa una amplitud que creará las mejores condiciones para la revolución socialista, y, hasta cierto punto, la *iniciará*. Puede mejorar la situación con miras a la intervención, en las batallas decisivas, de su colaborador *principal* y más seguro, el proletariado socialista *europeo* y americano."

Quizás los trabajadores rusos, arrastrados por su ímpetu, han alcanzado mayores victorias que las que hubieran satisfecho a la prudencia de un Lenin. Han transcurrido doce años. Lo mejor y lo peor riñen batalla en el país. Todavía no han sido aniquiladas las taras del antiguo régimen, y apenas ha comenzado la transformación del hombre y de la sociedad. Pero este *apenas* es ya inmenso y precioso, porque es único en el mundo.

Diré cuáles son los males de que sufre la primera República del trabajo, a su nacimiento: no olvidemos que la precaria paz de que goza no le fué concedida por el universo capitalista, sino en 1922. La U. R. S. S. se encuentra, en su *séptimo año* de paz, enteramente entregada a sí misma. Pero quiero decir, ante todo, cuáles son las razones que tiene la U. R. S. S. para confiar en el porvenir.

Este país, de sorprendente riqueza natural, cuenta con hombres, con masas, de excepcional calidad. El hombre ruso, con su ruda energía, sus recursos interiores de fe, de pasión, de voluntad, de paciencia, de resistencia; el hombre ruso, cuyas variedades van del perfecto asiático al perfecto europeo, es quizá la riqueza menos explotada de la U. R. S. S. Nadie es capaz de prever el porvenir de este hombre. La sociedad que sepa ponerlo en movimiento será magnífica. Y este hombre es, por su profunda naturaleza, un constructor de vida nueva. En este sentido, lo mejor de él aspira al socialismo. En la revolución, lo mismo que

en la guerra, la calidad del material humano es de primera importancia.

Entre esas masas, la falange organizada, disciplinada, guiada por un fuerte pensamiento colectivo del partido comunista, hace su camino, su camino arrebatador. Hay alrededor de 200.000 comunistas y de "komsomols" (1), La décima parte de este número, está formada por auténticos jóvenes comunistas, ya lo sé. Ellos son quienes constituyen la verdadera falange. Esos doscientos mil miembros son, en este momento histórico, la sal del suelo ruso. Esos doscientos mil miembros pueden hacer milagros. Ya los han hecho, en serie, desde la insurrección de octubre hasta las hazañas militares y la reconstrucción de la industria socialista. Y a esos doscientos mil se unen todos aquellos que, siendo verdaderos comunistas o verdaderos simpatizantes, no poseen el *carnet* del partido. Quizá estos "sin partido" compensen, por su número y por su calidad, la existencia, en las organizaciones del partido, de las cuatro quintas partes de elementos pasivos y cargados de defectos.

Esta falange revolucionaria posee dos admirables generaciones de jefes: los viejos que durante varias décadas han combatido al antiguo régimen y al capitalismo internacional, la generación de Lenin y de Trotski, y los jóvenes, los que se han formado, de 1917 a 1921, en el fuego de la guerra civil. Pero sus capacidades, por su valor moral, por su energía, esos hombres no tienen quien les iguale en nuestro tiempo.

Ese país ha renovado su vida espiritual. Las nuevas disciplinas científicas son aplicadas por vez primera, y en gran escala, a todos los órdenes del conocimiento humano. Esto lleva consigo, sin duda, no pocas desventajas: es más fácil cultivar los viejos huertos muy trabajados que una tierra virgen labrada esta mañana, al alba, y cuyas propiedades se desconocen. Los comienzos de todas las renovaciones espirituales siempre han sido penosos y han estado pere-

---

(1) Miembros de las Juventudes comunistas.

trados de error. Esta no será menos profunda que la revolución cristiana. Los verdaderos frutos los recogerán nuestros bisnietos. Pero desde este momento, la sed de saber y el ardor de pensar cuentan entre las fuerzas más evidentes de la revolución.

En el orden de los hechos materiales, tenemos las victorias de ayer y de anteayer. Las del período de las luchas armadas, que son brillantes pruebas de vitalidad. Las de la organización del país socialista. Organización sobre un plan de conjunto, fundada en el factor económico, y en la cual se interesan todos, porque en lugar de ser el santo de los santos de los grandes hombres de negocios, es la cosa pública por excelencia. Organización defectuosa, pero socialista; nueva, viable, viva, y que ha hecho ya sus pruebas una vez, llevando, con sus propias fuerzas, tras siete años de guerra extranjera y de guerra civil, tras quince invasiones sucesivas en Ucrania, la producción a su nivel de antes de la guerra.

Los trabajadores rusos tienen razón en confiar. Poseen todo lo necesario para triunfar. Debemos a los fuertes la verdad. Debemos prevenir a los conquistadores del porvenir de los obstáculos que se levantan en su camino.

Uno quisiera gritarles en seguida:

—¡No dejéis abandonado vuestro hermoso material humano, no lo despilfarréis! ¡No dejéis que se desmoralice vuestra falange comunista! ¡No diezméis vosotros mismos a vuestros jefes! ¡No convirtáis vuestro caudal intelectual, vuestra doctrina comunista, en fórmulas, en casuística, en clisés! ¡Defended mejor vuestro Estado, vuestra industria; curadlos y, para ello, abrid bien los ojos!

La crisis del trigo se resume así: Rusia, que exportaba cada año, antes de la guerra, más de 1.300 millones de francos de cereales—era uno de los graneros del mundo—, y que en 1923 exportaba más de 100 millones de rublos, en 1928 ha tenido que importar trigo y recurrir a medidas extraordinarias para obligar a los campesinos acomodados a que entreguen su grano. "A primeros de año—declara-

ha Rikov—, el 9 de marzo de 1928, estaba amenazado el abastecimiento de las ciudades." Ha sido un año durísimo. El presidente del Soviet de Leningrado, Kamarov, declaraba el 28 de diciembre: "Si entran los "stocks" que esperamos, juntaremos, mejor o peor, los dos extremos hasta el otoño." El año 1929 no verá, pues, atenuarse la crisis del trigo, que hace estacionarse en las ciudades, ante las panaderías, colas que no acaban nunca, y que agrava terriblemente la lucha de clases en el campo. Las exportaciones de trigo constituían uno de los más importantes recursos de la industrialización; ahora se le buscan sucedáneos.

El mal, denunciado desde dos años antes por una fuerte oposición en el seno del partido comunista, se reveló bruscamente hace tres meses, después de la derrota de aquellos que habían instado en vano al partido para que abriera los ojos. Los oposicionistas no se cansaban de denunciar el enriquecimiento de los *kulaks*, la incapacidad de la industria para satisfacer las necesidades del campo, la incuria y la ceguera de una burocracia que encontraba que todo iba viento en popa. Fueron arrojados del partido en el XV Congreso, en diciembre de 1927, y deportados al día siguiente. El Congreso desmintió solemnemente todos sus alegatos. Seamos textuales: la resolución del Congreso dice que:

"1.° La superficie de sembradío ha aumentado y la cantidad de las tierras yermas ha disminuido con gran rapidez después del XIV Congreso, lo cual revela el aumento general de la principal masa del cultivo;

2.° En el terreno político, el campesino medio ha seguido alejándose del *kulak*; la alianza de la clase obrera con las masas medias campesinas se ha fortalecido, y se ha producido un cambio decisivo contra el *kulak*, cambio que tiende a aislarlo".

Acababa apenas de separarse el Congreso, cuando la crisis la infligía un brutal mentís. El partido, dirigido por Stalin, hacía un brusco viraje hacia la izquierda y adoptaba las dos terceras partes de la plataforma de la opo-

sición. El editorial de la *Pravda* del 15 de febrero de 1928 decía exactamente lo contrario de la resolución del XV Congreso: "En el campo, el *kulak* se ha enriquecido, ha crecido; en primer lugar, acapara las reservas de trigo, a fin de aumentar su precio...; impone su autoridad y arrastra en pos de sí al campesino medio..." La penuria obligaba a adoptar enérgicas medidas. Se aplicó a los detentadores de los cereales el artículo 107 del Código penal, que castiga al acaparador con la prisión y la confiscación. En el campo se produjeron una enormidad de incidentes penosísimos; las instituciones locales no distinguían entre el *kulak*, que sabía disimular hábilmente su haber, y el campesino acomodado, que poseía un poco de trigo. Los cultivadores reaccionaron sembrando menos, ya que temían que les confiscaran el excedente. Y fué preciso que, sin perder tiempo—a finales del verano—, el C. C. del partido condenara solemnemente los abusos, dejara de recurrir a la aplicación del artículo 107 y aumentara el precio del trigo. Con esto no se consiguió más que atenuar el malestar. El trigo no afluía, ni mucho menos, a los almacenes del Estado; los elementos rurales, agriados, se dividían: los pobres, recientemente exonerados de impuestos, inclinábanse a sostener a las autoridades soviéticas, y los *kulaks* disponíanse a resistir por todos los medios. Las riñas, los asesinatos, los incendios, los excesos de toda suerte multiplicáronse en el campo, hasta el punto de que hubo necesidad de crear una sección permanente, en los periódicos, para los crímenes de los *kulaks*.

¿Cuáles son las causas reales de la crisis?

1.ª, en primer lugar, la pobreza general del campesino ruso, el estado atrasado de una agricultura que emplea todavía millones de arados de madera y desconoce la existencia de los abonos químicos; 2.ª, el aumento de la población, que ha pasado de 135 millones, a que ascendía, en 1914, a 145 en 1926, a pesar de la guerra y del hambre (en tiempos de paz el aumento es de dos a tres millones de bocas por año); 3.ª, la debilidad de la industria, que no puede suministrar en cantidad suficiente las mercancías

de que han menester los campesinos. Esta es la causa de los elevados precios de los artículos manufacturados y de los bajos precios del trigo. Según Rikov (*Pravda* del 11 de marzo), el déficit de mercancías industriales—en otros términos, la inferioridad de la oferta a la demanda—, alcanzaba en el primer trimestre de 1928 la cifra de 500.000.000 de rublos; según Kuibichev, esta cifra debía aumentar, en el curso del año económico 1928-1929, en un 14 por 100; 4.ª, los efectos del régimen burocrático en el campo, que vician la aplicación de todos los decretos, y que permiten a los verdaderos *kulaks* disimular su haber, gracias a la complicidad de la administración, y perjudican a los campesinos medios, a los cuales se aplican con harta frecuencia las medidas fiscales que en modo alguno iban dirigidas contra ellos; 5.ª, la resistencia consciente de los campesinos ricos, sostenidos a veces por la mayoría de los cultivadores, cuyas aspiraciones representan, ya que todo campesino acomodado aspira a mejorar todavía más su situación y sueña con llegar a ser un pequeño capitalista.

El campesino rico, el *kulak*, es, según una frase de Lenin, "un capitalista en agraz". ¿Representa una potencia social? Mucho se ha discutido a este respecto, y con una pasión peligrosa. Durante un par de años, en 1925-27, la mayoría del partido lo negaba; la oposición lo afirmaba; las estadísticas estaban sometidas a las variaciones más curiosas. Los dirigentes del partido se negaban a admitir que hubiera más de un 5 por 100 de *kulaks* en la U. R. S. S. La oposición afirmaba: un 10 por 100, y quizá más... El estudio del campo obliga, en efecto, a dividir a los cultivadores en cinco categorías, por lo menos: 1.ª, los pobres, que sólo pueden vivir de su trabajo en calidad de jornaleros (proletarios); 2.ª, los pobres que, mientras alquilan sus brazos a los más ricos, cultivan un trozo de tierra propio (semipropietarios); 3.ª, los medios, que viven del cultivo de su parcela, sin emplear a jornaleros; 4.ª, los acomodados, que recurren eventualmente a la mano de obra asalariada y disponen de buenos utensilios de trabajo; 5.ª, los ricos o *kuloks*, que emplean, generalmente,

braceros, y disponen de buena maquinaria y de reservas. Estos últimos representan, sobre poco más o menos, el 5 por 100 del total de cultivadores. Pero, desde el punto de vista social, ¿no debe considerarse igualmente como *kulaks* a los cultivadores de la cuarta categoría, tan próximos a los *kulaks*? La oposición decía: sí. Los dirigentes respondían: no. Según se adopte uno u otro punto de vista, habrá un 5 por 100 o un 10 por 100 de *kulaks*. Por nuestra parte, dejaremos que el lector decida por sí mismo si los campesinos acomodados se encuentran más cerca de los proletarios que de los pequeños capitalistas rurales.

La influencia de un grupo social no corresponde siempre, por otra parte, a su fuerza numérica. Así como la influencia de un millonario es en la Europa occidental infinitamente mayor que la de muchos seres pequeños, la influencia de los campesinos ricos se ha revelado como suficientemente fuerte, en el campo de la U. R. S. S., para dar al traste con toda la política y abrir brutalmente la crisis del trigo. Desde que se reconoció el peligro y se declaró la "guerra al *kulak*", la *Pravda* no ha cesado de referir, día tras día, los incendios, las muertes, los asesinatos políticos; pero el lector de los periódicos soviéticos sabe que es muy posible hablar, sin exageración, de millares de casos de este género. El asunto de Lurdovai, juzgado por el tribunal revolucionario de Ijevsk (Ural), en enero último, ha revelado cuáles son las costumbres que los *kulaks perpetúan* todavía en el campo atrasado del país socialista. He aquí algunos datos facilitados por Molotov —uno de los jefes del partido— sobre este asunto, en la *Pravda* del 26 de septiembre de 1928: A fines de junio último, fueron apaleados en Lurdovai, cerca de Ijevsk, 300 campesinos "votiakos". "Fueron apaleados, primero, cerca de la escuela; después, cerca del puesto de los bomberos. Los campesinos, resignados, doblaban el espinazo en silencio. Todo el mundo pasó por allí, incluso aquel cuyo padre fué fusilado por los blancos. Oíanse por toda la aldea sollozos de mujer. Se apaleó, también, a los muchachos de catorce a quince años. Ocurridos los hechos, el tribu-

nal levantó acta. Algunos campesinos se defendieron a tiros y a hachazos... Este castigo había sido motivado por el mal estado de las cercas, que permitían que el ganado de los unos echara a perder los cultivos de los otros. Los habitantes de Lurdovai fueron apaleados por un grupo organizado, que venía, provisto de estacas, de la vecina aldea de Ludzi. Los campesinos acaudalados habíanse reunido, previamente, en el bosque. Se apaleó a cultivadores cuyas cercas se hallaban en un estado irreprochable. Los más duramente tratados fueron los pobres". La encuesta llevada a cabo por los periódicos prueba que en aquellas aldeas el reparto más reciente de las tierras había tenido lugar hacía cuarenta y seis años. Los campesinos acaudalados amenazaban con matar a los que hablaban de un nuevo reparto. Habían disuelto el comité de socorros mutuos de los pobres y arrojado de la asamblea de la aldea al presidente y al secretario del comité. Existe en el distrito una célula comunista que cuenta con 23 miembros del partido y 13 candidatos. Existe también, indudablemente, una organización de "komsomóls". El partido y los jóvenes no se han dado por enterados de nada hasta la llegada de los delegados del Comité regional. "¡Tal es el comportamiento—exclama Molotov—de algunas de nuestras organizaciones rurales!" Las autoridades soviéticas locales mostráronse sorprendidísimas de la importancia que la Prensa atribuía a este asunto... Dichas autoridades limitáronse a decir que "tal era la costumbre".

Los *kulaks* no sólo se valen de estos procedimientos de fuerza. La *Pravda* refiere cada día los esfuerzos que hacen para conciliarse hasta a los mismos pobres: les prestan trigo, simientes, utensilios; se hacen populares; aquí hacen alarde de celo soviético y allá de fervor religioso. Y todo ello, no sin resultados. Cuando llegan a ser populares, se instalan en los Soviets locales. En los alrededores de la capital siberiana, en Novo-Sibirsk, distrito de Barginsk, ha habido que revocar a 14 presidentes de Soviets, de 27. El presidente del Soviet del pueblo de Alexeev pagaba 300 rublos de impuestos. En los alrededores de

Omsk, los miembros del Soviet participaban en la compra y en la venta de tierras. He tomado todos estos datos de un periódico fechado el 21 de diciembre. La *Pravda* del 6 de enero da cuenta de que ha sido vendido, en el curso del último año económico, en Bachkiria, material agrícola por valor de 1.056.000 rublos. Los *kulaks* han adquirido el 58'5 por 100; los campesinos pobres, el 9 por 100; los cultivadores medios, el 32'5 por 100. "Todas las máquinas vendidas al contado lo han sido a los *kulaks*."

El *kulak* no es un mito. Tampoco es un malhechor, una gran fuerza política, un enemigo maquiavélico. Es una realidad económica, resultante fatal de causas profundas —del régimen de la pequeña propiedad y de la libertad del comercio; en una palabra: de la *nep*—, y es un hombre, un capitalista "en agraz", que defiende por todos los medios sus intereses, que a menudo se confunden con los de un gran número de campesinos, pues éstos se hallan en las mismas condiciones de existencia y tienen las mismas aspiraciones que aquél. Sería necesario no ignorar su existencia, ni cercarle, y, sobre todo, no pretender suprimirlo o combatirle con medidas principalmente administrativas. Y aquí aparece la gravedad de los errores políticos cometidos en el campo. A fines de 1925, en el momento en que los campesinos, demorando deliberadamente la entrega del trigo, infligen una primera derrota al Gobierno soviético (derrota que provocó la caída de Zinovief), Bujarin les grita: "¡Enriqueceos!" Bujarin no tarda en retractarse, pero el XIV Congreso del partido decide, a pesar de la oposición de Zinovief, una política de "laisser-faire". Durante un par de años, la tesis oficial ha sido que el *kulak* no era de temer, que la evolución del campo hacia el socialismo estaba asegurada mediante la cooperación, y que quienes hablaban de peligro rural eran unos pesimistas y unos malintencionados. El XV Congreso (diciembre de 1927), tuvo lugar todavía con esta nota, pero tomando la decisión, bajo la presión de la oposición, a la cual excluyó, de alentar las explotaciones agrícolas colectivistas y de combatir a los elementos capitalistas del campo, que eran,

por otra parte, insignificantes. Seis semanas después estalla la crisis; el partido declara la guerra al *kulak*, descubierto de repente, y toma contra él medidas draconianas. Entra el trigo, pero se agrava la crisis. Al cabo de algunos meses, el partido decide la supresión de las medidas de rigor; se esfuerza por tranquilizar a los campesinos; aumenta el precio del trigo. Es ya un poco tarde: la crisis económica se agudiza cada vez más. Después de este ensayo de pacificación, vuelve a empezar con mayor intensidad la guerra contra el *kulak*. Y así estamos.

Hace un año, las estadísticas oficiales, citadas por Rikov, estimaban que los campesinos poseían reservas de trigo por un total de alrededor de 600 a 700 millones de puds. ¿Habían sido truncadas estas estadísticas? ¿Permanece todavía oculto ese trigo? La hipótesis más plausible parece ser esta última. Lo cierto es que la mayoría de los campesinos carecen de trigo, de pan, de forraje; lo cual no quiere decir que no los tenga una minoría de acaudalados. Se observa en toda Rusia un hecho de extraordinaria gravedad: los campesinos hacen largos viajes para comprar en la ciudad el grano con que alimentan a su ganado y a sus caballos. Para acabar con esto, se han establecido, en Leningrado, a partir del 1.º de enero, las tarjetas de consumo. La explicación del mal es por demás simple: el pud de avena (16'400 kilogramos) cuesta tres rublos, mientras que el pud de pan negro cuesta en la ciudad 1'50 rublos. Los errores de la política de precios no son extraños a esta situación.

Conocemos el mal y sus causas. Qué debe hacerse? Tres criterios diferentes, se afrontan, a este respecto, entre los comunistas.

Opinión de la derecha:

"Nuestro campo es de tal modo mísero, que lo primero que hay que hacer es permitir que se levante. El *kulak* es menos peligroso que la absurda política de guerra de clases en las aldeas. Nuestro deber consiste en pacificar el campo, en lugar de atizar los odios sociales. Es preciso dejar a los cultivadores que se enriquezcan; el enriquec-

miento del campo, del cual sacamos los víveres y las materias primas, es condición de todo progreso industrial. Es insensato pretender hallar remedio a la crisis creando vastas explotaciones agrícolas soviéticas, teniendo en cuenta que no producirán hasta dentro de varios años. Su desarrollo absorberá varios millones de rublos que, destinados al fomento del cultivo individual, mejorarían inmediatamente nuestra situación. Tengamos cuidado de no forzar demasiado los resortes de la industrialización cuando la agricultura se encuentra en pleno marasmo. Sería tanto como caer en la peligrosa utopía de los trotskistas, que, para obtener un desarrollo industrial más rápido, nos expondrían a encender la guerra civil en el campo... Hagamos frente a lo más urgente. En vez de emplear centenares de millones en la construcción de máquinas que no producirán hasta dentro de varios años, démonos prisa a desarrollar la industria ligera—textil y otras—, que produce para el consumo inmediato de las masas. Es preciso poner remedio, a todo precio, a nuestra penuria...

Los jefes de la derecha, Rikov, Tomski, Bujarin, son demasiado hábiles para hablar con claridad y en voz alta antes de tiempo. Sin embargo, esto es lo que ha dicho Bujarin en sus *Notas de un Economista*, que le han valido un sinnúmero de molestias. En el partido se ha desencadenado toda una campaña contra él. Bujarin ha guardado silencio; pero lo lucha entre la derecha y el "centro", que es el que dirige actualmente, parece que haya de encenderse en breve. De todas maneras, estos argumentos son los que se emplean corrientemente. El estado de espíritu de la derecha es muy frecuente en el partido.

La tesis de la mayoría oficial del partido, expresada por Stalin y Molotov, parece acercarse mucho más cerca a las de los "trotskistas". Podemos resumirla, someramente, así:

"El peligro *kulak* es grande, pero la crisis actual no es más que una crisis de ofrecimiento, de la cual saldremos con energía, perseverando inquebrantablemente en el camino de la industrialización más activa. En cuanto a la re-

sistencia de los *kulaks*, la destruiremos con la fuerza y la concurrencia de las grandes explotaciones agrícolas soviéticas. Y así dirigiremos el campo, por el camino de la cooperación, hacia el socialismo. La política de concesiones a la pequeña propiedad individual, preconizada por la derecha, llevaría a la República a su pérdida, favoreciendo la formación, en el campo, de una temible clase de pequeños capitalistas, retrasando el desarrollo de la industria pesada a fin de favorecer mejor y más de prisa, gracias a la industria ligera, las necesidades de las masas, todo lo cual nos obligaría a ser tributarios del extranjero en lo que se refiere a los medios de producción e incluso de consumo. Esto sería tanto como entrar por el camino de la colonización económica de la U. R. S. S. por los países capitalistas".

Por este motivo, los dirigentes del partido combaten actualmente con energía la tendencia de la derecha, oficialmente calificada de "oportunista". Respecto de la izquierda—la oposición—, cuyos argumentos han ido adoptando poco a poco, se limitan a decir que, por su acción clandestina, se asimila a los contrarrevolucionarios. Y; para mayor comodidad, siguen imputándole ideas que todos los oposicionistas con que uno se tropieza afirman con indignación no haber profesado nunca.

Escuchemos ahora a estos últimos, que dicen, en suma: "Stalin y su mayoría, que no ha sido nunca tal mayoría, pues está profundamente dividida y se impone por la presión de la burocracia, han afirmado, durante años y años, que era posible dirigir pacíficamente al campo hacia el socialismo en un solo país. La realidad de la lucha de clases en el campo les ha dado, después que nosotros, un enérgico mentís. Nosotros jamás hemos preconizado la absurda guerra administrativa contra el *kulak*. Nosotros decíamos que era preciso tener en cuenta la formación de una clase de campesinos ricos y obrar con prudencia, firmemente, políticamente, con consecuencia, para no tener que recurrir, en los momentos de crisis, a medidas extraordinarias. Hemos preconizado un empréstito obligatorio

de 150 millones de rublos, que debía imponérseles a los campesinos ricos, con su correspondiente interés. Stalin nos ha acusado entonces de atentar contra la NEP; pero, meses más tarde, viéndose rodeado de dificultades, recurría a brutales requisas en el campo, haciendo funcionar el artículo 107. La necesidad obliga a Stalin a repetir, palabra por palabra, cuanto nosotros venimos diciendo, año tras año, sobre la cuestión campesina, la industrialización, el peligro de la derecha dentro del partido, e incluso la burocracia. Esto estaría muy bien, y nosotros lo apoyaríamos sin reservas, volveríamos al partido sin hablar de un pasado reciente un tanto amargo, si Stalin no aplicara nuestra plataforma de una manera caricaturesca, condenada al fracaso. Fíjese usted bien en que no plantea, de una manera seria, ni la cuestión obrera ni la del régimen interior del partido. Ahora bien: sin una modificación profunda del régimen interior del partido, y sin mejorar resueltamente la situación material y política del proletariado, no es posible llevar a cabo seriamente ninguna política de industrialización y de lucha contra el *kulak*, el *nepman* y la burocracia; es decir, contra las fuerzas del capitalismo naciente. Pero Stalin, que debe su poder a la burocracia, no puede internarse por este camino.

"En cuanto a la derecha, comete errores que pueden ser nefastos. La historia no espera; los pocos años de aliento que nos concede, debemos emplearlos en procurarnos los medios de producción, es decir, en desarrollar ante todo la industria pesada, a fin de no ser mañana una colonia del capital internacional. Debemos tener en cuenta la rapidez del progreso industrial de los países capitalistas, en vez de soñar en el socialismo en un solo país y dejarnos distanciar cada vez más por nuestros enemigos. Pero la derecha no tiene confianza en el proletariado de la U. R. S. S., que es capaz de ganar todavía no pocas victorias; ni en el proletariado internacional, que nos sostendrá; ni en la revolución mundial, a la cual se inclina a renunciar..."

Se oye también a los hombres más diversos expresar una opinión que merece, asimismo, ser retenida:

"Quizá se hayan hecho necesarias las concesiones al espíritu de propiedad individual de los campesinos. En este caso, lo esencial sería restablecer, ante todo, la unidad del partido. Si las concesiones a los campesinos van acompañadas de una presión económica sobre la clase obrera, y de la represión contra los elementos comunistas de la izquierda, esas concesiones fortalecerán poderosamente todas las fuerzas hostiles al socialismo y pueden cobrar una importancia desastrosa. Si éstas se llevan a cabo por un partido en el que vuelvan a ocupar su puesto todos los hombres de la revolución de octubre—aun cuando no sea más que en las filas—, y si la democracia interior lo vivifica, lo depura y sana, no constituirán más que una maniobra justificada por el interés superior del proletariado".

Todo el mundo está de acuerdo en la necesidad de industrializar ese gran país agrícola y atrasado. Pero desde el momento en que hay que separarse del principio puro para plantear la cuestión prácticamente, comienzan los desacuerdos, llueven cifras que no hacen sino inspirar desconfianza, y llega a tenerse en seguida la impresión de una batalla en las tinieblas.

Las consecuencias de la guerra, del bloqueo y de la revolución, llegaron a arruinar, completamente, en 1920, la producción de Rusia, producción que descendió a la quinta parte de lo que era en 1913, y a veces a cero, como en el Donetz y en determinadas regiones mineras y metalúrgicas. En cinco años de paz, sin una verdadera seguridad, los trabajadores rusos, enteramente entregados a sí mismos, teniendo que hacer frente a la perseverante hostilidad del mundo capitalista, han reconstituído en gran parte su maquinaria, y, con frecuencia, ha alcanzado el nivel de producción de antes de la guerra. La historia no conoce

otra proeza de este género. No perdamos de vista el hecho de que los trabajadores rusos han dotado a su producción de una organización nueva, para la que no tenían ante los ojos modelo alguno, y de la que han sido también los precursores. Su victoria había sido conquistada en 1925.

Inútil sería silenciar o disminuir esta victoria, que constituye para el proletariado una de sus principales razones de confianza en sí mismo. Pero sería peligroso enorgullecerse hasta el punto de perder de vista las dificultades que han surgido después, y que, como veremos en seguida, son muy grandes.

En las grandes circunstancias, los jefes del partido han preferido adoptar el lenguaje de un optimismo sin reservas. Stalin exponía, con un viejo texto de Engels en la mano, que las nueve décimas partes del socialismo habían sido realizadas en la U. R. S. S. La Prensa repetía que el desarrollo económico de la U. R. S. S. era mucho más rápido que el de los Estados Unidos. El profesor Varga declaraba en Moscú, en el VI Congreso de la Internacional comunista, en septiembre de 1928, que "nos encontramos ante un año sin crisis, aun cuando se vislumbren algunas dificultades", añadiendo que el salario del obrero ruso progresaba más rápidamente que el del obrero americano. Textualmente: "El salario del obrero ruso alcanza, con el seguro social, al 134 por 100 del de antes de la guerra, mientras que el del obrero americano sólo alcanza al 130 por 100".

Al hablar en este tono, se exponen a provocar vivas reacciones y no consiguen más que crear una "literatura de comunicado oficial", que nada tiene de común con lo que todo el mundo dice, ve y piensa.

¿Un año sin crisis? La crisis la reconoce hoy todo el mundo. Existe desde hace más de un año, y existirá, sin duda, largo tiempo todavía, una penuria de cereales, de granos alimenticios, de manteca y de aceite, de te, de papel, de tejidos, de cueros, de hierro, de bronce, de materiales de construcción... Aumenta el costo de la vida y se

tropieza con dificultades reales para abastecerse, inclusive a altos precios.

A un observador honrado no puede permitírsele que hable adoptando el tono de cierto optimismo oficial, frecuentemente desmentido por la vida. Es menester decir lo que es. Mientras la producción volvía al nivel de antes de la guerra, la población aumentaba en diez millones de almas, lo cual quiere decir que el consumo por cada habitante tenía que caer, entre 145 millones de almas, del 7 al 8 por 100—o alrededor—por debajo del nivel de antes de la guerra. Para que exista una verdadera industrialización, no basta con construir nuevas fábricas cada año, —lo cual, por lo demás, está perfectamente bien—, sino *que es menester que la industria prospere, generalmente, más de prisa que la población*, que aumenta cada año alrededor de tres millones de almas. Aún no bastaría con esto para que existiese una verdadera industrialización, sino que, además, sería necesario que el desarrollo de la industria soviética tendiera a dar alcance al de los países capitalistas avanzados. Los amigos de la U. R. S. S. deben tener el valor de decir que no es esto lo que sucede. La actual crisis prueba que el aumento de la población y de sus necesidades es más rápido que el de la industria, y que tampoco se trata de alcanzar a los países capitalistas avanzados. Tengamos el valor de plantear el problema en toda su gravedad. Se han publicado cifras en Rusia y en el extranjero, dando indicaciones sobre el desarrollo de la industria automovilística desde 1913. ¿No vivimos en la época del automóvil? En 1913 había en el mundo entero alrededor de 2.500.000 automóviles, y Rusia no tenía más que 18.000. Rusia ha alcanzado a este respecto el nivel de antes de la guerra, con sus 18.000 automóviles, pero hoy hay más de 21.000.000 de ellos en el mundo. No pueden exigirse a Rusia, sin duda alguna, mayores milagros de los que lleva hechos, y que son bastante reales; pero su interés consiste en ver las cosas tal como son, precisamente, porque sus comienzos le dan derecho a

tener confianza en el porvenir Un mal conocido es a veces un mal vencido a medias.

¿Cuál es el camino que debe seguirse? La industria ligera, la que sirve al suministro de consumo, ha sido, al cabo, reconstituida, aun cuando el esfuerzo se revele como insuficiente. La industria pesada, la metalurgia que fabrica sobre todo los medios de producción, es todavía muy débil. La política de la industrialización consiste, en este momento, en desarrollar, sobre todo, la fabricación de los medios de producción, a fin de que la U. R. S. S. no sea tributaria, a este respecto, del extranjero. Pero aquí se dividen las opiniones. La derecha del partido cree que la penuria es demasiado grave; que es preciso satisfacer, con toda urgencia, las necesidades del campo y desarrollar, por consiguiente, la industria ligera. Bujarin sostiene, en sus *Notas de un Economista* (*Pravda*, 30 de septiembre de 1928), que han sido severamente criticadas por el partido, que la industria está llegando, a consecuencia del marasmo de la agricultura, al límite de su esfuerzo. "La velocidad del desarrollo de la industria sobrepasa extraordinariamente la del desarrollo de la agricultura." Es, en resumidas cuentas, la contrapartida de la tesis de Trotski, que sostiene que el marasmo de la agricultura se debe a la lentitud de la industrialización, pues las ciudades no suministran a los campesinos los medios de desarrollar su cultivo. Y Bujarin subraya, a su vez, un año después que la oposición y adoptando otro punto de vista, los principales defectos de los planes quinquenales que anuncian, según él, "un déficit, que aumenta rápidamente, en todas las categorías del consumo de los metales". Y en apoyo de su aserto, ofrece un cuadro de previsión de la producción de los metales negros, de 1926-27 a 1928-29, cuadro que demuestra que las necesidades satisfechas el primer año, en la medida de un 82 por 100, no lo serán ya en el último más que en un 71 por 100. Y en cuanto a la satisfacción de las necesidades de la población, debe descender del 60'2 por 100 al 56'6 por 100, pues no hay lugar a dudas que la mayor parte de los metales irá a parar a

los ferrocarriles y a la industria. Bujarin saca la conclusión de que es menester atenuar urgentemente la penuria; constituir reservas, de que se ha cometido el error de no preocuparse; no forzar excesivamente los resortes de la industria, cosa que haria fracasar los mejores planes; "evitar los gastos falsos e inútiles, que alcanzan totales fabulosos". Añadamos que, después de la publicación de estas notas, la situación de Bujarin en el partido ha quedado muy comprometida.

Recordemos que un año o más, antes que Bujarin, la oposición dirigida por Trotski y encarnizadamente combatida por Bujarin, señalaba todos estos peligros en sus contra-tesis de noviembre de 1927. He aquí, especialmente, lo que escribía sobre el capítulo del consumo:

"El *consumo personal* de productos industriales, que es absolutamente mínimo actualmente, no debe aumentar más que en un 12 por 100 en cinco años. El consumo de tejidos de algodón será, en 1931, el 97 por 100 del de antes de la guerra, y sólo la quinta parte del consumo de los Estados Unidos en 1923. El consumo de carbón será el 1/17 del de Alemania y el 1/17 del consumo de los Estados Unidos en 1923. El consumo de bronce será de menos de una cuarta parte del consumo de Alemania en 1926, y del 1/11'5 del consumo de los Estados Unidos en 1923. El consumo del papel llegará al finalizar los cinco años, al nivel equivalente al 83 por 100 del de antes de la guerra. El plan quinquenal "más optimista" del Consejo Superior de la Economía nacional no introduce modificación esencial alguna en las proporciones citadas. Por ejemplo: el consumo de algodón, por cabeza, no será en 1931-1932 más que el 106'8 por 100 del consumo de antes de la guerra. ¡Y esto quince años después de la revolución de octubre! Presentar en el décimo aniversario de la revolución de octubre un plan tan mezquino, de un pesimismo tan absoluto, es, prácticamente, trabajar contra el socialismo.

El plan quinquenal, tratado así por Trotski y sus amigos, ha sufrido después un gran número de modificaciones sucesivas. No sabemos cuál sea la opinión de Trotski

sobre su aspecto actual, pero conocemos la de Bujarin. Y sabemos, sobre todo, que el consumo de las masas no ha aumentado realmente, y que está lejos de aumentar.

La derecha acusa a veces—según los periódicos—a los actuales dirigentes del partido, de caer en el error, generalmente atribuído a Trotski, de preconizar una excesiva industrialización. *¿Existe una socialización excesiva en la U. R. S. S.?*, preguntaba la *Pravda* del 14 de noviembre de 1928. Y daba cifras por demás curiosas. En 1928-29, la producción socializada daba trabajo en el país a cerca de 11 millones de personas—el 13'1 por 100—; la producción individual con tendencia capitalista, principalmente rural, ocupaba al resto de la población, o sea el 86'9 por 100. La socialización no parece ser, pues, muy fuerte...

Mientras tanto, la interrupción, durante varios años, de la exportación de trigo, ha disminuido los recursos de la industrialización. Pero todos parecen estar de acuerdo en este respecto: esos recursos existen en el país y el problema consiste en saberlos buscar y emplear. Ya hemos leído la afirmación de Bujarin de que "los gastos inútiles ascendían a sumas fabulosas". Algunos camaradas de la oposición me han dicho:

—¿Recursos? No nos faltan. Lo que habría que hacer es no despilfarrarlos.

Dejemos que hablen los hechos, tales como nos los presentan los periódicos. En 1926 han sido juzgados no pocos burócratas que, teniendo a su cargo la dirección de los trabajos de irrigación del Turquestán, habían gastado 70 millones de rublos, de los cuales solamente ocho millones habían sido empleados útilmente. A principios de enero de 1928 se juzgó en Bakú al personal del servicio de aguas de Azerbeidján que, encargado de la construcción de un canal de irrigación, que debía costar 376.000 rublos, ha gastado 11 millones en estos trabajos. Asimismo, otro canal ha costado dos millones en lugar de los 700.000 ru-

bles previstos, y no riega más que 75 hectáreas, en lugar de 10.000 (Prensa soviética del 9 de enero). Y así sucesivamente...

Desde hace tres años se construye en Kertch (Crimea) una formidable fábrica metalúrgica. Ya se han gastado 20 millones, sin que estén terminados los planos definitivos de la fábrica. Han comenzado los trabajos sin planos ni presupuestos. Se creyó, al principio, que costarían una veintena de millones y que no se invertiría en ellos arriba de tres o cuatro años. Al cabo de cuatro, el coste total de la reconstrucción de la fábrica ha sido estimado en un mínimum de 64 ó 66 millones. Y ya es demasiado tarde para interrumpir empresa tan costosa. También se dan cuenta de que será muy difícil transportar a Kertch el combustible del Donetz; echan de ver ahora también que la producción de la nueva fábrica resultará probablemente más cara que la de las fábricas viejas. Los responsables de este escandaloso despilfarro se encuentran en las oficinas del *Glavmetal* (Centro de Metales) y del trust Yougostal. Todos los detalles de este asunto han sido publicados por la *Pravda* del 8 de septiembre de 1928.

No se trata de un caso aislado; es, por el contrario, un caso típico. Las nuevas fábricas de vidrio se encuentran en idénticas circunstancias. Y he aquí algunos datos precisos sobre la industria papelera (*Pravda* del 20 de enero de 1928). En 1925 fueron trazados los planos para la construcción de varias fábricas de celulosa, papel, etc., en Balakhna (Volga) y otros lugares, fábricas que debían costar 40.500.000 rublos. Empezaron los trabajos. Han transcurrido tres años. El presupuesto de construcción se elevó a 65.300.000 rublos, en tanto que bajaban las previsiones de producción de las futuras fábricas. La fábrica de papel de Kondopog (Karelia), debía producir papel a 140 rublos la tonelada. Ahora se cae en la cuenta que dicho papel resultará a 235 rublos tonelada.

La extracción de la turba, combustible excelente y barato, ha progresado con relación a antes de la guerra. Pero el precio de la turba aumenta "a consecuencia de la ele-

midad de los gastos generales". En una hornaguera de Chernoramensk, cerca de Nijni-Novgorod, existe maquinaria inutilizable por valor de 1.500.000 rublos. La maquinaria llega, por otra parte, con grandes retrasos, lo cual echa a rodar todos los programas de producción y todos los precios. La construcción de casas para obreros cuesta el 20 por 100 más de lo que se había previsto. "En los presupuestos se exageran demasiado ciertos gastos (en un 400 por 100 a veces)." (*Pravda*...)

No existe un solo *trust* en que los tribunales no hayan tenido que aclarar ciertos despilfarros, descuidos o intrigas. Daremos a este respecto algunas cifras que, aun cuando no sean muy recientes (no se han publicado otras con posterioridad), no por ello son menos características.

Montante de los despilfarros, según el balance de las comisiones de revisión y los tribunales: *trust* Severoless (bosques del Norte), 2.500.000 rublos, en 1925; *trust* Azneft (petróleos de Azebeidján), 2.500.000 rublos, en 1923-24; *trust* de la seda de Bogorodsk, cerca de 5.000.000, en 1922-24; ferrocarriles, 9.000.000 de rublos durante el primer semestre de 1925-26; 85 explotaciones agrícolas, en 1924-25, un millón; *Tchaconpratsnie* (sindicato del té), 801.000 en 1925-26; industria maderera de Leningrado, 1.278.000 rublos en 1925; *trust* del cuero, 500.000 rublos en 1925; puerto de Leningrado, 2.500.000 rublos en robos y despilfarros, asunto juzgado en 1925; depósitos del ejército, de Moscú, 720.000 rublos dilapidados en 1924-25. En muchos de los casos, los funcionarios de las empresas del Estado socialista sostenían relaciones de negocios con los *nepmans*, a los cuales les era fácil enriquecer.

Una de las secciones particulares es la de las *grandes construcciones aparatosas*, entre las que clasificaba la *Pravda* del 28 de diciembre de 1928 el edificio de Correos y Telégrafos de Moscú, que ha costado muy caro y que no era absolutamente necesario; las dependencias en construcción del Banco de Estado, en Moscú; dos Bancos en Ivanovo-Voznessensk; el palacio de la industria de Karkov... Estos edificios serán utilizables, pero hubiera sido

más urgente construir otros. ¿No hubieran hecho mejor, por ejemplo, dedicando las sumas gastadas a la edificación de casas para obreros? La clase obrera de la U. R. S. S. sufre todavía terriblemente de la falta de viviendas. En el Donetz han sido construídos diez palacios para la cultura obrera, que han costado de seis a once millones—no se sabe exactamente cuánto—, y están hoy mal administrados o abandonados pues se han olvidado de construir en los alrededores carreteras con un buen alumbrado para por la noche. El palacio de la cultura obrera de Stalinsk (Donetz) ha quedado sin terminar: debía costar 1.500.000 rublos, y lleva ya consumidos tres millones. Lo han cercado con vallas y lo han abandonado (*Pravda* del 9 de enero de 1929).

Hechos por el estilo de éstos son tan numerosos, que más bien constituyen la regla que una excepción. Gran parte de los recursos que podrían destinarse a la industrialización del país, o a mejorar la situación de los trabajadores, son despilfarrados: importa tener presente este hecho.

¿Cómo es que, a pesar de todo, progresa la economía soviética? Porque se construye mal y caro, pero se construye. Porque la revolución ha producido, en gran medida, el ahorro de una clase dirigente. El país no posee una burguesía opulenta, a la que haya que mantener con lujo.

Pero, ¿a qué viene ese despilfarro? O mejor dicho: ¿de dónde viene? Concedamos una gran parte a la inexperiencia de la clase obrera, instalada en el poder. No olvidemos que la República se encuentra en su duodécimo año. ¿Acaso el régimen capitalista estaba mejor organizado en sus comienzos? Que respondan los historiadores. Su respuesta nos servirá para defender perentoriamente a la dictadura del proletariado contra los ataques de los apologistas del capital, que con tanto empeño cierran los ojos ante el inmenso despilfarro de fuerzas humanas y de riquezas que constituye la norma en el régimen capitalista. Pero nosotros buscamos las causas del mal para combatirlas.

Hablando ante el Congreso de los Sindicatos, a media-

dos de diciembre de 1928, uno de los jefes del partido comunista, Ordjonikidzé, decía:

"Contamos con tres clases de colaboradores en nuestras oficinas: una pequeña minoría de enemigos disfrazados, pero conscientes; los funcionarios que cobran sus sueldos, pero que no se preocupan poco ni mucho del socialismo; los técnicos, y los funcionarios que luchan por el socialismo". Quienquiera que haya vivido en la U. R. S. S. sabe que los funcionarios que se burlan del socialismo constituyen, probablemente, la mayoría, en las oficinas del Estado obrero y campesino, y que la minoría de los funcionarios y de los técnicos socialistas se encuentra colocada en condiciones de trabajo extraordinariamente desfavorables. Por ejemplo: a fines de marzo de 1927, la gran fábrica de perfumería Tégé hace un pedido de aceites al Consejo económico de Moscú. En abril de 1928, la perfumería no había obtenido aún su aceite, pero continuaban las formalidades. En dicha fecha habían sido escritas 28 cartas sobre este asunto por los órganos dirigentes superiores, y 44 por la perfumería Tégé y por el Consejo económico de Moscú; habíanse celebrado 13 conferencias y cinco deliberaciones los consejos económicos supremos de la República; los comisarios del pueblo habían telefoneado ocho veces. La relación detallada de este hecho, recogida en la *Pravda*, es verdaderamente vodevilesca. ¿Qué puede hacer en este engranaje la buena voluntad del funcionario, del buen técnico comunista?

¿Y qué decir del asunto de las piezas de recambio para los tractores automóviles? Se han importado tractores del extranjero; se fabrican, incluso, en Rusia. La agricultura tiene gran necesidad de ellos. Pero se han olvidado de fabricar piezas de recambio, de modo que hay millares de tractores que se encuentran inutilizables durante buena parte del año, por faltarles una pieza que generalmente no tiene gran importancia por sí misma. Este escándalo ha sido publicado por la *Pravda* del 29 de enero último: "Durante dos años y medio—escribe este periódico—, las reclamaciones, las demandas, los avisos autorizados, las re-

sellas de conferencias han venido a engrosar el expediente, sin que se hiciera absolutamente nada efectivo para aumentar la fabricación de las piezas necesarias para los tractores." Las fábricas Putilof producen dichas piezas, pero no logran dar abasto más que al 15 por 100 de la demanda...

Este sistema se llama sistema burocrático. Resulta imposible valorar el perjuicio que causa a la U. R. S. S., cuyo porvenir compromete. Nos encontraremos con este mal en todos los dominios de la vida social. Tratemos de definirlo en la industria. Todo pasa por oficinas llenas de funcionarios designados por sus superiores o por los comités del partido, los cuales tienen horror a las responsabilidades o son, en su mayoría, incompetentes. En las oficinas, todo se hace por medio de papeles, que se registran, se enumeran, pasan de uno a otro, se anotan hasta el infinito... Así se ocupa a los burócratas que no piensan más que en justificar su sueldo. Cada cual, a fin de eludir la responsabilidad, se esfuerzan por endosar el asunto a su vecino. Los jefes que deciden no ven más que papeles, que les es imposible leer y mucho menos comprender. Y asimismo les es imposible seguir los asuntos cuya decisión lleva su firma. Un jefe de *trust* o de administración tiene que firmar tantas veces, que generalmente se hace un sello de caucho con su firma, y... se lo confía a su secretario. Resulta, pues, que el que firma, el responsable oficialmente, no sabe lo que firma, y el que manda un papel a la firma sabe quizá muy bien lo que hace, pero a él no le cabe la menor responsabilidad.

Todo el mundo, el engranaje burocrático, —sometido a su vez a una serie de controles no menos burocráticos— teme perder su empleo en estos tiempos de paro. La consigna del pequeño funcionario suele ser: "No nos metamos en camisa de once varas." ¿Ve que se despilfarran miles y miles de rublos? Habla de ello a sus conocidos, en un círculo de íntimos, pero tiene buen cuidado de no tomar la palabra en la conferencia de producción de la empresa. Su superior no se lo perdonaría. Para no perder

su pan, por sus cien rublos mensuales, deja bogar la barca. Y el obrero opina, generalmente, lo mismo. Las conferencias de producción, que reúnen a todos los asalariados de una empresa, son aburridas, por mucho que se trate, cada año, de reanimarlas por medio de circulares...

El hombre de iniciativa y de energía, el buen administrador, el talento industrial, ¿puede manifestarse en tales oficinas? Le es imposible abrirse paso. El murmurador, el espíritu crítico, se ve pronto metido en un asunto sucio. Y, al cabo de algún tiempo, todos comprenden que la suprema sabiduría consiste en agachar la cabeza. La carrera del "sin partido" depende del partido; la carrera del comunista depende de la burocracia del partido. En uno u otro caso, lo que se busca no son capacidades, sino facultad de adaptación y de ejecución (aparente), celo. Los engranajes del partido y de la industria se ven engrasados de arriba abajo por la prudente y cobarde mediocridad que gravita en torno al poder. Desde el punto de vista de la edificación industrial, que exige energía e inteligencia, no vale mucho, aun cuando provenga de la clase obrera. Las gentes celosas, que saben muy bien con quién tienen que vérselas y que no dejan nunca de dar, en nombre de la autocrítica, una coz al subjefe de oficina, próximo a caer en desgracia. Un último rasgo: los dirigentes de la industria no son nombrados ni permanecen en sus sitios con arreglo a su competencia o a su pasado, sino según su buena o mala conducta política. Toda discusión en el seno del partido—y se "discute" sin parar, con encarnizamiento, desde 1923, a pesar de la unanimidad de las resoluciones—acarrea la desgracia de parte de los cuadros de la industria. ¿Vota un director de una fábrica de confección contra Zinovief en 1924? Lo revelan de su puesto y lo mandan a Praga, por ejemplo, en calidad de representante del *trust* del caucho, asunto de que no sabe una palabra. Pero en 1925, en su nuevo cargo, vuelve a votar mal. Nueva revocación. Esta vez se le manda a dirigir los servicios municipales de una gran ciudad de provincias. 1926: nues-

una abstracta vida real por tercera vez, hay en torno de Zinoviev. Aún no ha tenido tiempo para pensar en el interés de sus servicios municipales, cuando se le destina de nuevo y se le manda a un servicio de estadística. Y así sucesivamente. Por haber sustituido a Zinoviev en 1926, el jefe de la flota del Báltico, Zof, se convirtió en presidente del trust de la pesca. El propio Zinoviev, especialista, según parece, en agitación internacional, fue convertido en uno de los directores de la cooperación, de la que probablemente no sabe una palabra. Cuando uno piensa que se necesitan largos años de experiencia para formar un jefe de industria, se comprende lo que tales costumbres encierran de insensato. El aplastamiento de la oposición trotskista ha arrancado a la industria soviética varios centenares de dirigentes de la primera hora, que eran seguramente los más capaces y desinteresados. Trotski ha sido reemplazado por un desconocido en el Comité de Concesiones. Bien es verdad que, en diciembre de 1923, una decisión del Comité Central del partido prescribía que los miembros de éste no debían ser relevados de sus empleos en la producción por razones de opinión política. Posteriormente se han tomado y vuelto a tomar resoluciones por el estilo, pero jamás se han cumplido.

Concluyo: la República socialista cuenta con grandes recursos en lo que atañe a hombres y dinero. Puede llevar a cabo sus tareas de industrialización, a condición de no dilapidar esos recursos; es decir, de poner remedio urgentemente al mal burocrático.

Pasemos ahora a los efectos de la gestión burocrática en los dominios de la producción más importantes para el desarrollo intelectual del país: el cinematógrafo y el libro.

Unas cuantas obras maestras (*El Acorazado Potemkin*, *La Madre*), cierto número de excelentes películas (*El fin de San Petersburgo*, *El Descendiente de Chinghis-Khan*, *Zar y Paria*, *Los Decabristas*), algunas aceptables (*Oro*

ire, La Estufa), han creado al cinematógrafo soviético una excelente y merecida reputación en el extranjero. El cinematógrafo soviético ha tomado grandes iniciativas, que sólo él podía tomar, pues semejantes iniciativas no son posibles más que en el país de la revolución. Ha planteado de una manera magnífica el problema social, y bien vemos cómo el naturalismo, el entusiasmo y la fe revolucionaria del proletariado pueden fomentar un arte. Ha puesto de relieve el poder de acción de las masas. Se ha desprendido de la estupidez burguesa, de la miserable literatura de la pantalla occidental y de los pavorosos artificios sensacionalistas de las películas americanas. Ha hecho una labor sana y buena. Lo que tan bien ha iniciado, debe continuarlo. Mas para ello debe curar también sus males, males que sus amigos deben conocer. ¿No debemos deplorar su relativa esterilidad de estos últimos años? Eisenstein ha fracasado con su *Octubre;* o por lo menos tal es la opinión, general casi, en la U. R. S. S. A diez años de distancia, la película no tolera que se proyecte la historia tal cual la escribiera papá Loriquet. Se le ha encargado al gran artista un *Octubre* sin Trotski. Y ha habido que cortar, cortar y volver a cortar, para desterrar casi por completo de la película a una de las más grandes y más activas figuras de *Octubre*, aquella que se encontró tan cerca de Lenin. Esta escandalosa mentira hubiera bastado para desacreditar, a los ojos del pueblo ruso, una verdadera obra maestra. Recientemente ha sido representada una nueva película rusoalemana, *La Estufa*, que ha caído también en otras faltas de mal gusto. Uno de los escenaristas es el propio Lunatcharski, que aparece, por otra parte, en la pantalla en el curso de la acción, y cuya mujer representa, bastante mediocremente, por cierto, el primer papel femenino. El drama plantea un importantísimo problema: el problema del espíritu científico cercado por una reacción de espíritu feudal; pero los escenaristas han menudeado las puñaladas, los envenenamientos, los crímenes jesuíticos, según la tradición de las novelas folletinescas y anticlericales de antaño. Reconocemos aquí una

de las debilidades de Lunatcharski, al cual juega tan malas pasadas esta inclinación al melodrama, que la proyección de su película *El Veneno* fué suspendida el año último por el Comité del repertorio de la U. R. S. S. Pero ¿por qué el cinematógrafo soviético acoge con tanta complacencia los pecados de un comisario del pueblo?

Bujarin se vió obligado a constatar antaño que "la industria cinematográfica es la más pobre de nuestras industrias". Sin embargo, en todos los países del mundo, la industria cinematográfica realiza excelentes negocios. También podría realizarlos en la U. R. S. S., donde existen 1.500 pantallas que proporcionan anualmente unos 100 millones de rublos de ingresos (lo cual es muy poco). La situación del cinematógrafo ha sido estudiada en todos sus aspectos, en noviembre-diciembre de 1927, por medio de conferencias y por *La Gaceta del Comercio y de la Industria*, de Moscú (artículos de V. Mescheriakov, diciembre de 1927). A ellos acudí para documentarme. El déficit, en 1926, de tres grandes empresas soviéticas cinematográficas— *Proletkino*, *Goskino* (Cine-Estado), *Leningradkino*—, ascendía a la suma de 5.000.000 de rublos. La causa de ello es la pésima gestión. La única que no tenía déficit era la *Mejrabpom-Russ*. Se reorganizaron varias empresas en una sola, el *Sovkino*. Y el *Sovkino*, incapaz para dar abasto al consumo interior, ha inundado literalmente la U. R. S. S. de producciones extranjeras, generalmente viejas y mediocres, e incluso, a veces muy por bajo de lo mediocre. Las provincias rusas se ven inundadas de películas americanas de la peor especie. En el mejor de los casos, en Riazán, Kaluga, Penza, Kinechma, etc., se admira a Harold Lloyd, a Douglas Fairbanks, a Mary Pickford... ¿Qué pueden darles esas películas americanas, más o menos cortadas y con nuevos textos, generalmente poco afortunados, a los trabajadores de la U. R. S. S., tan ávidos de saber, de cultura y de vida nueva? Las mejores películas extranjeras, como resultan demasiado caras, no han sido adquiridas por el *Sovkino*. De 1925 a 1927, el número de películas extranjeras proyectadas en la U. R. S. S. ha

pasado de 2.000 a 5.508. Se han gastado así varios millones de rublos en compras de valor problemático, al paso que toda la producción cinematográfica soviética, en período de cinco años, a fines de 1927, había producido 322 películas. Y la mayoría de esas películas son, además, y según la opinión de la Prensa soviética, francamente, malas: no son sino torpes imitaciones de las producciones extranjeras. Debemos exceptuar algunas docenas de películas de la guerra civil, de la historia revolucionaria, de etnografía o de agitación. Pero es menester decir que la agitación, canalizada por cineastas que se adaptan al comunismo sin comprenderlo, y por funcionarios más preocupados de hacer carrera que de servir al arte y a la revolución, acaba por fatigar al público soviético: las películas "revolucionarias" de segundo orden no pueden mantenerse en el cartel más que algunos días. Vacían las salas. La gente no se cansa, en cambio, de Emilio Jannings.

Me limito a señalar aquí los males más graves de que sufre el cinematógrafo soviético. Cuesta caro, produce poco, su producción es más bien mediocre que buena, sus importaciones son detestables; su gestión ha sido, generalmente, mala. Y, sin embargo, cuenta con todo lo necesario para prosperar: un público ávido, vivo, innumerable; ardientes simpatías y un justo renombre en el extranjero; lugares maravillosos (el Cáucaso, Crimea, Oriente, Siberia); notables talentos; un fondo moral—ideas, aspiraciones—que ningún Hollywood puede adquirir. ¿Qué le falta, entonces?

La inspección obrera, después de estudiar el funcionamiento de la librería del Estado (Gosizdat) en 1925-26, publicaba el 23 de junio de 1927, en la *Pravda*, un breve informe relatando los siguientes hechos:

Las oficinas constituyen un pesado aparato compuesto de 180 servicios, secciones, subsecciones, sectores mal organizados, con una pésima ligazón entre sí. Sólo la dirección central contaba, el 1.º de enero de 1927, con un personal de 1.148 personas. Este excesivo personal resultaba costosísimo e inestable (cada empleado despedido costa

quince días o un mes de salario). Los trabajos de redacción de los manuscritos adquiridos costaban, a veces, mucho más caros que los derechos de autor; es decir, que el propio manuscrito. La sección rural pagó, en 1926, 74.380 rublos a los autores, y 106.028 (el 143 por 100) a los redactores que corrigieron los manuscritos de dichos autores. Los gastos generales llegaban, a veces, al 175 por 100, e incluso otras, al 400 por 100 de los gastos de producción del libro propiamente dicho. El libro, demasiado caro, resultaba casi inaccesible para los pobres, y no se vendía. Pasado algún tiempo, vendíase muchas veces... al peso. Las reservas de librería contenían el 1 de enero de 1927, libros considerados como invendibles, inútiles, por valor de 5.930.000 rublos, o sea el 30 por 100 de la producción total. El coste de la producción aumentaba, así como los gastos de redacción; la venta había disminuído, en un año, en el 19 por 100, mientras que el aumento de los gastos comerciales había pasado del 7 por 100. La contabilidad del *Gosizdat* acusaba un beneficio de 440.000 rublos que, sometido a verificación, se transformó en un déficit de 3.434.000 rublos. El artículo de la *Pravda* de que tomo estos datos, veía la causa del mal en una "mala dirección" y proponía que fuera relevado de sus funciones el director del *Gosizdat*, Broido. Pero, un año antes, ese mismo director del *Gosizdat*, estudiando el trabajo de sus predecesores, había escrito artículos, asimismo, para la Pravda, pocos más o menos tan lamentables como éstos. El *Gosizdat* no estaba mejor dirigido antes de que Broido asumiera su dirección. ¿Ha sido mejor dirigido, después, por el camarada Khalatov? No creo que las cualidades o los defectos de algunos dirigentes sean capaces de explicar la crisis permanente del *Gosizdat*. Nadie ignora en la U. R. S. S. que los libros de texto faltan y suelen llegar siempre con retraso; que la difusión de los libros editados por el *Gosizdat* es francamente mala (si queréis comprar una novela, tenéis que tomaros el trabajo de buscarla; no os saldrá al paso ni en los escaparates, ni por medio de la publicidad, ni de ningún otro modo); que la calidad de

su producción es merecedora de críticas; que los libros resultan demasiado caros (los libros corrientes se venden a dos y tres rublos; ni que decir tiene que los trabajadores no pueden adquirirlos); que las ediciones baratas son muy poco numerosas. ¿Quién tiene la culpa de todo esto? El sistema burocrático, que deja de lado a las competencias, que mata las iniciativas, que instituye una centralización excesiva, que multiplica el número de los parásitos.

Sigamos con el dominio literario. Si un joven autor ruso propone al *Gosizdat* un libro valiente y nuevo, los censores timoratos vacilan mucho entre aceptarlo o rechazarlo, mientras que un director inteligente de librería socialista lo lanzaría provechosamente al mercado. Si, por el contrario, un vulgar arrivista propone al *Gosizdat* un vago producto de actualidad, lleno de citas de Lenin, se le paga un precio elevado por un libro que no comprará nadie y que acabará por desalentar en el campo a los concurrentes a las *izbas*-bibliotecas. En la U. R. S. S. existen algunas librerías privadas. Ha habido que limitar su actividad a las ediciones técnicas o literarias para que su concurrencia no fuera demasiado nefasta al *Gosizdat*. Algunas librerías cooperativas, como la *Zemlia y Fabrika* de Moscú, han conseguido—allí donde el *Gosizdat* había fracasado—montar excelentes servicios de edición, que funcionan sin déficit.

Sin embargo, la librería del Estado goza de considerables privilegios, detenta un vasto monopolio, de hecho, en un país joven que reclama libros y más libros, en un país donde toda una generación que está creciendo, nacida de la revolución proletaria, no aspira más que a expresarse, a crear, a prender, a leer. ¿Qué le falta, entonces?

La cooperación desempeña en la U. R. S. S. un papel incomparablemente más importante que en cualquier otro país. Los productos industriales y los artículos adquiridos por los servicios estatizados del comercio al por mayor, son vendidos a la cooperación, la cual los vende, a su vez,

al consumidor. Organo de distribución, el consumo domina el mercado de las grandes ciudades y empieza a adquirir una importancia cada vez mayor en el mercado agrícola. Incluso parece llamado a eliminar, por medio de la concurrencia, al comercio privado. Pero precisamente porque suscita y mantiene tales esperanzas, debemos ahondar en los males que sufre. Estos males, conocidos por todo el mundo en la U. R. S. S., provocan frecuentemente un legítimo descontento entre la población.

En el actual estado de cosas, se forman, de manera permanente, grandes colas ante las cooperativas. Hay colas para el pan, para la manteca, para el té, para las pastas alimenticias, para los tejidos, para el petróleo. Las cooperativas no reciben estos artículos sino en cantidades insignificantes; no los venden a los que no son cooperadores, y racionan estrictamente a los cooperadores. Hay derecho a 1,50 kilogramos de manteca, mensualmente, por cada *carnet* de cooperador; merced a lo cual el cooperador que tiene cinco hijos percibe la misma ración que el soltero. Las cooperativas se han aprovechado, en fin, de la carestía de víveres para aumentar sensiblemente la cuota del cooperador. Esta era, generalmente, hace un par de años, de cinco rublos, y ahora se eleva hasta 15 (está tratándose de elevarla a 20, 40, 50 y 75 rublos, proporcionalmente al salario del cooperador; incluso se ha propuesto que se aumente hasta el total de un mes de salario, sin preocuparse en lo más mínimo de las cargas de familia y otras de los trabajadores), suprimiéndose también el descuento del 2 por 100 a que en otro tiempo tenían derecho los cooperadores. Así se oye a veces comparar el *carnet* de cooperador con una tarjeta de consumo pagada bastante cara, ya que resulta muy difícil retirar el dinero que uno tenga puesto en la cooperativa, la cual no da más que un mínimum, francamente insuficiente, de víveres. El complemento hay que buscarlo acudiendo al comercio privado, y pagando dos, tres y cuatro veces más caro. El precio de las judías y de las lentejas se ha quintuplicado, en un año, en el comercio privado; el precio de la manteca ha subido

el doble. El obrero cargado de familia se ve con frecuencia en la imposibilidad de pagar varias cuotas de cooperador, y su mujer no siempre dispone de tiempo para formar cola durante largas horas, en pleno invierno, y con un frío de 20 grados bajo cero.

¿Y qué debemos decir de hechos como los sucedidos en Moscú y en Leningrado el año último? Las cooperativas habían adquirido a buen precio y en grandes cantidades animales de pluma, cerdos, pepinos y melones. Trenes enteros, cargados de estos artículos, quedaron detenidos durante largo tiempo en las estaciones de mercancías. Se echó a perder la mitad de la mercadería, y los precios de la otra mitad subieron el doble. Los melones resultaron carísimos... porque habían costado muy baratos.

Las tiendas están siempre hirviendo de gente: cola ante el mostrador, ante la caja, ante el mostrador donde se empaquetan los artículos, etc. De creer a los periódicos, la causa de esas colas está en la insuficiencia del personal. Donde haría falta un empleado para 2.000 clientes, no hay más que uno para 5.000. Se ha calculado que los compradores de la cooperativa *Kommounar*, de Moscú, pierden once mil horas cada día haciendo cola, lo cual representa 4.000 rublos de salario por término medio (*Pravda* del 19 de diciembre de 1928). De esta manera hacen aquí, en detrimento de los consumidores y del personal, lo que la burocracia llama economías.

Las tiendas privadas, a las cuales se negaban los *trusts* a vender artículos, y que se veían agobiadas por los impuestos, cerraron sus puertas, en 1927-28, por decenas de millares. Según la *Pravda* del 19 de diciembre de 1928, han cerrado sus puertas 182.546 tiendas en la U. R. S. S. La cooperación está lejos, muy lejos de haberlas sustituído eficazmente.

Habría que sustituirlas, y nos congratularíamos de esta victoria de la cooperación sobre el comercio privado, si no fuese más aparente que real. La presión administrativa, fiscal, etc., representa en la eliminación del pequeño capitalista un papel mucho más importante que la concu-

rrencia normal. El pequeño capitalista no desaparece; lo que hace es apelar al disimulo, y practicar la especulación. Y los que quedan, menos numerosos, aumentan sus negocios, ya que el consumidor, insuficiente o mal servido por la cooperativa, no tiene más remedio que acudir a ellos.

Los tejidos, por ejemplo, cuya carestía es permanente, son adquiridos con frecuencia en la cooperativa por los cooperadores sin trabajo, que están en situación de formar cola, mientras que el verdadero consumidor carece de tiempo para ello; con lo que los primeros van a vender de nuevo esos tejidos al pequeño capitalista, el cual se los vende, a su vez, duplicando su precio, al verdadero cosumidor. Y lo mismo ocurre con una enormidad de productos. La diferencia entre los precios bajos de la cooperación y los precios del mercado libre va a parar, muchas veces, al bolsillo del especulador y del comerciante privado.

Las cooperativas, en fin, se hallan a menudo en déficit. El déficit de las cooperativas de Moscú ascendió, en 1927, a 234.000 rublos. Los salarios de sus empleados suelen ser bajos, y se multiplican los robos en sus endémicas dependencias, sin que los tribunales puedan hallar el menor remedio a esto. Los procesos de las cooperativas constituyen una sección permanente en la crónica de los tribunales.

El mecanismo burocrático de las cooperativas de consumo es demasiado lento, demasiado desprovisto de iniciativa, demasiado pesado. Es un hecho comprobado que el capital privado despliega siempre mayor iniciativa y circula mucho más de prisa que el de la cooperación. Por otra parte, el mantenimiento del "aparato", es decir, de las oficinas de la cooperación, grava extraordinariamente el precio de las mercancías. Há habido que ejercer una fuerte presión sobre el comercio privado para que la cooperación estuviera en condiciones de soportar mal que bien su concurrencia. Hubiera debido producirse precisamente lo contrario con una cooperación sana; ésta hubiera debido eliminar al pequeño capitalista, merced al juego normal de la concurrencia. El régimen burocrá-

co provoca así en el mercado una especie de reincidencia en el comunismo de guerra. El primero en sufrir las consecuencias de esto es el consumidor; el mercado se divide en legal—cooperación y comercio privado—, e ilegal—comercio privado y especulación—. El comercio privado figura en las dos categorías, pues el pequeño capitalista, que posee una tienda en la ciudad, no podría realmente vivir arriba de quince días si no burlara, un poco por aquí y otro poco por allá, las leyes, reglamentos y decretos. Aun cuando posea su patente, a lo que más se acerca, en realidad, es al especulador.

¿Dónde deben buscarse las causas inmediatas del mal? Esas causas derivan, en parte, de la situación económica del país; pero ésta es otra cuestión. Dejemos que la *Pravda* del 13 de enero de 1929 nos responda:

"Los escándalos de las cooperativas de Saratov y de Stalingrado, el nepotismo reinante en las de Rostov del Don, las docenas de informaciones que recibimos de todas partes sobre los abusos, dilapidaciones y deformaciones de la política del partido en las cooperativas rurales, nos obligan a plantear enérgicamente la cuestión de la depuración de las cooperativas... Sus oficinas funcionan muy mal, y el control ejercido sobre ellas es extraordinariamente débil..."

La Vida Económica del 4 de enero, escribe: "Hay que mencionar, entre los muchos defectos de los órganos del Estado y de las cooperativas, los gastos elevadísimos del comercio. Resulta así una gran diferencia entre los precios de compra y los precios de venta. Esa diferencia es superior al 93 por 100 de la que había antes de la guerra para los trigos; del 130 por 100 para los huevos; del 123 por 100 para la manteca."

En casi todos los establecimientos cooperativos hay cartelitos que dicen: "Cooperador: eres el dueño de este establecimiento; controla su gestión y propón cuantas mejoras juzgues convenientes." Esto está muy bien. Este cooperador suele ser, al mismo tiempo, un elector del Soviet, y, frecuentemente, un miembro del partido comunis-

ta. Probablemente no aspira más que a cumplir con sus deberes y a aprovecharse de sus derechos. Pero habladle. Os dirá que el aparato es demasiado pesado, que no es posible conseguir nada; que, si hace demasiadas reclamaciones, puede significarse y atraer sobre sí todo género de molestias; que con la mayor facilidad se trata a la gente contrarrevolucionaria, etc. Si no pertenece al partido, añadirá, con desaliento: "Nosotros no podemos hacer nada: son los comunistas quienes lo dirigen todo..." Y, si es comunista, quizá os diga: "He tratado de luchar, pero ha faltado muy poco para que me lo hicieran pagar caro." La gestión de las cooperativas, así como la de la industria socializada y como el funcionamiento de los engranajes del Estado, no puede mejorarse seriamente, como no sea con el retorno a la democracia obrera, y, en primer lugar, con el saneamiento interior del partido, ya que, en pleno régimen de dictadura del proletario, no es posible avanzar hacia la democracia obrera por otro camino.

La clase obrera rusa no verá germinar hasta más tarde el grano que ha sembrado durante la revolución; no conquistará su bienestar y su verdadera libertad sino cuando estén maduros los frutos de la transformación social. Para ello hacen falta todavía tiempo y trabajo. También será preciso que para entonces haya acabado con todos aquellos que pretendan frustrar los beneficios de sus victorias.

Para juzgar de su situación actual, conviene recordar su situación en el antiguo régimen, hace doce años. Entonces no gozaba de ningún derecho político; la nobleza, la riqueza, la burocracia, las castas, la aplastaban por doquiera. Imponíanse a su respeto catorce categorías de excelencias, de señorías, de altas nobllezas, de muy altas nobllezas... No existían seguros sociales, y la legislación del trabajo se hallaba en embrión. No se había implantado aún en las costumbres la jornada de diez horas, y generalmente se trabajaba todavía más. Toda mejora en las con-

diciones de trabajo tenía que ser conquistada a costa de una larga lucha. La huelga, lo mismo que el sindicato, eran ilegales. Unicamente se autorizaban las asociaciones patrióticas y policíacas. En la capital, en San Petersburgo, en pleno día, el domingo 22 de enero (1) de 1905, se ametralló a los pacíficos manifestantes obreros, que se dirigían al zar entonando himnos religiosos. Se detenía y deportaba administrativamente al obrero sospechoso de socialismo. La embriaguez diezmaba aquel proletariado esclavizado, compuesto en su mayor parte de analfabetos, y que vivía en cuevas o en infectos caserones de vecindad.

Debemos partir de este punto, a trece años de distancia, para juzgar de las conquistas del proletariado convertido en clase dirigente, imponiendo su ideología a la sociedad entera, entrando en todas las escuelas, en todas las universidades, creando una enseñanza nueva... El mejoramiento de su situación material no es, en general, menor, a pesar de las dificultades con que tropieza el régimen. Esta se define así: aumento de salarios, construcción de viviendas obreras (en Leningrado, Moscú, Karkov, Bakú, surgen nuevos vecindarios obreros), jornada de ocho o siete horas, amplios seguros sociales (en caso de accidente, de paro, de enfermedad; retiros).

Se esfuerzan por asegurar a cada obrero, todos los años, quince días o un mes de vacaciones en una casa de descanso, y durante esas vacaciones se le paga rigurosamente. El obrero goza de importantes reduciones en las localidades de teatros y cinematógrafos. El número de *clubs*, jardines de la infancia, bibliotecas, etc., aumenta cada año. Pero la obra llevada a cabo, aun cuando sea admirable, resulta escasa todavía si la comparamos con lo que aún falta por hacer.

El régimen burocrático reduce o amenaza frecuentemente estas conquistas, o, cuando menos, hace que su desarrollo sea más lento. Los salarios parecen haber alcanzado, e incluso sobrepasado, el nivel de antes de la

---

(1) El 9 de enero de nuestro calendario. (N. del T.)

guera; pero el costo de la vida es mucho más elevado que en 1913 (dos veces y media más). El *Anuario* de las estadísticas oficiales para 1927 publica las siguientes cifras sobre la situación de la clase obrera:

Salarios mensuales, en toda la industria, y en rublos-*chervonietz*, en 1923: 35'30 rublos; en 1926-27: 59'92 rublos. Ya se ve el aumento. Pero en rublos-mercaderías de 1913, este salario ya no es, en 1926-27, y siempre según el *Anuario*, más que de 31'48 rublos. El salario nominal ha aumentado posteriormente, pero menos, de fijo, que el costo de la vida y de los alquileres (estos últimos se han cuadruplicado en tres años); de manera que el salario real ha bajado, más bien, después de la crisis del trigo. El salario medio de los funcionarios es superior al del obrero, aun cuando la masa de pequeños funcionarios esté peor retribuída que los obreros distinguidos. Sigamos citando el *Anuario*. Salario medio del funcionario en la R. S. F. S. R., en 1925-26: nominal, 72'84 rublos; en rublos-mercaderías, 37'28. En la misma época, el salario medio del obrero era: nominal, 49'17 rublos; en rublos-mercaderías, 27'58 rublos. Los salarios son más elevados en los grandes centros que en provincias. El obrero de Moscú y de Leningrado gana, prácticamente, un centenar de rublos mensuales.

El salario medio del obrero agrícola, del *batrak*, en rublos-*chervonietz*, oscila entre 10 y 33 rublos. Su jornada de trabajo no está, realmente, limitada.

Crisis de trabajo. No tengo a mano las estadísticas del día; pero, no obstante el desarrollo de la industria, el paro ha aumentado en el transcurso de estos últimos años: la industria no puede absorber todas las nuevas fuerzas de trabajo. He aquí algunas cifras que indican el incremento adquirido por el paro, registrado en 256 bolsas del trabajo, de septiembre de 1925 a diciembre de 1926: el número de obreros sin trabajo pasa de 920.409 a 1.310.418. El aumento es constante de mes en mes. Se explica por la afluencia de campesinos que vienen a buscar trabajo a la ciudad. A principios de 1928, los obreros parados, ese

perados por los procedimientos burocráticos y por algunos asuntos de malas costumbres—determinados burócratas obligaban a las obreras que deseaban colocarse, a pagar un derecho en especie—, asaltaron las bolsas del trabajo de Leningrado y Moscú.

Existe poco paro entre los obreros calificados, excepción hecha de la industria del libro y de algunas otras que sufren crisis particulares. La industria suele carecer, por el contrario, de mano de obra calificada.

Los sindicatos son fuertes y ricos. Sus efectivos se cuentan por millones; construyen edificios de bellísima apariencia; celebran congresos en que se reúnen miles de delegados, llegados de todos los rincones del país; editan revistas... Este es el anverso de la medalla. El reverso es, desgraciadamente, muy distinto. Los sindicatos se han convertido en vastas instituciones burocráticas, administradas por una multitud de funcionarios. El sindicado, el individuo, se pierde entre los millones de hombres registrados, en esos servicios jerárquicos, en esas oficinas confortables, donde no hace más que raras apariciones ante las ventanillas. Los congresos deciden cada año "hacer que las organizaciones sindicales se aproximen más a las masas obreras"; pero todo indica que no se efectúa la menor aproximación real. Acabo de hablar de los desmanes cometidos por los obreros sin ocupación en las bolsas del trabajo. En Moscú, se trataba sobre todo de obreros para la estación, pertenecientes al ramo de construcción. ¿Cómo olvidar su gesto de exasperación cuando se lee en los periódicos de Moscú el asunto de los *kabouki*? Los dirigentes del Comité del Sindicato de la Construcción, de la provincia de Moscú, habíanse constituído en una asociación de alegres juerguistas, llamada de los *kabouki*. "Embriaguez sistemática, orgías, dilapidación de fondos, prevaricación, abusos de poder", tales son los pecadillos que la Comisión de control del partido les adjudica en una resolución publicada el 6 de enero. Valdrá más que no digamos nada sobre los placeres de esos singulares comunistas, pues sería caer muy bajo. Algunos de ellos han sido

excluidos del partido; otros, amonestados. ¿Se trata de un caso aislado? Ya es bastante significativo que semejante caso se haya producido en Moscú. Los funcionarios del Sindicato de Empleados soviéticos de esta ciudad, por su parte, habían hecho instalar, en las viviendas particulares, a costa de la organización, aparatos de radio por valor de 4.500 rublos. El órgano central de los sindicatos menciona incesantemente hechos por el estilo. Y hasta conversar un momento con el primer sindicado con quien se tropieza para darse cuenta del desprego que sienten hacia los sindicatos. El año pasado se descubrieron, en no pocas fábricas, cajas de solidaridad clandestinas, creadas por los obreros entre sí. No habían pensado, ni por un momento, en dirigirse a los sindicatos, buena prueba de lo poco que cuentan para ellos. En la mayoría de las empresas, la dirección, el comité de la célula del partido y el comité de fábrica—que depende del sindicato—constituyen un conjunto único de resortes, dirigidos todos ellos por comunistas que obedecen al mismo comité del partido; de manera que, en caso de conflictos o de reclamaciones, el obrero se expone a tropezar por todas partes con los mismos funcionarios. Lo cierto es que los sindicatos soviéticos necesitan también que se les de vida, que se les someta a una limpieza interior; pero esto sólo será posible cuando se haya empezado por el partido dirigente, y en la medida en que éste último sepa reformarse a sí mismo.

El número de trabajadores que disfrutaban de los seguros sociales, en septiembre de 1926, era, entre funcionarios, empleados y obreros, de 8.709.000. En la actualidad, ese número pasa, de seguro, de los nueve millones.

El obrero sufre de la crisis de la vivienda. Las nuevas casas bastan apenas para albergar al nuevo proletariado. "En las barracas de la fábrica y de las minas de Mokeevka los vidrios están rotos; los tejados, con goteras; los muros agrietados. No hay ni lavabos ni taburetes... Y los casos análogos no son raros... Existen otras barracas por el estilo en Ivanovo-Voznessensk, por ejemplo", decía la *Pravda* del 23 de septiembre de 1928. En todas partes se

recen de baños, de escuelas, de bibliotecas. El VIII Congreso de los Sindicatos rusos se clausuró en diciembre último. Hubo oradores que indicaron que la superficie normal de las viviendas obreras, por cada habitante, era de 3,5 metros cuadrados. La oposición dijo en su tiempo que esta superficie disminuye para la clase obrera, mientras que va en aumento para los restantes elementos de la población. En la industria textil se ven todavía familias enteras que ocupan una sola habitación (discurso de Borisoy ante el Congreso de los Sindicatos). Un delegado de los ferroviarios vino a decir: "Vivimos en cuevas, en vagones de desecho, en cabañas." Un delegado minero dijo: "Los mineros del Donetz están pésimamente alojados; no disponen nunca de más de una habitación por familia." Se han quejado también de la mala calidad de las construcciones nuevas. El comisario del pueblo en el Trabajo ha dicho que las nuevas casas obreras empiezan a caerse en ruinas a los pocos años de construidas.

La carestía de maquinaria y la intensidad del trabajo a destajo provocan un sin fin de accidentes del trabajo.

Las malas condiciones de alojamiento, la falta de distracciones sanas al alcance de las masas—el antiguo régimen no se preocupaba en lo más mínimo de este problema; los club actuales son poco numerosos, y su organización demasiado burocrática; la opinión general es que la gente se muere de aburrimiento en medio de los retratos de los líderes y de los textos de moral—, así como del pequeño café o de la taberna a la manera de los que existen en Occidente (local donde se pueden leer los periódicos, charlar y jugar a los naipes), dan como consecuencia la embriaguez. Según las cifras de la Comisión del Plan, el aumento del consumo de alcohol por habitante ha sido el siguiente: consumo por cabeza, en 1924-26, 0'6 botellas; en 1926-27, 4'3 botellas. ¡El consumo ha aumentado ocho veces en dos años! La Comisión del Plan contaba con aumentarlo aún más, en interés del presupuesto, haciendo que fuera de un 227 por 100 para 1931. A este respecto, la campaña de la oposición—Trotski ha sido siempre un ad-

versario irreductible de la contribución por alcoholes—ha dado fruto. Se ha reconocido el peligro, limitándose la fabricación del alcohol y aumentando el precio del *vodka*.

Los salarios bajos, las detestables condiciones de las viviendas, la ignorancia y el alcoholismo, tienen como corolario el antisemitismo, cuyos estragos han sido señalados no pocas veces, incluso en el partido. "Una obrera judía ha sido perseguida de mala manera, en Orcha, meses enteros, ante los ojos de 700 obreros, del comité obrero y de diversas organizaciones" (discurso de Tsikhon ante el VIII Congreso de los Sindicatos). "En una fábrica de Lostroma se perseguía a los judíos y nos avergonzamos de tener que decir que los funcionarios de los sindicatos y los "komsomols" los perseguían también... En una empresa de Minsk se ha dado un verdadero progromo" (discurso de Grigoriev ante el VIII Congreso de los Sindicatos). A mediados de enero fué juzgado en Minsk un grupo de obreros, por haber perseguido, insultado y golpeado en la fábrica a la obrera judía Barchai. "El 25 de julio, especialmente, dos obreros la echaron al suelo y la desnudaron, y una obrera la vació entre las piernas un cubo de agua fría..." Ante el tribunal hubieron de comparecer dos comunistas en calidad de cómplices. La *Pravda* (15 de enero) señala casos análogos ocurridos en Kertch, donde todas las autoridades permanecieron indiferentes; en Ucrania, donde la célula del "komsomol" se limitó a amonestar al "joven comunista" que dió de golpes a un judío, etcétera. El año pasado, un viejo judío fué apaleado y sitiado en su casa, en pleno Moscú, por algunos malandrines.

¿Qué conclusión debemos sacar de todo esto?

Que la herencia del pasado es muy pesada, y que, para sobreponerse a ella, para eliminarla, hará falta el esfuerzo inteligente y perseverante de los hombres más conscientes de la clase obrera; que estos hombres deben desconfiar de la mentalidad, frecuentemente demasiado atrasada, de su propia clase, y unir sus esfuerzos dentro del partido comunista, que es su organización esencial; que la dictadura del proletariado debe ser fuerte, pues su cal-

dá representaría una horrible calamidad para ese proletariado que empieza apenas a salir de las tinieblas.

¿Qué más? Que es preciso limpar la dictadura del proletariado de la lepra burocrática, a fin de mejorar con mayor rapidez la situación material de la clase obrera, a fin de aumentar más rápidamente sus salarios; que la presión ejercida durante los últimos años sobre los salarios, en las formas más diversas, constituye una falta y un peligro (costo de la vida, inquilinatos, aumentos ficticios de los salarios: se aumenta el salario de base, por ejemplo, de 20 a 25 rublos; pero como el salario real depende del coeficiente por el cual debe multiplicarse ese salario de base, dicho coeficiente disminuye). El obrero perteneciente a la tercera categoría—coeficiente número 3—, pasó a la segunda: en lugar de cobrar 60 rublos, no cobra más que 50... después del aumento general. Es preciso distribuir mejor, en fin, los ingresos del país, pues salta a la vista que se están creando toda una burguesía y toda una pequeña burguesía nuevas, cuyo bienestar empieza a contrastar con la precaria situación de los trabajadores.

La lucha contra la burocracia figura en el orden del día de todos los Congresos, de todas las asambleas del partido, de los sindicatos y de las instituciones gubernamentales, desde hace varios años. La Prensa les dedica campañas permanentes. Los últimos pensamientos de Lenin no tenían otro objeto que éste. Algún tiempo antes de que se viera privado por la enfermedad de su capacidad de trabajo, proponía a Trotski unir sus esfuerzos en la lucha contra la burocracia. Con esta mira hizo que fuese instituído el Comisariado del Pueblo por la Inspección obrera y la Comisión Central de Control del partido... No es menos cierto que la burocracia no ha dejado de aumentar y de consolidarse después de la muerte de Lenin, y que últimamente ha conquistado indiscutibles victorias. Las mejores campañas no alcanzan más que a cierto número de malos burócratas. Pero nunca ponen en entredicho al régimen burocrático.

—Pero—se preguntará—¿acaso no puede reaccionar el trabajador? ¿No es su voz la que decide en los Soviets?

El punto de vista del optimismo burocrático es que la República de los Soviets lleva a realización la más vasta democracia del mundo, ya que en las elecciones de los Soviets participan más de 60 millones de electores. Dichas elecciones han tenido lugar en enero último. En los centros industriales, los obreros se han trasladado a las asambleas electorales formando cortejos, con banderas desplegadas y acompañados de músicas. Como la elección se celebraba en tiempo de trabajo, y la hora señalada para la elección estaba considerada como hora de trabajo, la disciplina de éste no permitía al elector sustraerse a su deber cívico. Los talleres, las fábricas, acudían, pues, a votar corporativamente, y los periódicos mencionaban con gran satisfacción este resultado, del cual no puede enorgullecerse ningún otro país del mundo. En no pocos lugares, *todos* los electores, sin excepción (el 100 por 100, como dicen los rusos), acudieron al escrutinio. El voto se practica levantando las manos; las candidaturas de comunistas (siete lo menos sobre cada diez) y de "sin partido" han sido previamente estudiadas en las reuniones de célula del partido. El mandato entregado a los elegidos ha sido redactado en la misma forma. Los electores pueden proponer nuevas candidaturas y proponer los consiguientes aditamentos o apartados al mandato. Todo el interés real de las elecciones es que suelen usar ampliamente de esta posibilidad. En la mayoría de los casos, se votan las candidaturas propuestas por las células. Aquellos a quienes éstas puedan desagradar, no tienen el menor deseo de entrar en lucha con la organización del partido de la empresa en que trabajan, y saben muy bien que un voto en contra, aun cuando no fuera más que puramente demostrativo, les valdría ser malquistos, lo cual, en época de paro, puede ofrecer grandes inconvenientes. Llevadas a cabo en tales condiciones, las elecciones no presentan más que un estricto mínimum de incompatibilidad con el régimen burocrático. La constitución concede a los electores el derecho

a retirar su confianza a sus diputados, caso de que se hallen descontentos de ellos. Pero casi nunca, durante estos últimos años, ni siquiera en las circunstancias más escandalosas, como en los asuntos de Artemovsk, de Smolensk o de Crimea, han hecho uso de este derecho los electores. Los órganos dirigentes han usado de él, en cambio, para excluir del comité ejecutivo de los Soviets de la Unión a los jefes de la oposición.

Las masas obreras no pueden, pues, reaccionar en los Soviets contra la burocracia, ni aun cuando ésta encarna en formas absolutamente monstruosas o se manifiesta en tumores a los que debe aplicárseles, más pronto o más tarde, el hierro rojo. Probémoslo.

Asunto de Smolensk. En la primavera de 1928, algunos crímenes de derecho común—robos, dilapidaciones, asesinatos—revelaron que todas las autoridades soviéticas y comunistas de la ciudad y del importante gobierno de Smolensk eran gente de mala nota. La milicia local colaboraba con los bandidos. Los servicios del comisariado de Hacienda constituían un semillero de personajes del antiguo régimen, que realizaban sus pequeños negocios. Las direcciones de las fábricas estaban hasta tal punto podridas que el único medio para una obrera de obtener o de conservar su trabajo era el de tener para con sus superiores las complacencias que se pueden adivinar. Los dirigentes comunistas del comité ejecutivo del Soviet y del comité del partido se entregaban a una orgia crapulosa. En las aldeas fraternizaban con los *kulaks*. Todos estos hechos han sido publicados por la *Pravda*, en mayo de 1928. La organización comunista de Smolensk sufrió una enérgica depuración, llevada a cabo por delegados llegados de Moscú, y con el concurso de los obreros. Los delegados del comité ejecutivo central de los Soviets de Smolensk fueron arrojados de sus puestos. Se fusiló a algunos desgraciados

Asunto de Crimea. A comienzos de 1928, el presidente del comité ejecutivo central de los Soviets de la República de los tártaros de Crimea, Veli Ibrahimov, reconocido culpable de un asesinato y de toda una serie de crímenes,

fué fusilado en unión de un cómplice suyo. El tal Ibrahimov no era, seguramente, el único malandrín que hubiera entre los dirigentes de Crimea. La *Pravda* del 11 de agosto de 1928 escribía a este respecto: "La organización del partido de Crimea no desarrollaba en su seno ni la democracia ni la aristocracia bolchevique. Por eso, precisamente, un criminal de derecho común, rodeado por un grupo de aventureros de su especie, ha podido permanecer tanto tiempo a la cabeza del comité ejecutivo central de Crimea. Por eso, también, nadie reaccionó inmediatamente contra la invasión de las administraciones soviéticas por elementos extraños a la clase obrera."

Asunto de Artemovsk (periódicos de febrero de 1928). Un presidente de tribunal y un jefe de la milicia, completamente ebrios, violan a una joven, la cual se suicida al día siguiente. El médico llamado para levantar acta de fallecimiento se niega a comprometerse buscando las causas del mismo... El juez de instrucción encargado de instruir el asunto, lo archiva. El periódico local se niega a hablar del caso. El comité local del partido se niega a intervenir. El tumor sólo se saja, al fin, porque los ecos del asunto acaban por llegar a Karkov. Entonces se descubre que todos los servicios de la administración, de la milicia, de la Prensa, de la justicia, del partido de Artemovsk (se trata de un centro obrero), han sido invadidos por la gangrena.

¿Habrá que recordar, por último, el asunto de Chakhty, o de las minas del Donetz? Ha habido asociaciones clandestinas de técnicos contrarrevolucionarios, que han podido operar en las minas del Donetz durante años enteros sin que nadie reparase en su actividad...

¿Qué se había hecho en Smolensk, Artemovsk, Crimea, el Donetz—y en muchos otros sitios—de los derechos de control, de voto de desconfianza, etc., de los electores de los Soviets y de los miembros del partido?

¿Serían posibles semejantes escándalos si existiera un mínimum de democracia obrera?

Y es que todas las autoridades locales son en realidad

nombrados por el comité provincial del partido; y si este comité se halla viciado, fácilmente se comprenderá la elección que se crea. Los criminales de Artemovsk, presidente del tribunal y jefe de la milicia, respectivamente, pertenecían al partido. El juez de instrucción que dió carpetazo al asunto, también. Los relatores de la *Kolkhoz-gorka* que se negaron a ocuparse de él, también. El obrero, el ciudadano que quisiera alzarse contra semejantes abusos, tendría en contra suya a todas las autoridades locales, y, además, a la Prensa.

Ya veremos, cuando nos refiramos al partido, que el mal es muy profundo y se halla muy extendido, hasta el extremo de que un obrero, miembro del Soviet de Moscú, como pretendiera hacer uso de sus derechos y dar cuenta del proceder de una milicia, fué objeto, en enero último, de persecuciones injustificadas y humillantes. La *Pravda* tuvo que salir en defensa suya. ¡Y esto en Moscú!

¿Qué tiene de particular, después de esto, que los obreros ignoren generalmente hasta el nombre de los miembros del Soviet por ellos elegidos y que "los representan"? ¿Qué tiene de particular que se haya visto a las tres cuartas partes del Soviet de Kokand (Turquestán) desaparecer como por arte de encantamiento? Habían sido elegidos más de 450 miembros para el Soviet, pero se perdieron las listas de los elegidos. La Prensa pidió que se dieran a conocer los elegidos por sí mismos. Tan sólo respondieron 160. Y a la sesión del Soviet no asistió más que la mitad de ellos...

Un Soviet se reúne, por otra parte, bastante raramente. Es demasiado numeroso y sus miembros han sido, generalmente, mal seleccionados, para que puedan constituir una asamblea activamente deliberante. Por lo común, aprueba los informes de sus dirigentes, a quienes formalmente han elegido, pero que de hecho son nombrados por el comité del partido. Sus comisiones llevan a cabo algún que otro trabajo administrativo de interés local. La actividad de un miembro ordinario del Soviet es casi insignificante. Si no pertenece al partido, no puede, cuando se

plantean problemas generales, hacer otra cosa que aprobar las proposiciones del partido o las críticas. Si es miembro del partido, lo más que puede hacer es discutir en la fracción comunista las resoluciones que deben ser propuestas al Soviet; pero teme, las más de las veces, tener un conflicto con sus jefes. Por otra parte, no puede hacer uso de la palabra en el propio Soviet, sin haber sido designado por el comité de la fracción comunista; es decir, por sus jefes...

Se habla con gran frecuencia, en la U. R. S. S., de "infundir ánimos a los Soviets", cuya actividad es por demás restringida. Creo, en efecto, que tienen gran necesidad de que se les dé vida. Pero ¿qué debe preconizarse para ello?

Descartemos, en primer lugar, el voto secreto propuesto por los mencheviques y por algunos críticos bien intencionados, pero irreflexivos. Sin duda se llegará a eso; pero más tarde. Mientras la U. R. S. S. tenga que hacer frente a tal cúmulo de hostilidades en el exterior, y a tantas dificultades en el interior, el voto secreto podría servir muy fácilmente para hacer el juego a los elementos más atrasados de la clase obrera. Valdrá más recordar a los trabajadores avanzados, conscientes, que gozan de derechos y de deberes, y, en primer lugar, del de hablar en voz alta y con claridad en el seno de sus instituciones. Sólo que para ello sería menester darles algunas garantías reales de esos derechos, como serían la inmunidad de los miembros del Soviet y la supresión de la justicia administrativa, es decir, de la jurisdicción de la G. P. U. para los electores del Soviet, que ya no podrían ser juzgados sino por los tribunales normales, con la consiguiente defensa, y en público. Habría que darle a cada trabajador, en suma, garantías de que no será objeto de la menor represalia económica por hacer uso de sus derechos de ciudadano. Habría que plantear, finalmente, ante los Soviets, los grandes problemas políticos, y constituir Soviets menos numerosos y mejor elegidos. En resumidas cuentas, no se trataría sino de un retorno a la constitución soviética.

Pero no es esto lo esencial. Sería preciso, ante todo y sobre todo, depurar la atmósfera interior del partido y restablecer cierta democracia efectiva que irradiase hasta los Soviets, ya que es el partido del proletariado revolucionario quien ejerce la dictadura a través de los Soviets; ya que a la vanguardia organizada de la clase obrera—el partido comunista—es a quien corresponde guiar a los trabajadores hacia la implantación de su democracia.

Llegamos así al régimen interior del partido, basado teóricamente en la centralización democrática. Teóricamente, lo que ocurre es lo siguiente: los organizadores de la base, las células de fábrica o de empresa, deliberan y eligen a sus delegados para las conferencias locales, que, a su vez, eligen los delegados para el Congreso. El Congreso soberano elige al Comité central, que dirige al partido hasta el próximo Congreso. Todo nace así de la base, y el Comité central es emanación de las masas que lo inspiran. Los comités locales son elegidos de la misma manera. Pueden presentarse estadísticas demostrando que tantos o cuantos miembros del partido hacen cada mes uso de la palabra en tantas o cuantas asambleas regulares, lo cual es una prueba de la democracia interior en el partido. Pero estos argumentos son completamente vanos al lado de los hechos que he citado. Pero he aquí otros hechos, que demuestran con mayor precisión todavía el estado de ánimo del partido en 1928.

El Comité central dirige, el 4 de agosto, una carta publicada el mismo día en la *Pravda*, a la organización de Irkutsk, haciendo constar sus defectos:

"Los funcionarios del antiguo régimen, los residuos del movimiento contrarrevolucionario de Koltchak y de otros elementos extraños al partido, ejercen notable influencia sobre los órganos de los Soviets de la región de Irkutsk. Estos elementos ocupan, con frecuencia, cargos dirigentes... El periódico del partido, *Vlast Trouda* (El Reinado

del Trabajo), ha faltado a sus deberes..." El mal es ya viejo en Irkutsk, donde el presidente del Comité ejecutivo del Soviet, Lossevitch, elemento viciado, fué fusilado en 1926.

Otra circular análoga, publicada el 9 de agosto por la *Pravda*, iba dirigida contra la organización "yakuta" del partido, cuyos errores provocaron algunos motines y el desarrollo del bandolerismo. El comité regional alentó, particularmente, a los nacionalistas, y contribuyó al robustecimiento de los *kulaks*.

La organización comunista de Crimea no había llevado a cabo la reforma agraria, dejaba que los antiguos blancos y los nacionalistas invadieran las administraciones soviéticas, en tanto que se debilitaban los Soviets (*Pravda* del 11 de agosto de 1928).

"En nuestras células de fábrica encontramos antiguos gendarmes (en Rusia blanca), participantes en otro tiempo en los progroms ocurridos bajo Denikin (en Rusia central), "comunistas" simpatizantes con la monarquía (Ivanovo-Vosnessensk), obreros que son al mismo tiempo *kulaks* en el campo, y otros elementos por el estilo." (A. Lalovski, *Pravda* del 3 de enero de 1929.)

En Sotchi, en el Cáucaso, fueron excluídos del partido y llevados a los tribunales, en marzo de 1928, todos los dirigentes del partido. Habían caído en el libertinaje. "Sus orgías acababan, a menudo, en violaciones colectivas. Frecuentemente, se convocaba, por la noche, en casa del secretario del comité del radio, a las jóvenes del *komsomol*... Aquellas que se mostraban reacias, perdían su trabajo." (*Pravda* del 8 de abril de 1928.)

El excelente cronista Miguel Kostsov, traza en la *Pravda* del 9 de enero un cuadro, humorístico y trágico a la vez, de la organización del partido de la región del Sir-Daria (Turquestán). Citemos algunas líneas:

"En términos generales, se han dado cuenta de que los comités de radio, las administraciones soviéticas, las células del partido de la región, están llenas de rateros vulgares, de auténticos ladrones, de verdaderos truhanes, de

saltadores de caminos, y de que el partido tiene que preparar las elecciones del Soviet con tales elementos."

La organización del Sir-Daria pertenece al Kazakstán, a donde han sido deportados, bajo la vigilancia de la G. P. U., no pocos oposicionistas, comenzando por Trotski. Estos comunistas tienen que sufrir allí el duro aislamiento impuesto a los deportados políticos, y son puestos bajo la vigilancia de los comités locales descritos en los términos que más arriba hemos visto.

Tocamos la llaga con el dedo. Todas estas organizaciones gangrenadas se han significado en 1927 por el celo que pusieron en condenar, por unanimidad, a la oposición que denunciaba precisamente la gangrena y que pretendía acabar con el régimen burocrático, que constituye una de las principales causas de esa gangrena.

No están menos atacados del mal los jóvenes comunistas, el *komsomol*. No pocos de ellos se han visto mezclados en asuntos de violaciones colectivas juzgados en 1925-26 en Leningrado, Rostov, etc. Recientemente (a fines de octubre de 1928), ha habido que disolver el comité del *komsomol* del radio central de Leningrado, que se había "descompuesto", o, por mejor decir, podrido", como dicen los rusos. El mismo caso se ha dado en Smolensk, Artemovsk, Irkutsk, etc.

Todas éstas no son, evidentemente, más que pústulas en el gran cuerpo vigoroso del partido. Hay otro mal más grave: que la generación que forjó al partido, que consumió la primera revolución rusa en 1905, que ha luchado en la ilegalidad, durante veinte años, contra el antiguo régimen, que ha hecho la revolución de octubre, que ha construído la República de los Soviets, que ha vencido en la guerra civil, se encuentra eliminada poco a poco del partido por la fuerza de las cosas—los viejos desaparecen—y por la burocracia. En marzo de 1928, el partido contaba con 720.000 miembros, un 1'1 por 100 de los cuales lo eran ya con anterioridad a la revolución de 1917; el 3'5 por 100 de dicha cifra había ingresado hasta 1920, es decir, durante la guerra civil, y el 66 por 100 había ingresado

entre 1921 y 1927, es decir, con posterioridad a la NEP, después de las luchas decisivas. Así, pues, la gran mayoría de los actuales miembros del partido gobernante vino a él después de su victoria. Los revolucionarios seleccionados por las más duras pruebas, templados por el destierro, por el hambre, por la prisión; acostumbrados a defender sus convicciones, a multiplicar los sacrificios, a pensar por sí mismos, ceden el terreno a los jóvenes, muchos de los cuales no han conocido el antiguo régimen, no han tomado parte en la guerra civil, ignoran incluso las antiguas costumbres del partido y de la vida política, y para los cuales la existencia presente tiene exigencias muy diferentes. En otro tiempo se necesitaba abnegación para formar a un militante; hoy basta con cierta aplicación, con cierto celo. La carrera del militante llevaba aparejados, en otro tiempo, innumerables peligros; la de miembro del partido ofrece hoy grandes ventajas, materiales y morales. Cada militante tenía que formarse y defender antaño sus convicciones; hoy le basta con recibir y aceptar, con más o menos celo, las enseñanzas del partido. Aquellos que, en todas las sociedades, gravitan en torno al poder, tratan, hoy, de ingresar en el partido. ¿Qué es lo que se necesita para estar seguro de seguir en él? Nada más que una conducta ordenada y cierta docilidad de espíritu. Los cargos dirigentes más importantes siguen siendo ocupados por los hombres de la gran generación, cuyas filas van diezmándose rápidamente: Krassin, Dzerjinski, Ioffé, Froumzé, Stepanov-Skvortzov, Tsouriupa han muerto; Trotski, Preobranjenski, Radek, Sosnovski, Sapronov, V. M. Smirnov, Smilga, Rakovski han sido excluídos y desterrados. No señalo aquí más que las figuras de primera categoría, entre todas las que pertenecen a la historia del período heroico. Todos esos hombres han sido compañeros de Lenin; uno de ellos le ha igualado en los recodos decisivos de la historia. Desaparecen o son expulsados. ¿Y quiénes los sustituyen?

En una célula del partido, los comunistas de la gran época no constituyen nunca más que una minoría, sumer-

gida, o poco menos, por los recién llegados. Estos últimos constituyen mayorías compactas, que han aplastado a la oposición en 1927, acelerando así la renovación de los efectivos del partido. La derrota de Trotski y de Zinoviel fué, en este respecto, la derrota de su generación, y de ese modo se explica. Representaban unas aspiraciones que muchos de los elementos nuevos no compartían, y unos intereses contrarios a los de la mayoría de los nuevos. Y, en primer lugar, exigían la reforma del régimen interior del partido; es decir, el abandono del sistema burocrático, el retorno a la democracia interior, amenazando así a todos aquellos que han logrado instalarse o que sueñan con instalarse gracias, precisamente, al régimen burocrático.

La inmensa mayoría de los miembros actuales del partido no posee sino una cultura marxista de las más rudimentarias, lo cual restringe sus posibilidades de pensamiento crítico y burocratiza automáticamente al partido, haciendo necesaria la existencia de cuadros de ejecutantes estrictamente jerárquicos. Estos cuadros, formados en gran parte por obreros un poco más instruídos que los otros, pero de una constitución absolutamente unilateral y de una cultura rudimentaria, se encuentran en una situación material mejor que las de los obreros. Ganan, por término medio, de 150 a 225 rublos mensuales, sin que tengan que temer el paro—a condición de permanecer "en la línea"—, mientras que el salario del obrero especializado de las ciudades es de unos 80 rublos mensuales. Por otra parte, están menos obligados a someterse a la disciplina del trabajo, y detentan una parcela de autoridad. Así se forma toda una "aristocracia obrera" de secretarios de células del partido, de secretarios de comités de fábrica, de funcionarios de sindicatos y del partido, de directores y subdirectores rojos, y de aspirantes a secretarios, que no tienen, en el fondo, otro deseo que el de evitar conflictos e instalarse cada vez mejor. Y toda la maquinaria se enmohece, empezando por el mismo partido. ¿Es apta esta burocracia para traducir los sentimientos de la clase obrera, con la cual choca a menudo en las fábricas? Sus ori-

genes obreros no la inmunizan contra las deformaciones.

No cabe negar que todo esto constituye un gran peligro para el partido y para la dictadura del proletariado. Quizás no sea demasiado tarde aún para aplicar el remedio a ese peligro. La generación de octubre es todavía, a pesar de todo, bastante numerosa, bastante fuerte, bastante prestigiosa para llevar a cabo la vasta reforma que se impone. Esta reforma debería consistir en un retorno a la selección natural de las capacidades, de los talentos, de las energías revolucionarias. Para que la selección natural pueda realizarse, es preciso que las capacidades y las energías puedan manifestarse; es preciso que la palabra, el escrito, la iniciativa de los miembros del partido puedan tener derecho a la vida; es menester que los miembros del partido sean militantes, y no ejecutores pasivos a las órdenes de funcionarios retribuidos. En este caso se produciría una depuración automática, que eliminaría el lastre, así como a gran parte de los arrivistas, aunque no todos, naturalmente; pero no sólo constituye un mal el arrivismo de los incapaces, de los elementos faltos de dignidad y de los que aportan al movimiento obrero ideas burguesas o pequeño-burguesas. ¿Cómo debe concebirse prácticamente esta reforma? El partido debería recuperar, ante todo, las fuerzas de primer orden de que se ha privado a sí mismo en la lucha fraccional. La mayoría de los excluidos son revolucionarios inquebrantables, cuya actitud actual, cuyos errores, incluso, prueban que saben defender con un desinterés absoluto sus propias convicciones y los intereses del proletariado. El partido debería, por medio de discusiones organizadas, y merced a la creación de órganos especiales—revistas de estudio y otros—dejar claramente sus ideas, conceder la palabra a aquellos jóvenes o viejos, que tengan algo que decir.

El funcionarismo retribuido me parece una plaga en las organizaciones de base del partido y del sindicato. Cada célula de fábrica, cada comité de fábrica retribuye a todo un pequeño personal: secretarios, organizadores, encargados. Estos cuadros retribuidos del partido se preocupan

mucho más de su sueldo que de los intereses generales del partido: es muy humano. Recurriendo en mayor escala a la iniciativa y a la abnegación de los miembros del partido para llevar a cabo las diversas funciones hoy retribuídas, se le asestaría un golpe sensible a la burocracia subalterna y se atraería mucho más al pueblo de la fábrica a la actividad política.

Quizá fuera preciso recurrir al voto secreto en las asambleas del partido para las elecciones de funcionarios o para la adopción de decisiones importantes y a fin de reducir la presión de la burocracia sobre las organizaciones de base. Los miembros del partido deberían recibir la seguridad de que sus intervenciones en las asambleas o en la Prensa no les acarrearían represalias por parte de los dirigentes locales o centrales. Los viejos militantes saben que este régimen ideal de democracia interior, en modo alguno incompatible con la disciplina más rigurosa en la acción—*por el contrario, la dirige y condiciona*—, existió (sin el voto secreto) antes de la revolución y durante ésta. *Un partido burocratizado no hubiera podido hacer la revolución.*

La Comisión Central de Control debía ser, en el ánimo de Lenin, una institución destinada a garantizar la democracia en el seno del partido y a funcionar contra aquel que pretendiera impedir que los miembros del partido se expresaran libremente... De hecho, la Comisión Central de Control, igual e independiente, en principio, del Comité central, se ha convertido, de unos años a esta parte, en un instrumento de represión en manos de la fracción dirigente del Comité central. El Comité central no se reúne más que unas cuantas veces durante el año; sus miembros, poco conocidos del país, no disfrutan de influencia personal sino en la medida en que siguen a algún jefe perteneciente al Bureau Político. El Bureau Político, compuesto de nueve personas,—Stalin, Rikov, Bujarin, Molotov, Vorochilov, Kalinin, Tomski, Petrovski, Rudzutak—, y que, según se dice, está divido en dos tendencias, una calificada de "derecha" (Rikov, Bujarin, Tomski), y la

mucho más de su sueldo que de los intereses generales del partido: es muy humano. Recurriendo en mayor escala a la iniciativa y a la abnegación de los miembros del partido para llevar a cabo las diversas funciones hoy retribuídas, se le asestaría un golpe sensible a la burocracia subalterna y se atraería mucho más al pueblo de la fábrica a la actividad política.

Quizá fuera preciso recurrir al voto secreto en las asambleas del partido para las elecciones de funcionarios o para la adopción de decisiones importantes y a fin de reducir la presión de la burocracia sobre las organizaciones de base. Los miembros del partido deberían recibir la seguridad de que sus intervenciones en las asambleas o en la Prensa no les acarrearían represalias por parte de los dirigentes locales o centrales. Los viejos militantes saben que este régimen ideal de democracia interior, en modo alguno incompatible con la disciplina más rigurosa en la acción—*por el contrario, la dirige y condiciona*—, existió (sin el voto secreto) antes de la revolución y durante ésta. *Un partido burocratizado no hubiera podido hacer la revolución.*

La Comisión Central de Control debía ser, en el ánimo de Lenin, una institución destinada a garantizar la democracia en el seno del partido y a funcionar contra aquel que pretendiera impedir que los miembros del partido se expresaran libremente... De hecho, la Comisión Central de Control, igual e independiente, en principio, del Comité central, se ha convertido, de unos años a esta parte, en un instrumento de represión en manos de la fracción dirigente del Comité central. El Comité central no se reúne más que unas cuantas veces durante el año; sus miembros, poco conocidos del país, no disfrutan de influencia personal sino en la medida en que siguen a algún jefe perteneciente al Bureau Político. El Bureau Político, compuesto de nueve personas,—Stalin, Rikov, Bujarin, Molotov, Vorochilov, Kalinin, Tomski, Petrovski, Rudzutak—, y que, según se dice, está divido en dos tendencias, una calificada de "derecha" (Rikov, Bujarin, Tomski), y la

cera de "centrista", asume en realidad todas las funciones dirigentes.

Digamos, para terminar, que la tesis oficial es la de que el partido goza de una democracia casi perfecta, que se halla en pleno progreso, que nunca ha estado tan "sano" como actualmente; en una palabra: que todo va bien en el mejor de los bolchevismos, y que aquellos que se atreven a no participar de esta opinión, son unos pesimistas neurasténicos, unos trotskistas contrarrevolucionarios y unos socialdemócratas disfrazados....

¡Pero si es exactamente lo mismo que declaraban los elementos viciados de Smolensk y de los demás lugares, en sus resoluciones "unánimes, 100 por 100", para emplear los términos usuales de la Prensa soviética!

Yo llegué a la U. R. S. S. en octubre de 1927, en el preciso momento en que la lucha política, iniciada algunos años antes entre Stalin y Trotski, se hallaba en su apogeo. He abandonado la U. R. S. S. quince meses después, sin que esa lucha haya terminado. Antes tenía lugar a la luz del día; ahora es subterránea. El partido comunista parece encontrarse en vísperas de una nueva crisis. Las soluciones de fuerza se han revelado ineficaces. Vale la pena de que sigamos este drama desde sus comienzos. A ciento veinte años de distancia, nos parece que volvemos a vivir las grandes jornadas de la Convención...

El año 1923, tercer año de la NEP, de la paz y de la reconstrucción industrial, fué señalado por el fracaso de la revolución alemana y por una crisis del partido, que quedó en suspenso por la muerte de Lenin. Una vigorosa corriente, a la cabeza del cual se hallaba un gran número de viejos bolcheviques, reclamó la democratización del régimen interior del partido. Creían que era necesario acabar con la militarización del partido, puesto que se había terminado la guerra civil. Trotski preconizó valientemente un "nuevo curso", a fin de poner remedio a la

burocratización, al estancamiento intelectual, y hacer sitio a los jóvenes. El Comité central, unánimemente, votó una excelente resolución en este sentido. Trotski pidió, por medio de algunos artículos de la *Pravda*, su aplicación. Inmediatamente se desencadenó una violenta campaña contra él. Se le acusó de desacreditar al Comité central, de amenazar la unidad del partido, de atacar los principios fundamentales del bolchevismo. La juventud de las escuelas y de las universidades le había sostenido con entusiasmo. Ello le valió ser enérgicamente deparada arrojada de las universidades, mientras se mandaba a provincias a centenares de miembros del partido. A esto se llama la discusión de 1923.

Había que acabar con la inmensa popularidad de Trotski, en el cual veían el partido y el país al continuador de Lenin, cuyas palabras y cuyos escritos eran sorprendentemente ricos de contenido, cuyas apariciones en la Plaza Roja provocaban tempestades de aclamaciones. Se tomó como pretexto el prefacio que añadió al tomo III de sus obras, *Las Enseñanzas de Octubre*. Trotski se había permitido recordar que, en 1917, Lenin y él mismo habían tenido que combatir, para hacer triunfar la revolución, una tendencia derechista hostil a la ocupación del poder, y de la cual formaba parte Zinovief, Kamenev, Rikov, Nogain. Aun cuando los hechos fuesen patentes y estuviesen demostrados con documentos irrefutables—especialmente por las obras de Lenin—, se habló de calumnia y de falsificación de la historia. (Stalin no ha dejado de publicar, el año pasado, contra Zinovief y Kamenev, toda una literatura comentando estos hechos.) Trotski tuvo que presentar la dimisión de presidente del Consejo Revolucionario del Ejército Rojo. Su secretario, Glazman, un héroe de la guerra civil, excluido del partido con un fútil pretexto, se suicidó. No fué el único suicidio de oposicionista. Trotski se inclinó ante las decisiones del partido, "como soldado", según decía, sin abjurar de nada, sin embargo. Esto fué lo que se da en llamar la discusión de 1924. Mientras tanto se excluía de la Internacional Comunista, con di-

versos pretextos, a los comunistas sospechosos de simpatías hacia Trotski. Tal caso se dió, en Francia, con Souvarine, Monatte y Rosmer.

En 1925, la situación es bastante tirante entre Zinoviev y Stalin. Este último busca una aproximación respecto de Trotski, que no sale de su silencio más que para dar obras brillantísimas: *Europa y América*. *¿Adónde va Inglaterra?*, *La Calidad de la Producción*, *¿Hacia el Capitalismo o hacia el Socialismo?* Se habla de su vuelta al poder. Pero preconiza una política de industrialización, que tropieza con grandes resistencias.

A comienzos de 1926, estalla bruscamente una nueva crisis en el XIV Congreso del partido, crisis debida a la ruptura entre Stalin y Zinoviev; es decir, al conflicto entre las organizaciones de Leningrado y de Moscú. Zinoviev denuncia el peligro *kulak* y el régimen burocrático, creado por él mismo. Stalin y Bujarin acusan a Zinoviev y a Kamenev de haber provocado el fracaso del almacenaje de las reservas de trigo, de haber pedido la exclusión de Trotski, de desconocer al campesino medio. Su consigna era: *¡fuego contra la izquierda!* Se destruye la organización de Leningrado y se manda a sus miembros, a centenares, a provincias. La fulminante victoria de Stalin se debe a su paciente trabajo, dirigido desde años atrás, haciendo uso de sus prerrogativas de secretario general del partido, para colocar poco a poco, en todos los cargos dirigentes de las organizaciones locales a su hombres.

Zinoviev tiene, sin duda, un pasado bastante cargado; pero le asiste la razón en cuanto dice. Por otra parte, su alianza con Trotski, a quien perseguía en otro tiempo, asesta un rudo golpe a la leyenda del trotskismo, como antítesis del leninismo. Esto creen los viejos oposicionistas de 1923. Mientras tanto, se multiplican los yerros de la dirección: la revolución china, especialmente comprometida, plantea los más graves problemas. Los oposicionistas de 1923 (Trotski, Radek, Preobrajenski), y los de Leningrado (Zinoviev, Kamenev), sellan una alianza. En una memorable sesión del Comité central Zinoviev reconoce

que sus adversarios de 1923 tenían razón contra él en la cuestión capital (el régimen interior del partido); que el trotskismo es una leyenda fabricada por ellos mismos; que se había formado un comité de siete para dirigir las campañas contra Trotski... Esta sesión acabó en medio de un terrible tumulto. La lucha entre los dirigentes del partido y la oposición fué encarnizada a partir de aquel momento. Resulta imposible seguir sus peripecias.

Resumamos, más bien, la plataforma de la oposición.

La oposición afirma que el *kulak*, el *nepman*, el burócrata—en una palabra: la nueva burguesía naciente—hacen amenazadores progresos, y que la situación material y política de la clase obrera empeora. Reclama el fuego contra la derecha.

Denuncia, al mismo tiempo, el mal burocrático en el partido y en la Internacional comunista, la presión ejercida por los comités sobre los miembros del partido, la corrupción de los cuadros, y reclama la vuelta a la democracia interior "como en tiempos de Lenin".

Denuncia, asimismo, la ambición de Stalin, que quiere eliminar de la dirección del partido a sus adversarios personales. Al propio tiempo reclama la publicación y difusión del testamento de Lenin; es decir, uno de los últimos mensajes de Lenin a los dirigentes del partido, mensaje en el que aquél recomienda que se releve a Stalin, "grosero y desleal", del secretariado general, y declara que considera a Trotski como uno de los mejores jefes del partido.

En nombre del internacionalismo proletario, combate la teoría de la realización del socialismo en un solo país.

Refuta también el optimismo oficial, que afirma que la situación económica no cesa de mejorar, y que el campo se dirige pacíficamente hacia el socialismo. Denuncia los peligros de "la lentitud en la industrialización". Reclama, por consiguiente, una política de industrialización más activa.

Denuncia, finalmente, la táctica desastrosa seguida por la Internacional comunista en la revolución china, donde los comunistas sostuvieron respectivamente a Chang Kai

Chek, al Kuomintang, al Gobierno de Wou-Han y, en una palabra, a sus peores enemigos, a los verdugos del mañana, condenando así al movimiento obrero y campesino a un fracaso desmoralizador y sangriento. La oposición bombardea a la dirección del partido y de la Internacional comunista con tesis y advertencias literalmente proféticas, que le valen una tempestad de sanciones.

Es preciso tener en cuenta el papel capital desempeñado por la revolución china en los acontecimientos de la U. R. S. S. Fué la revolución china la que obligó a los oposicionistas, incluso a aquellos que se consideraban condenados al fracaso, a no retroceder ante nada. "¿Podíamos contemporizar—preguntan—viendo que se llevaba una gran revolución popular a su pérdida, repitiéndose mecánicamente los viejos errores del menchevismo de 1905?" Y añadían: "El momento era demasiado grave. No podíamos vacilar ante la perspectiva de aplastar para hacer una suprema advertencia al partido y a la III Internacional." Lo cierto es que la revolución china, que había empezado bajo los mejores auspicios, iba de fracaso en fracaso.

La oposición no tiene derecho a hablar ni a escribir. Sus miembros son trasladados, privados de trabajo, excluídos, hundidos en el hambre: tal es el procedimiento habitual. La Prensa entera les acusa diariamente de traidores, de socialdemócratas, de malhechores. Se les acusa de preconizar el derrotismo en tiempo de guerra. Se les obliga a decir con gran frecuencia lo contrario que han dicho. No se publican sus rectificaciones. Próximo el XV Congreso del partido, en el otoño de 1928, la lucha se agudiza.

Los estatutos del partido prescriben que todos los miembros deben ser invitados, en vísperas de los Congresos, con uno o dos meses de antelación, a estudiar y discutir la política general del partido. El Bureau Político, del cual se excluye precipitadamente a Trotski, Zinoviev, Kamenev, decide que no se discutan más que sus propias tesis. Trece de los miembros del Comité central—y no de los menos importantes—presentan, con miras al Congreso, la *plataforma* de la oposición. Stalin declara que esta *plataforma*

Chek, al Kuomintang, al Gobierno de Wou-Han y, en una palabra, a sus peores enemigos, a los verdugos del mañana, condenando así al movimiento obrero y campesino a un fracaso desmoralizador y sangriento. La oposición bombardea a la dirección del partido y de la Internacional comunista con tesis y advertencias literalmente proféticas, que le valen una tempestad de sanciones.

Es preciso tener en cuenta el papel capital desempeñado por la revolución china en los acontecimientos de la U. R. S. S. Fué la revolución china la que obligó a los oposicionistas, incluso a aquellos que se consideraban condenados al fracaso, a no retroceder ante nada. "¿Podíamos contemporizar—preguntan—viendo que se llevaba una gran revolución popular a su pérdida, repitiéndose mecánicamente los viejos errores del menchevismo de 1905?" Y añadían: "El momento era demasiado grave. No podíamos vacilar ante la perspectiva de aplastar para hacer una suprema advertencia al partido y a la III Internacional." Lo cierto es que la revolución china, que había empezado bajo los mejores auspicios, iba de fracaso en fracaso.

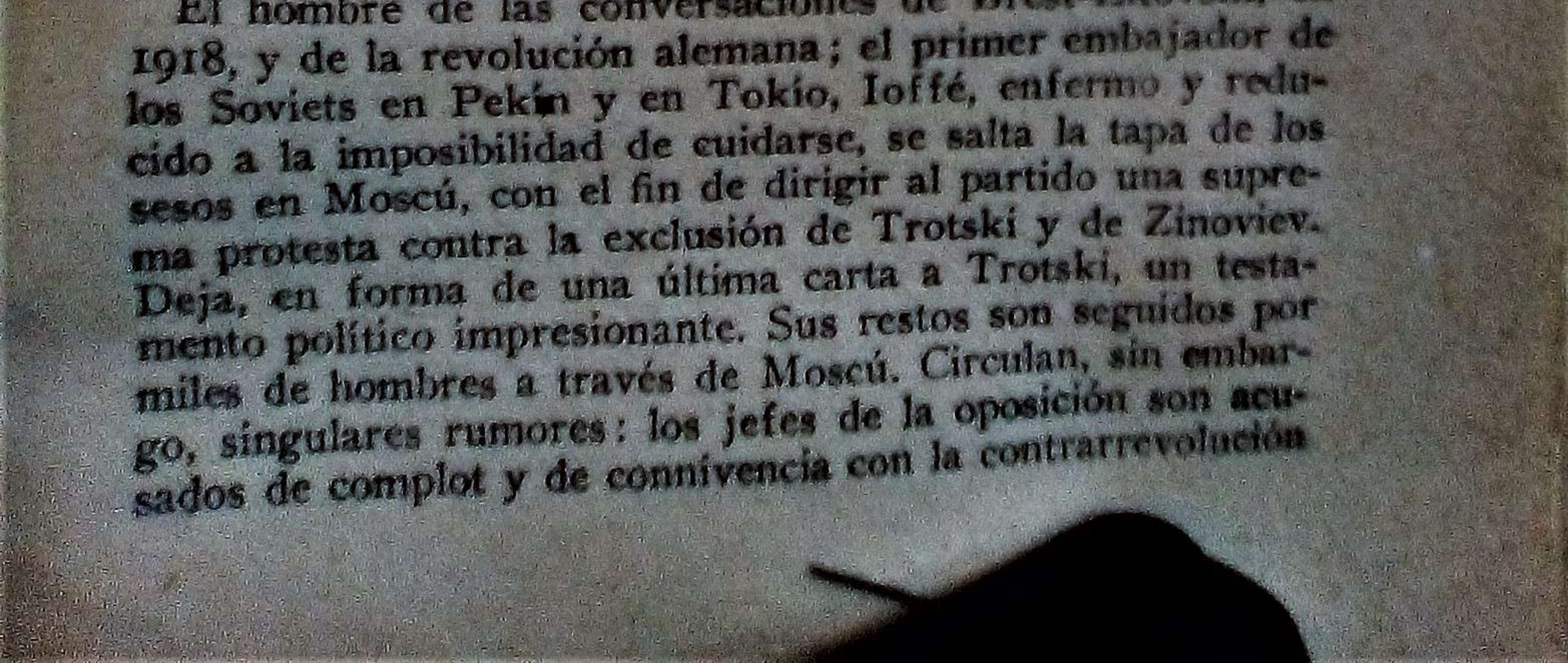
La oposición no tiene derecho a hablar ni a escribir. Sus miembros son trasladados, privados de trabajo, excluídos, hundidos en el hambre: tal es el procedimiento habitual. La Prensa entera les acusa diariamente de traidores, de socialdemócratas, de malhechores. Se les acusa de preconizar el derrotismo en tiempo de guerra. Se les obliga a decir con gran frecuencia lo contrario que han dicho. No se publican sus rectificaciones. Próximo el XV Congreso del partido, en el otoño de 1928, la lucha se agudiza.

Los estatutos del partido prescriben que todos los miembros deben ser invitados, en vísperas de los Congresos, con uno o dos meses de antelación, a estudiar y discutir la política general del partido. El Bureau Político, del cual se excluye precipitadamente a Trotski, Zinoviev, Kamenev, decide que no se discutan más que sus propias tesis. Trece de los miembros del Comité central—y no de los menos importantes—presentan, con miras al Congreso, la *plataforma* de la oposición. Stalin declara que esta *platafor-*

ma es contrarrevolucionaria, y prohibe su publicación, su difusión e incluso su lectura.

Los oposicionistas, en vista de esta actitud, deciden dirigirse al partido por su propia cuenta. Publican sus documentos y su *plataforma* valiéndose de máquinas de escribir. Interviene la G. P. U., y los recoge. La Prensa propala por el mundo entero que la oposición crea en la U. R. S. S. imprentas clandestinas, lo cual es mentira, pues una máquina de escribir no puede decirse que sea una imprenta. La oposición se manifiesta el 7 de noviembre, con ocasión de las fiestas del X aniversario de la revolución de octubre. Han sido organizados previamente grupos encargados de silbar, y, a veces, de aplastar a los oposicionistas. En Moscú, en la Plaza Roja, aplastan a dos oposicionistas que desplegaron dos carteloncs diciendo: "Acordaos del testamento de Lenin." Se saquea la casa del oposicionista Smilga, que había sacado al balcón los retratos de Lenin y de Trotski. Los saqueadores, seguros de la impunidad, destruyen hasta el retrato de Lenin. Trotski, Zinoviev, Radek, organizan en las casas de los obreros reuniones de los miembros del partido. El Comité central, alarmado por el buen éxito de estas reuniones, autoriza "a los obreros" a disolver dichas reuniones por la fuerza. Se trata de un llamamiento al empleo de la violencia en la calle, y de una previa garantía de impunidad. Y las reuniones cesan.

El hombre de las conversaciones de Brest-Litovski, en 1918, y de la revolución alemana; el primer embajador de los Soviets en Pekín y en Tokio, Ioffé, enfermo y reducido a la imposibilidad de cuidarse, se salta la tapa de los sesos en Moscú, con el fin de dirigir al partido una suprema protesta contra la exclusión de Trotski y de Zinoviev. Deja, en forma de una última carta a Trotski, un testamento político impresionante. Sus restos son seguidos por miles de hombres a través de Moscú. Circulan, sin embargo, singulares rumores: los jefes de la oposición son acusados de complot y de connivencia con la contrarrevolución



Blanca. Se mezcla en el asunto a un ex oficial de Wrangel. Este oficial resulta ser un agente de la G. P. U.

El XV Congreso se reúne en este ambiente de represión, tras varios meses de exclusiones diarias—se excluye a los oposicionistas por grupos enteros: 39, en Leningrado, de una sola vez—y de "terror en el partido". Ni que decir tiene que, en las conferencias regionales, los oposicionistas *no obtienen un solo mandato de delegado*. El Congreso resulta un Congreso de unanimidad. Unánimemente pronuncia la exclusión de la oposición, excluída ya en su gran mayoría. Arroja del partido a todos aquellos que no aprueban sin reservas sus decisiones. Declara que no basta con la sumisión a sus decisiones, y exige que los oposicionistas adjuren de sus ideas. Zinoviev y Kamenev adjuran, pero tienen que permanecer, durante seis meses, a la puerta del partido. A la semana siguiente dan comienzo las deportaciones.

Un mes más tarde, la crisis del trigo, los escándalos de Chatski y de Smolensk, reclaman la atención de todos. Se precisa el desastre de la revolución china. Stalin hace suyas, palabra por palabra y a veces no sin exageraciones, determinadas proposiciones de la oposición derrotada. ¡Guerra al *kulak!* ¡Campaña de autocrítica en el partido! ¡Lucha contra la burocracia! Poco después se reconocen los errores cometidos en China e imputados al Comité central del partido comunista chino.

Pasan algunos meses, y Stalin inicia una vasta campaña contra "la derecha, netamente oportunista, del partido". Los dirigentes de la organización de Moscú son relevados de sus funciones. Se habla mucho del oportunismo de Bujarin. Pero la derecha guarda silencio obstinadamente, e incluso a veces hace coro en la campaña contra la derecha. En algunos periódicos se lee: "Hay derechistas que gritan más fuerte que los otros: *¡Abajo la derecha!* ¡Pero no nos dejaremos engañar!" Y así siguen las cosas.

Se preparaba una nueva crisis.

La represión contra el trotskismo empezó inmediatamente después del XV Congreso. Fueron excluídos 4.000 oposicionistas. Se retractaron miles de otros. Los excluídos fueron, en su mayor parte, arrojados de sus empleos. En el curso de los registros efectuados en Moscú, la G. P. U. se incautó de las copias de dos cartas dirigidas por los jefes de la oposición rusa a sus camaradas comunistas de Francia y de Alemania; en estos mensajes se decía que la gravedad de la situación de la Internacional comunista justificaba la formación de una fracción internacional de izquierda. La publicación de estos "documentos sensacionales", que en realidad nada tenían de sensacional, sirvió para justificar la deportación de treinta de los principales líderes de la oposición. Trotski fué enviado a Alma-Ata, en las fronteras de Mongolia. Carlos Radek, el indómito agitador internacional, veterano de todas las cárceles de Europa, superviviente de las insurrecciones espartaquistas de Berlín, fué enviado a Tobolsk, donde poco después había de reunírsele su hijo. El ex comisario del Pueblo de Correos y Telégrafos, uno de los jefes del Ejército Rojo en los tiempos difíciles, el viejo bolchevique siberiano I. N. Smirnov, fué deportado a Abkhasia, en el Mar Negro.

Los jefes de la revolución en el Ural, Mratchkovski y Bielovorodiv,—éste, comisario del Pueblo en el Interior, todavía ayer—volvieron en calidad de desterrados políticos a las regiones que habían defendido contra el enemigo.

Uno de los dirigentes de la revolución de octubre en Moscú, Muralov, se vió asignar como residencia el burgo de Tara, perdido en los bosques de Siberia, a centenares de leguas del ferrocarril. El organizador de la flota del Báltico en 1917, economista de talento y, además, buen guerrero, Smilga, salió para el malsano país de Narim, en el Asia central, a donde son deportados a veces los especuladores. Voya Vuyovitch, joven servio conocido por su ardiente actividad en la Internacional de las Juventudes comunistas, salió enfermo, con dirección a Archan-

gelsk. El grupo de Sopronov fué tratado con mayor dureza aún; el economista V. M. Smirnov y su mujer fueron enviados a las estepas del norte del Ural, a Berezovo, por bajo del círculo polar. Algunos amigos recogieron a su hijo. Un trotskista conocido, Rafail, fué deportado al Purukhansk, en las soledades glaciales. Preobrajenski y Rakovski fueron mejor tratados: a uno lo mandaron a Uralsk, y al otro a Astrakán.

Estas medidas fueron acogidas con gran sangre fría por los oposicionistas. El país lo ignoró casi todo. Desde el fondo de las aldeas siberianas, los deportados empezaron a mantener correspondencia entre sí, y después con los centros, legal o ilegalmente. Y pronto circuló veladamente una serie de tesis, de cartas, de artículos, por todas las fábricas y en los medios avisados del partido. Los acontecimientos daban la razón a la oposición. Perseguida ésta se organizó clandestinamente. Su literatura, las más de las veces dactilografiada e impresa con prensas rudimentarias, naturalmente ilegales, se multiplicó. La oposición dirigió al VI Congreso de la Internacional comunista un llamamiento de que no dió conocimiento a los delegados al Congreso sino a título de documento secreto. Trotski escribió sobre el Programa de la Internacional notables críticas, que permanecieron asimismo ocultas. Había otros escritos suyos que trataban de la revolución china, del problema rural, de los problemas históricos. Mientras caía en el marasmo la vida intelectual del partido, redoblaba en intensidad la de la oposición. Había que resistir.

La G. P. U. efectuaba incesantes detenciones, seguidas de deportaciones. Generalmente, aquellos que al ser detenidos se negaban a abjurar, eran deportados, después de algunos meses de prisión secreta. Al finalizar el verano el número de deportados era de unos 400. Y otro número igual de oposicionistas aguardaba en las cárceles la orden de partida.

Mientras tanto, corrían alarmantes rumores respecto a Trotski. Se habló de un atentado, después de otro. No se sabía nada exactamente, y la falta de noticias hacía su

mentar el nerviosismo de los obreros oposicionistas. La hija mayor de Trotski, Nina Lnovna Bronstein, murió en Moscú, tuberculosa; al viejo jefe se le negó autorización para asistir a su entierro. Finalmente se supo que estaba gravemente enfermo. Esto decidió a los grupos oposicionistas a lanzar los primeros llamamientos a los proletarios. Hasta entonces habíanse limitado a la agitación en el seno del partido o en los medios obreros próximos a éste. En Karkov, en Kieiv, en Moscú, en Leningrado, las fábricas viéronse inundadas de manifiestos de protesta contra la represión, exigiendo la reintegración de los excluídos, el saneamiento del partido y, fórmula sacramental, "la ofensiva contra el *kulak*, el *nepman* y el burócrata".

A este rebrotar de la agitación respondieron centenares de nuevas detenciones. Stalin declaró ante el Comité central (se publicó en la *Pravda*) que todavía quedaban en el partido varias decenas de miles de trotskistas. Mientras que la dirección desencadenaba su ruidosa campaña contra la derecha, se procedía a detener a la izquierda en todas las fábricas. Las protestas de la oposición se sucedían, señalando cada uno de los esfuerzos de la represión, sobre la cual la Prensa no decía una sola palabra. Se podía vivir muy bien en la U. R. S. S. sin darse cuenta de esta ardiente lucha, que tenía lugar en la sombra entre algunos millares de comunistas resueltos, asistidos de la simpatía de los obreros avanzados y la G. P. U.

Un año ha pasado desde el comienzo de esta lucha, y las detenciones, las deportaciones, los llamamientos clandestinos, las manifestaciones ilegales, continúan. Y no se habla más que de medidas extraordinarias, de represión despiadada de esta "nueva forma de la contrarrevolución y del menchevismo". Esta tenacidad, esta vivacidad de la oposición prueban, en último caso, que sus jefes no han sido nunca "generales sin tropas", ni "un puñado de intelectuales pesimistas", como ha repetido con demasiada frecuencia la Prensa soviética, y que cuentan con muchas simpatías en las fábricas.

Algunos incidentes trágicos agravaron la lucha a fines

de 1928. Uno de los secretarios de Trotski, su colaborador en el Comité de las Concesiones y su pariente por alianza, Jorge Vassilietvich Boutov, viejo soldado de la guerra civil, detenido por la infamante acusación de espionaje y en la imposibilidad de defenderse, se dejó morir de hambre en una prisión de Moscú. Murió, según se dice, el 26 de octubre, después de treinta y cinco o cincuenta días de huelga del hambre. Los periódicos no dijeron nada. En Leningrado, un obrero de la fábrica "el Triángulo Rojo", llamado Alberto Heinrichson, casado, padre de familia, revolucionario desde 1905 y comunista desde 1918, detenido el 21 de octubre, murió misteriosamente, en la cárcel, el 31. La G. P. U. dió sucesivamente a su mujer dos versiones de esa muerte: la de la apoplejía, y la del suicidio. El cuerpo presentaba señales de violencia. En Karkov, molieron a palos a algunos obreros oposicionistas. En la prisión de Butirki, en Moscú, se produjeron algunos incidentes poco conocidos. Se supo que la G. P. U. había adoptado la resolución de cortar toda correspondencia entre los deportados. Sus familias, al dejar de recibir cartas suyas, se asustaron. Los deportados se encontraron doblemente separados de los suyos, y condenados, sin la menor defensa, a una abrumadora soledad. En vísperas del XI aniversario de la revolución de octubre, tuvieron lugar centenares de nuevas detenciones en Kiev, Karkov, Odesa, Leningrado, Moscú. En Kiev, se echaron a la calle, en manifestación, millares de obreros que protestaron, ante las ventanas de la G. P. U., exigiendo la libertad de los presos. Dispersados reiteradamente por la fuerza, la manifestación volvía a empezar cada vez. Algunos obreros, detenidos, fueron puestos en libertad para ser detenidos de nuevo momentos después. En Odesa, el día del XI aniversario, se produjeron asimismo en las calles violentas manifestaciones, provocadas por la brutalidad de la milicia, que asaltó y saqueó la vivienda de un obrero que había expuesto en su balcón, al lado del retrato de Lenin, un retrato de Trotski.

Toda correspondencia con el desterrado de Alma-Ata

había cesado, y acerca de él corrían siniestros rumores. A fines de año redobló la actividad de los oposicionistas en las fábricas, con ocasión de la renovación de los contratos colectivos. Eran a todas luces mucho más fuertes que a principios del mismo año. La crisis económica se agudizaba más cada día, y la mayoría del partido, a pesar de la unidad aparente, veíase cada vez más minada por la lucha entre la derecha y Stalin. Esta situación la movió, sin duda, a adoptar la determinación de acabar de una vez con la oposición. De fines de diciembre a mediados de enero tuvieron lugar, solamente en Moscú, 300 detenciones. Circulaban extraños rumores. Se susurraba que Trotski había desaparecido bruscamente de Alma-Ata. Corrió el rumor de que había sido desterrado y mandado a Turquía, en el mayor secreto. La Prensa no decía nada. Los mayoritarios decían que había sido desterrado por haberlo solicitado así él mismo. Los oposicionistas desmentían este rumor con indignación y no disimulaban sus temores por la vida de su jefe.

Resulta imposible describir la atmósfera en que se desarrolla esta lucha. Todo es misterio, tinieblas, rumores, ansiedades, afirmaciones contradictorias, denegaciones, sorpresas, angustias. Desaparecen misteriosamente hombres que van a su trabajo, o cuando salen de sus casas. Sus allegados preguntan en vano a la milicia o a la G. P. U. Nadie sabe nada. Al cabo de quince días o de un mes, se sabe que están detenidos. Los periódicos no mencionan las detenciones sino en casos excepcionales, con fines políticos, como, por ejemplo, cuando se trata de preparar al público al anuncio del destierro secreto de Trotski. He aquí, a este respecto, el comunicado publicado en la *Pravda* del 24 de enero, en la cuarta página, en caracteres microscópicos:

"El G. P. U. ha procedido recientemente a la detención de una organización trotskista ilegal, culpable de actividad antisoviética: han sido detenidas 150 personas. En este número se encuentran Mdivani, Pankratov, Globus, Drobnis, Kavtaradzé, Voronski, Gacvski, Gruanstein. En

el curso de los registros han sido hallados e intervenidos documentos antisoviéticos. Las personas más arriba citadas, hostiles a la dictadura del proletariado, serán sometidas a una reclusión severísima."

Ni una palabra más. Retengamos, de entre los nombres citados, los de Mdivani—antiguo presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Georgia, ex delegado en la Conferencia de Génova, ex representante comercial de los Soviets en Paris—, y Voronski, ex director de la revista literaria más conocida en la U. R. S. S., la *Krasnoya Nov*, y uno de los más notables críticos literarios comunistas.

Que baste un comunicado tan lacónico para justificar la "severa reclusión" de tales hombres, es, creemos nosotros, una cosa ante la cual los amigos más sinceros y más abnegados de la revolución no puedan acallar su tristeza y su inquietud.

Los encarcelados son guardados secretamente, a veces por espacio de varios meses. Pueden escribir a sus familias, cada quince dias, una tarjeta postal; y aun ésta no siempre llega a su destino. Durante los diez o quince primeros dias, se les priva de paseo, e incluso de toda lectura. La instrucción es secreta, sin que se admita la menor defensa. El veredicto es pronunciado por un colegio o consejo de la G. P. U., en vista de las conclusiones del juez de instrucción, sin que sea oído el acusado. Este es, en una palabra, un sér sin la menor defensa, absolutamente aislado, absolutamente en poder de sus adversarios.

Los deportados encuentran a veces trabajo en el lugar donde se les obliga a residir. En caso contrario, tienen que vivir, generalmente, con algunos rublos de subvención mensual que les asigna la administración. Lo más terrible para ellos es escontrarse en las estepas, y condenados entre los buriates, kirghises o yakutas, a un aislamiento moral más duro que el de las prisiones, y a una existencia de tal modo aburrida que llega a engendrar, a la larga, una especie de perturbación, muy frecuente entre los habitantes de Siberia.

No pocos de los oposicionistas detenidos a comienzos del año han sido enviados al antiguo penitenciario de Tobolsk. Nadie conoce el número exacto de los detenidos y de los deportados. Debía de oscilar, en enero, entre 1.500 y 2.000.

En las prisiones, los detenidos políticos son tratados con mucha mayor dureza que los condenados de derecho común. Sólo estos últimos gozan, por regla general, de las grandes mejoras introducidas por los Soviets en el régimen de las prisiones (instalación de clubs y de teatros, enseñanza, visitas, vacaciones), así como de frecuentes amnistías.

•••

Resulta penosísimo tener que referir cosas que sería indigno callar. He conocido a muchos oposicionistas, he conocido a muchos de los hombres de la G. P. U., he conocido a hombres de la mayoría del partido, a "oficiales", como se suele decir. Tanto unos como otros son comunistas abnegados, adnegados hasta la muerte por la República de los Soviets y por la causa de los trabajadores. Ya sé que cuando el Gobierno de los Soviets ejerce una represión tan dura sobre la actividad de los viejos revolucionarios que ocupaban ayer un puesto en su seno, en el partido comunista, que cuando mete en la cárcel a su propia izquierda excluída, invoca—con una sinceridad de la cual no puedo dudar, pues nadie, nadie, ni siquiera entre los presos y los deportados, duda—la necesidad de salvar a la revolución. Asimismo sé que los oposicionistas resisten y actúan, aceptando friamente todos los riesgos, con la convicción de servir a los intereses superiores de la revolución. Siento una necesidad dolorosa de comprender y de hacer comprender estas cosas, esta lucha, esta destrucción entre hermanos, hoy enemigos, pero que a pesar de todo siguen siendo hermanos, y en la que el extranjero ve uno de los mayores peligros que puedan existir para el porvenir del comunismo. He interrogado a unos y a otros. Me repre-

sento muy bien lo que se hubieran dicho, de haber podido discutir en presencia mía. He aquí, sobre poco más o menos, los argumentos que se hubieran cruzado entre un mayoritario medio, informado por los periódicos, y un oposicionista de esos que no vuelven nunca a su casa, por las noches, sin echar una mirada escrutadora a las ventanas de su vivienda, que puede convertirse, a cada instante, en una ratonera:

—La unidad del partido—diría el mayoritario—es la primera condición de existencia de la dictadura del proletariado. Si el partido está dividido, nos exponemos a que se hunda todo. Y ustedes trabajan, ¡insensatos!, por la escisión del partido.

El oposicionista respondería:

—Sois vosotros quienes habéis dividido al partido, ciegos. El insostenible régimen que habéis creado, es lo que nos incita a la rebelión. Os habéis negado siempre a discutir, a reformar, a mejorar; habéis empleado la violencia contra los mejores servidores del partido. Demasiado sabéis que su unidad es tan sólo aparente y que vuestra propia mayoría está hoy oscuramente dividida en una derecha y un "centro", que se combaten ásperamente en la sombra. Nosotros preconizamos el retorno a la verdadera unidad del partido, unidad que es preciso restablecer mediante una profunda reforma del régimen interior, con la rectificación de los errores cometidos con la vuelta a Lenin.

—Sois unos mencheviques, unos socialdemócratas; no habláis más que de democracia, y sólo a la democracia aspiráis, ni más ni menos que esos contrarrevolucionarios.

—Los mencheviques y, en el extranjero, los socialdemócratas, preconizan la colaboración con la burguesía en el seno de la democracia capitalista, como en Francia, en Alemania, en Inglaterra. Nosotros reprochamos al Comité central, por el contrario, su falta de clarividencia en la lucha de clases, sus inconscientes veleidades de colaboración con los elementos antisocialistas del país. Denunciamos el peligro de un desliz hacia la democracia burguesa;

somos partidarios de la democracia obrera, soviética, del Estado-Comuna concebido por Lenin, de la dictadura del proletariado: una amplia democracia para los trabajadores, y la dictadura contra los enemigos del trabajo. ¿Existe algo más contrario al menchevismo, que nos imputáis, amordazándonos?

—Vuestra actividad clandestina abre un abismo entre vosotros y el partido, ante el cual hacéis protestas de fidelidad. Vuestros actos desmienten vuestras palabras.

—Nos habéis reducido a la actividad clandestina. Concedednos la palabra en el partido, fuera del partido, donde queráis. Pero a eso no os atreveréis nunca, pues vuestra política teme demasiado a la crítica.

—Vuestra actividad clandestina os coloca, queráislo o no, en la primera fila de los enemigos del régimen. Toda la contrarrevolución tiene puestas sus esperanzas en vosotros. Indudablemente, os ahorcaría en el mismo patíbulo que a nosotros; pero, mientras tanto, tiene la esperanza de pasar por la brecha que para ella abrís.

—El régimen burocrático, cuyo mantenimiento os reprochamos, aun cuando simuléis combatirlo, permite la instalación de la más pérfida de las contrarrevoluciones en todos los engranajes del Estado proletario y del partido. Cuando nos perseguís, detrás de vosotros se encuentra toda la odiosa pequeña burguesía, y merecéis la aprobación de toda la burguesía internacional.

—Vuestra actividad clandestina prepara la guerra civil. Estáis condenados a los complots. Si conseguís haceros fuertes, no dejaréis de tratar de derribarnos por la fuerza.

—Exigimos la reforma del partido y la del Estado soviético. En el país de los obreros y de los campesinos, somos *reformistas* y no "revolucionarios". Incluso en la ilegalidad, los comunistas dejan los imaginarios complots para los precursores de los verdaderos complots y para los aventureros. Si conseguimos hacernos fuertes, bastará con un Congreso extraordinario del partido, en donde se nos conceda por fin la palabra, para situar a cada cual en su lugar.

—Vuestra actividad clandestina incita a los obreros atra-

sados contra el régimen. Creéis criticar los errores políticos del Comité central; lo que en realidad hacéis es azuzar contra el régimen a los que os oyen.

—Vuestros errores siembran entre los trabajadores una discordia mucho más grave que toda la enfadosa interpretación de nuestras críticas por los elementos atrasados. El mal está en los hechos, y no en la divulgación de los hechos.

—Vuestra actividad internacional desacredita a la U. R. S. S., a la dictadura del proletariado, al partido, y se confunde así con la de nuestros enemigos.

—Mucho más la desacreditan vuestros actos. Nosotros no decimos más que la verdad. La educación del proletariado internacional debe llevarse a cabo por la verdad y no por el optimismo oficial, que disimula las dificultades, los errores, los peligros. Seguimos la tradición de Lenin, que no mascullaba sus palabras. Recordad cómo llenaban a veces de alegría sus discursos a sus adversarios, bastante miopes, por cierto.

—No olvidéis que nos amenaza la guerra.

—Precisamente... Elegid entre nosotros, soldados de la revolución, y vuestros ejércitos de burócratas, dispuestos siempre a todas las traiciones.

Esta discusión entre dos términos irreductibles sólo podría acabar en un cambio de réplicas de esta especie:

—Habéis perdido todo contacto con el partido. El Comité central sabe muy bien lo que hace. En el fondo, las dificultades os extravían. Os convertís, sin querer, en auxiliares de la contrarrevolución. Yo cumplo con mi deber de comunista y telefoneo a la G. P. U.

—Habéis perdido el espíritu crítico y la clarividencia proletaria, gracias a los cuales el partido ha hecho la revolución. El Comité central, si estuviera a la altura de su misión, tendría necesidad de militantes y no de ciegos aprobadores capaces de todos los menesteres. En el fondo, estáis de tal modo burocratizados, que no distinguís bien las dificultades. Contribuís, a pesar vuestro, al deslizamiento del partido hacia la derecha; es decir, hacia una restauración del ca-

para el mundo!

¡Cumplo con mi deber de comunista: denuncio, ¡protesto; repito lo mismo que antes.

¡Terrible cuidado! Seremos despiadados. Acordáos del lo que ocurrió los Enragés de la Revolución francesa. ¡Defenderemos, a toda costa, la dictadura del proletariado, la doctrina comunista, los intereses de la clase obrera, amenazados por vuestros errores. ¡Cuidadito! ¿Qué suerte os espera cuando nos hayáis aniquilado? ¡Acordáos de la muerte de Robespierre!

***

No ignoro que existen en la U. R. S. S. otros presos políticos, aparte de los comunistas de la oposición. Los hay. Un régimen que quiere transformar la sociedad entera, que ha tenido que sufrir tantos asaltos furiosos, que se encuentra rodeado de tantos enemigos, tiene que defenderse contra el espionaje, la traición, la conspiración del extranjero, las taras, y, en fin, el pasado. La clase obrera rusa ha tenido que recurrir al terror para conservar el poder y sustraerse al terror blanco. Las revoluciones no conocen otras leyes. El terror ha acabado en la U. R. S. S.; pero todavía queda algo de él. Encuentro natural que la clase obrera, instalada, en el poder, se defienda con las mismas armas que las otras clases en el poder. Encuentro natural que los enemigos del régimen de los Soviets, aquellos que jamás lo reconocieron, aquellos que intentaron y sueñan todavía con derribarlo por la fuerza de las armas, con el apoyo del extranjero, sean reducidos a la impotencia en la U. R. R. S. Nada es más necesario para la salud de la revolución que la represión de la contrarrevolución.

Pero otra cosa es calificarse arbitrariamente de contrarrevolucionarios, entre hermanos enemigos, rivales al servicio de una misma causa. Otra cosa emplear contra los fundadores de la República de los Soviets las armas forjadas para combatir a sus enemigos mortales. Otra cosa, en fin, reprimir, en el seno de la clase obrera, una acción reformadora, aun cuando sea equivocada, aun cuando sea peli-

grosa, como se reprimen los actos de los partidarios del antiguo régimen.

En el primer caso, se defiende a la revolución. En el segundo, se la debilita.

Ya veo sonreir a no pocos amigos rusos. Les oigo concluir:

—¡No querria usted que dejáramos a los trotskistas desorganizar a su gusto el régimen!...

No, camaradas. No pretendo enseñarles lo que tienen que hacer. Pero los conozco a los unos y a los otros. Sé que son ustedes hermanos enemigos. Por sus venas corre la misma sangre de revolucionarios. Han derramado la misma sangre en las mismas barricadas. Persiguen la misma finalidad con almas todavia un poco diferentes, aun cuando empiecen ya a definirse, entre ustedes, dos clases de hombres que se exponen a convertirse en breve en muy distintos. Pertenecen, juntos, a la misma esperanza del mundo. Y yo, que no soy más que un extranjero de paso, les grito: la reconciliación no puede ser imposible entre ustedes. He adquirido en la U. R. S. S. la certidumbre interior de que es posible. Deben aprenden a zanjar de otra manera que con ayuda de los carceleros las discrepancias de la opinión. Están ustedes obligados a ello para con nosotros. Sus luchas son fratricidas. Que otros se alegren de ellas. Yo les grito: ¡basta! Nos exponemos todos a pagar eso demasiado caro.

Y puesto que ya hay entre ustedes vencedores y vencidos, poderosos y deportados, déjenme decirles que los más poderosos son los que mejor pueden atenuar las discordias, o acabar con ellas.

¿Habrá, acaso, que añadir a las crisis que se observan hoy en la U. R. S. S. una crisis de jefes? El partido no cuenta ya con la brillante corona de jefes de los seis primeros años de la revolución. Unos han muerto; otros... Los actuales jefes no poseen más que la autoridad, pertinazmente mantenida por la Prensa, de ministros o de líderes oficia-

jes. Se dice del uno que es inteligente, pero que al principio de la revolución estuvo contra la ocupación del poder, contra la dictadura del proletariado, y que se da a la bebida; del otro, que es un excelente teórico, pero versátil y demasiado inclinado a la casuística; del tercero—el más fuerte—, que es corto de entendimiento, tozudo, astuto, tenaz, y que Lenin lo juzgó bien en su testamento. Quizá no haya razón para pensar y decir tales cosas; pero lo cierto es que se piensan y se dicen. Esos dirigentes no cuentan con el prestigio de los jefes que arrastran a las masas.

El único hombre que ha conservado en la U. R. S. S. un prestigio sorprendente es el desterrado de Alma-Ata, a quien ya no se ve. Durante mi estancia en la U. R. S. S., ha permanecido como envuelto en una leyenda épica; su alta inteligencia, su probidad personal, la firmeza de su carácter, ni sus peores enemigos las ponen en entredicho. Las encarnizadas campañas que contra él se han llevado a cabo, y que aún siguen, son estériles. Todos saben que la primera condición de tales campañas es el silencio de Trotski. Pueden denunciarse sus "errores" políticos de 1905, de 1912, de 1913, etc.; puede convertírsele en un anti-Lenin; puede ignorarse o deformarse su papel en la revolución de 1905, su papel de organizador de la revolución de octubre, su papel de organizador del ejército rojo y de la victoria, su papel de reorganizador de los transportes y de la industria después de la guerra civil; puede tratársele de contrarrevolucionario. Pero siempre con una condición capital: la de que ni escriba ni hable. La táctica de las campañas antitrotskistas ha consistido en negar sistemáticamente la palabra a Trotski. En el Comité central, cuando todavía era miembro de él, no se le concedían más que cinco minutos, y aun se las arreglaban a veces, después, para hacer desaparecer su discurso (de cinco minutos) de la reseña estenográfica, por cierto secreta, y enviada tan sólo a los dirigentes de las organizaciones. El terror que inspira su palabra, escrita o hablada, es tal, que se ha desterrado a no poca gente por el sólo hecho de habérsele acercado o por haber leído un documento firmado por él. Son numerosos

los documentos suyos que circulan clandestinamente o que se publican en el extranjero. El gran público de la U. R. S. S. los ignora—resulta curioso observar que el ciudadano de la U. R. S. S., el propio comunista, no puede leer, sin exponerse a ir a la cárcel o ser deportado, los folletos de la oposición, que cualquiera puede adquirir en París o en Berlín—; pero aquéllos que pueden procurárselos los devoran. Desterrado en Alma-Atta, Trotski ha escrito mucho. Por el país circula toda una literatura clandestina.

Ahora se dan cuenta, en general, de que tenía razón, hace dos o tres años, cuando anunciaba las dificultades presentes y preconizaba remedios que se ha simulado adoptar demasiado tarde.

Su popularidad es la de un jefe que cuenta con partidarios. Posee lo que sólo Lenin poseyó: miles de discípulos, de partidarios que tienen confianza absoluta en él, que aman al hombre, que admiran y siguen hasta los presidios al jefe a quien siguieron antaño en los campos de batalla. Cuantos le conocieron de cerca han guardado largo tiempo la impresión de ese magnetismo personal que hace a los conductores de hombres. Se teme mucho por su vida. Una vez al mes, circulan rumores siniestros, hijos de la inquietud. La acción clandestina de la oposición empezó en la primavera última por un llamamiento a los proletarios, impreso esta vez en una verdadera tipografía ilegal, lanzado en el momento en que Trotski se encontraba enfermo, y que decía, en resumen: "El jefe del ejército rojo está expuesto a morir en el desierto..." Poco tiempo antes había sido objeto de una agresión en su lugar de residencia (él y su hijo, armados con fusiles de caza, tuvieron que hacer frente a unos desconocidos que trataban de forzar su puerta, lo cual contribuyó a propalar los rumores de su asesinato...

Su popularidad es de esas de que nadie se atreve a hablar más que en voz baja o entre íntimos. Los "sin partido" y los comunistas de la mayoría os hablan de él, en conversación privada, con respeto. Dos clases de hombres parecen detestarle francamente: toda una nueva capa de la

nueva burguesía, bien avenida con el régimen, muy leal aparentemente, que dice que hubiera habido que fusilarle hace ya tiempo, y los funcionarios oficiales del partido y el rumdillo que gravita inmediatamente en torno suyo.

No pasa una semana sin que la imaginación popular invente alguna anécdota sobre él y sus rivales, siempre en detrimento de estos últimos.

Se halla bastante difundida la creencia de que, en caso de guerra o de calamidad pública, volvería al poder; pero asimismo se cree que se pondrá por obra todo para alejarle, y que sus posibilidades de volver al poder son ínfimas. La opinión general, sin embargo, es que es el hombre más grande y capaz de la nueva Rusia.

Un comunista oposicionista me dijo:

"Actualmente se encuentra en la cima de su vida. La historia conoce pocos ejemplos de semejante fidelidad a los principios de la clase obrera revolucionaria. Piense usted que le hubiera bastado con dar un pequeño aletazo a sus principios para conservar una parte eminente del poder, y no olvide que todavía en 1926 le ofrecían un cargo de comisario del pueblo. Ha renunciado deliberadamente al poder, y ha aceptado todos los peligros—*todos*, conviene subrayarlo—largo tiempo ha, para defender el interés superior del partido y de la revolución. A mí me decía: "La suerte de Liebknecht no es tan distinta como parece de la suerte de Lenin". El revolucionario proletario debe saber, si es preciso, vencer como Lenin y caer como Liebknecht: este era el sentido de sus palabras. Lo principal es saber servir, así o de otra manera, a la causa del proletariado internacional.

"Tres hipótesis son posibles para él:

"La primera es que los mejores elementos del partido, advertidos un día por la inmensidad del riesgo, y viendo a la revolución en peligro, viéndose en vísperas del 9 termidor, cambien de rumbo. Entonces volverá a ocupar su sitio en la primera fila de los conductores del proletariado.

"La segunda es que perezca en el destierro, en presidio, en una aldea perdida de Siberia. Caerá, sin desfallecer, en

su puesto. El nombre, la obra, el ejemplo, no perecerán. Llegará el día en que el proletariado reconocerá a los suyos.

"La tercera es que, deportado, desterrado o en libertad, las circunstancias lo obliguen a dedicarse a los trabajos del teórico o del sabio, de un sabio que formará más tarde generaciones de hombres de acción. En este caso continuará, en su gabinete de trabajo de Alma-Atta o de cualquier otra parte, la obra de Marx y de Lenin.

"Ya ve usted cómo nada pueden contra él".

He tratado de informarme sobre sus condiciones de existencia. Y he aquí lo que he recogido de buena tinta. Vivía en la nueva capital del Lazakstán, Alma-Atta, que se llamó antes Vierny, ciudad de 40,000 habitantes, situada a más de 200 kilómetros del ferrocarril más cercano (el del Turquestán meridional), entre el desierto, al norte, y los montes de Ala-Tau, al sur. La frontera más próxima, a 300 kilómetros al mediodía, infranqueable casi a causa de cuatro altas cadenas de montañas, es la del Turquestán chino. Entre el desierto y la montaña, al oriente del Pamir, en los confines de Mongolia, Alma-Atta, "ciudad de los manzanos", risueña, pero sin canalización de aguas, es una vasta prisión ideal. Las cartas y los periódicos tardan en llegar de Moscú ocho o quince días, según la suerte. La ciudad está habitada principalmente por kirghizes. Se halla expuesta a temblores de tierra. El bandolerismo está bastante desarrollado. Esto, por lo que se refiere a la seguridad.

León Davidovitch Trotski estaba libre, en teoría; pero prácticamente se le vigilaba de cerca. Quienquiera que tratase de llegar hasta él, corría todas las probabilidades de verse detenido en el camino y deportado. Así han sido detenidos no pocos comunistas, que habían tomado inocentemente el tren para Tachkent, y luego para Pichpek, la "vecina" ciudad. Trotski vivía en un alto, a escasa distancia de la ciudad, en un lugar desierto. Con su mujer, su hijo mayor—joven médico que le sirve de secretario—y su encantadora nuera, por la cual siente un gran afecto, ocupaba tres pequeñas habitaciones en el primer piso de una casa.

en cuya planta baja había instalado a su gente la G. P. U. lo-
cal. A derecha e izquierda, a alguna distancia, en la carre-
tera, las casas vecinas estaban ocupadas igualmente por
agentes de la G. P. U.

Esta familia de deportados vivía pobremente. Sus recur-
sos, allegados por camaradas y por sus familiares, eran de
los más mediocres, por no decir otra cosa. La penuria es
constante. Todo se lo hacen ellos mismos. A veces se veía
en el mercado la elevada silueta del tribuno de octubre, ha-
ciendo sus compras y charlando con los kirghizes, bajo la
mirada sospechosa de los espías. Se le veía partir leña en
el corral. Su mayor placer era la caza, que se le prohibió
más que a prisa, so pretexto de seguridad.

Su salud era precaria. La malaria, una enfermedad del
hígado, los reumatismos... Su moral, excelente. Se le pro-
puso, según dicen, el traslado al Cáucaso, pero bajo una
vigilancia mucho más estrecha. Se negó a aceptar. A partir
del 15 de octubre, se adoptó contra él y contra todos los
deportados una medida penosísima: se les interceptó toda
correspondencia. No le llegaban ni cartas ni telegramas;
nada suyo salía de Alma Ata (excepción hecha, claro está,
de la correspondencia clandestina, irregular y rodeada de
no pocos peligros). El aislamiento del deportado se hizo
más duro y tenebroso. Poco después supo que su cuñado y
secretario, Jorge Boutov, había muerto de hambre en una
prisión de Moscú. Se encontró sin defensa, como un viejo
león en su jaula. Nunca fué tan temible como entonces.

Algunos pequeños hechos mostrarán su verdadera po-
pularidad. En lo más recio de las campañas contra él, en
1927, dos mujiks que venían a pie desde las lejanas cam-
piñas, fueron a buscarle al Comité de Concesiones. Causa-
ron sensación con sus zaleas de cordero, sus botas tren-
zadas, sus barbas venerables, su traza de *Khodoki* (así se
llama corrientemente a aquellos que se dirigen a las ciu-
dades, a pie, a realizar alguna gestión en favor de las co-
munidades campesinas). Iban a quejarse a Trotski—como
hubieran ido a quejarse a Vladimiro Ilitch Lenin—de una
injusticia, convencidos de que serían escuchados... Costó

gran trabajo hacerles comprender que ya no podía hacer mucho. Toda la Prensa lo presentaba en aquella época como enemigo jurado de los campesinos.

Su salida de Moscú fué señalada por los siguientes incidentes. Le condenó a tres años de deportación "por agitación contrarrevolucionaria", en virtud del artículo 58 del Código penal, la justicia de la G. P. U., que no se tomó la molestia de oirle ni de motivar la sentencia. En cuanto le comunicaron la orden de partida, pidió que se le permitiera telefonear a la G. P. U. Fué uno de los jefes de esta institución, un tal Deribbas, quien se puso al aparato. Este Deribbas, combatiente en 1918 a las órdenes de Trotski, en el frente del Volga, contra los checoeslovacos, había abandonado su puesto en un momento de pánico. En cuanto hubo dicho su nombre Trotski le replicó: "—Yo no hablo con desertores a quienes la casualidad ha salvado de ser fusilados."

El dia en que se supuso que iba a salir, se organizaron dos imponentes manifestaciones. Una muchedumbre, compuesta de varios miles de obreros, invadió la estación e impidió durante varias horas, la salida del tren. Las autoridades, salvo algunas brutalidades, no se atrevieron a reaccionar. Pero demoraron la salida, para anunciársela al día siguiente, de improviso, a Trotski. A fin de hacer luz sobre este rapto por sorpresa e infligir un mentís a los comunicados de la agencia *Tass*, que publicaba en el extranjero que la oposición no era objeto de represión alguna, Trotski se negó a salir y se encerró en su casa. Los agentes de la G. P. U. echaron abajo dos puertas, sucesivamente, y al llegar a la tercera, le instaron a que abriese. "—Somos soldados—le gritó el comisario de la G. P. U.—y cumplimos con nuestro deber: no oponga usted resistencia." "—También yo soy soldado—les respondió—, pero de la revolución." Echarán abajo la tercera puerta y, como se negara a seguirles, se lo llevaron. Durante el trayecto, hasta el tren, continuó oponiendo a sus guardianes una resistencia pasiva que hacía caer todas las máscaras. Lo embarcaron en una pequeña estación, no lejos de Moscú.

A su llegada, las pocas personas de la colonia rusa de Alma-Atta que encontró, en la sociedad cinegética local o en el círculo de estudios regionalistas, le dieron pruebas de una viva simpatía; pero el miedo y las consignas de la G. P. U. no tardaron en hacer el vacío en torno suyo. La población de Kirghises, a la cual fué presentado como un enemigo de los campesinos, le manifestó su hostilidad.

Un país hace pensar en un agua profunda. Lo que se hace en la superficie no alcanza a las profundidades. Las olas corren y se rompen en la luz; los remolinos se atenúan suavemente y cesan por debajo de ellas. Diez años después de la tempestad revolucionaria, los acontecimientos políticos—caída y advenimiento de jefes, derrota de una generación, triunfo de un principio de gobierno sobre otro, triunfo de ciertos intereses todavía mal definidos, eliminación de otros—no ejercen en la vida cotidiana del país más que una influencia casi insignificante.

Se da uno cuenta mejor de lo que ocurre en el fondo observando las costumbres. En tanto que las luchas intestinas ponían frente a frente, a una docena, quizá a millares de comunistas realmente activos, dirigentes y oposicionistas, la inmensa mayoría del país continuaba su camino, tan difícil de conocer.

La sociedad soviética presenta a la mirada del observador matices infinitamente menos relevantes que la sociedad occidental. Es la más igualitaria del mundo. Se encuentran en ella seres sin techo, sin pan, mendigos, desesperados (la prueba de ello es que en Leningrado y Moscú hay una docena de suicidios cada día), pero no millonarios, ni grandes terratenientes, ni grandes fabricantes, ni grandes cortesanas. Lo que no quiere decir que falten los elementos de una nueva burguesía. Tenemos a los *nepmans*, poco numerosos y que disimulan su hacienda cuando no pueden disimular su condición. Tenemos a los técnicos y especialistas, muy bien retribuídos—de 300 a 1.000 rublos mensuales—,

que constituyen los verdaderos cuadros de la producción y de la alta administración: son numerosos y viven bien. Después vienen los funcionarios subalternos y los comunistas que ocupan cargos responsables. Estos últimos no pueden, excepción hecha de los escritores que cobran derechos de autor, ganar arriba de 225 rublos mensuales. Estas tres capas de la población viven bien, andan bien vestidas y tienen asegurado el mañana; ellas son las que frecuentan los teatros, los balnearios, las capitales extranjeras. Su situación material se diferencia bastante de la del obrero, del empleado o del campesino pobre, y nos obliga a considerarle como el representante de una pequeña burguesía que lleva en sí los gérmenes de una burguesía auténtica.

He aquí algunas cifras curiosas sobre los depósitos de las Cajas de ahorro. Proporción de los depositarios en 1926: obreros el 21'1 por 100; campesinos, el 6'4 por 100; funcionarios y empleados, el 44 por 100; varios, el 19 por 100. Proporción de las sumas depositadas en el mismo año: obrero, el 12 por 100; campesinos, el 3,6 por 100; funcionarios, el 36'7 por 100; varios, el 20 por 100. Tengamos en cuenta que los *nepmans* y los especuladores prefieren colocar sus fondos en otros sitios, y no en la Caja de ahorros.

¿Es posible enriquecerse? ¿Por qué no? La acumulación de una fortuna es muy posible, aun cuando sea difícil. Los intelectuales compran objetos de arte, libros antiguos, colecciones, lo cual constituye un negocio, pues estas cosas se venden a vil precio, dados los raros aficionados, la penuria o la miseria de los vendedores y la semiclandestinidad de las operaciones. El *nepman* compra más bien brillantes y alhajas fáciles de ocultar. Los empréstitos del Estado, las entregas de dinero en las Cajas de ahorros, las cuentas corrientes en los Bancos, producen del 9 al 12 por 100 de interés anual. Un capital de 30.000 rublos, colocado en el empréstito de la industrialización, le reporta al rentista soviético cerca de 3.000 rublos al año; es decir, lo necesario para vivir cómodamente sin trabajar ni pagar impuestos, pues esas rentas se hallan exentas de impuesto. Viene, por último, la instalación: mobiliario, biblioteca, la propia vi-

vienda; todo constituye, al fin y al cabo, un bienestar y un capital. Yo he visto instalarse muy burguesamente a altos funcionarios comunistas, *nepmans*, *médicos*, *técnicos*, *escritores*... El contraste entre estos medios sociales y los obreros es penosísimo. La carestía del mobiliario, la crisis de las viviendas y el aumento de los alquileres no permiten a los obreros, generalmente, mejorar su interior.

Los emolumentos de los altos funcionarios comunistas no son muy importantes, pero dichos empleados, en cambio, disfrutan de magníficas casas de reposo en Crimea y en el Cáucaso, de rebajas en los transportes, de viajes al extranjero "en servicio especial", de los automóviles afectos a las administraciones y de numerosas ventajas inherentes a sus cargos.

Ni que decir tiene que esta desigualdad es, en gran parte, inevitable; y los trabajadores rusos no lo ignoran. Consienten en retribuir con largueza el trabajo del ingeniero, cuyos conocimientos son preciosísimos para la República. Esta desigualdad de condiciones no se convertirá en un mal real sino en el caso de que se acentúen y traigan consigo una desigualdad de derechos. No creo que sea posible poner remedio a ello en la actual situación; pero, así y todo, habría que esforzarse por asegurar al trabajador, como compensación del bienestar de que se le priva, una mayor libertad real, una participación más efectiva en la gestión de los asuntos públicos... ¿No sería esta la única manera de garantizar la evolución hacia una mayor igualdad?

Desde hoy, los obreros rusos más avanzados, los más conscientes, los que constituyen la fuerza viva de todas las empresas y de todas las instituciones, aceptan de buena gana un trabajo duro, a la par que conceder a los técnicos unas condiciones de existencia que no pueden soñar para sí mismos, porque se sienten los dueños del país. Con gran orgullo, os dicen: "Nuestra fábrica", "nuestra producción". Es menester que este sentimiento se imponga ante el conjunto de los trabajadores, y que responda a una realidad creciente.

***

Las costumbres han sufrido un profundo cambio en todas las capas de la sociedad. En el antiguo régimen no se conocían el casamiento civil, el divorcio, los derechos de la mujer y del niño, y el aborto estaba considerado como un crimen. Los pilares de la familia tradicional han sido destruídos, sin que Rusia se encuentre peor por eso. El casamiento no es ya más que una formalidad de registro, en la que se emplean menos de cinco minutos: la simple declaración de los cónyuges, a los cuales la ley reconoce el derecho de usar los dos nombres unidos o elegir uno de ellos. La unión llevada a cabo sin acudir al registro tiene el mismo valor legal y confiere a los cónyuges los mismos derechos. El divorcio es todavía más sencillo: basta con la demanda de uno de los cónyuges para que sea registrado inmediatamente. La investigación de la paternidad está permitida en interés de la madre y del niño. Los tribunales, en caso de duda, pueden repartir entre varias personas las cargas que incumben al padre. El aborto está permitido en condiciones determinadas por el interés de la salud pública. La igualdad de sexos es absoluta, de derecho; real en las costumbres, pero menos real en el trabajo. Los derechos del niño, cada vez que se plantea el caso, son considerados en primer lugar.

En las grandes ciudades de la U. R. S. S., los casamientos y los divorcios son más numerosos que en cualquier otra parte del mundo. El amor libre está bastante difundido en el seno de las juventudes comunistas—*komsomol*—y de las Universidades. Existe toda una literatura que proclama sus derechos. *¡Paso al Eros alado!* exclamaba, hace algunos años, Alejandra Kolontai, vieja militante comunista, hoy embajadora de la U. R. S. S. en Oslo. Los jóvenes teóricos del *komsomol* exponen todavía que el amor es "un prejuicio burgués", que no tiene cabida en la sociedad comunista. Lo único que cuenta son las necesidades sexuales, la higiene y la reproducción de la especie. Por este camino no es difícil llegar a los mayores absurdos. ¿Se quiere juzgar de ello? He aquí una pequeña muestra de los argumentos cruzados en la polémica por dos graves teóricos

El primero de ellos escribe:

"El atractivo sexual hacia un sér perteneciente a una clase enemiga, deshonesta, que no debe provocar en nosotros más que asco, es una perversión, ni más ni menos que el atractivo sexual hacia el cocodrilo o el orangután." (A. B. Zaltkind, *La cuestión sexual*, Leningrado, 1926.)

El segundo contesta:

"Quisiera saber qué es lo que piensa el camarada Zaldkind de Carlos Marx, que se pasó toda la vida con una mujer perteneciente a otra clase—Jenny von Westphallen; es decir, con un "cocodrilo" hacia el cual manifestó profundo afecto." (Hyppolyte, *El Derecho del Amor*, Moscú, 1928.)

Un joven potea exalta, en la revista del Comité central del *komsomol*, "*La Joven Guardia*" (número 10, 1926, pág. 46), la industrialización del amor por la prostitución:

"No recurras a la virgen; su inocencia está llena de una lánguida tristeza; su pecho está henchido de torpes dudas. En la prostituta encontrarás la precisión y el destello de una máquina..."

"...Es la voz de los futuros siglos—el canto triunfal de la industria—, que anuncian la caída de las cadenas del amor—rotas por el poderoso genio de la técnica..."

La vieja guardia del partido—Lunatcharski, Semachko, Soltz y muchos otros publicistas—reacciona contra estas ideas y costumbres. La ola del amor libre parece remitir, según se dice, entre los jóvenes. Las sectas religiosas lo combaten con éxitos entre los obreros atrasados. Pero los jóvenes comunistas y los estudiantes siguen viviendo aún en una situación de pobreza demasiado grande para que las costumbres puedan mejorar rápidamente. Es esta una de las consecuencias de la proletarización de la enseñanza superior y de la falta de recursos del Estado. La mayoría de los estudiantes son jóvenes obreros, jóvenes campesinos, a los cuales el Estado asigna subvenciones, forzosamente ínfimas, para sus estudios. Viven con 30 ó 40 rublos al mes, en casas comunales, donde se carece frecuentemente del confort más elemental. Los hay que trabajan media jornada, en los puertos y en las fábricas, antes de asistir a los

cursos. La mayoría estudia heroicamente. Algunos se desmoralizan, y es natural. Las enfermedades morales deben encontrar entre estos jóvenes numerosas presas. Me han contado que el suicidio del poeta Essenin provocó, hace algunos años, en la Escuela de Artes Técnicas de Moscú (*Vkhoutemass*), una epidemia de suicidios.

No es menos cierto que la U. R. S. S. produce en el viajero occidental la impresión de un país de costumbres sanas, donde se desconoce la desvergüenza de las grandes ciudades de placer, donde el trabajo, el estudio y la lucha ocupan verdaderamente el primer lugar en la vida del hombre. Las uniones duraderas no son seguramente menos numerosas que en otra parte; las familias unidas y libres a la vez, son bastante comunes; entre los comunistas se encuentra un crecido número de perfectas parejas, absorbidos el hombre y la mujer por las mismas tareas, unidos por una misma concepción de la vida.

***

Entre aquellos que gozan de cierto bienestar, se generaliza la tendencia a seguir las modas occidentales. El ingeniero o el funcionario comunista, enviados, con una misión, al extranjero, vuelven infaliblemente con el traje cortado a la última moda, y trayendo unas medias de seda para su mujer. Los teatros se ven a veces llenos de un público escogido, que no se distingue, a primera vista, del de una representación de Berlín. ¿No debemos deplorar esta falta de originalidad? ¿Por qué no tratan los trabajadores rusos, entregados a su obra de transformación social, de crear un porte individual en su vestimenta, una elegancia nueva y muy suya, más sencilla, más racional, menos artificiosa, más hermosa y más pura que la de nuestros países de Occidente, opulentos y desequilibrados?

Existe hoy un problema, el del desarrollo intelectual de la U. R. S. S.—y del comunismo—, que nadie se ha cuidado de plantear aún y que no es posible, por otra parte, plantear aisladamente. Ultimamente, me hallaba conversando de cuestiones políticas con un camarada ruso. Este tenía sentado en sus rodillas a un encantador muchacho de siete años. "Lenin—dije yo—se ha equivocado en tal circunstancia..." El niño alzó hacia mí sus ojos estupefactos, y dijo gravemente: "Lenin no se ha equivocado nunca." Si lo hubiera interrogado, este muchachuelo, que frecuenta uno de los excelentes jardines de la infancia de la ciudad, hubiera añadido, seguramente, que Trotski, por el contrario, se ha equivocado siempre. Así se establece en los espíritus el viejo dualismo del bien y del mal, del infalible poseedor de la verdad y del hereje al cual hay que quemar. Cito estas palabras del niño solamente, que como una indicación del peligro que presenta, desde el punto de vista de la formación de la joven generación soviética, la canonización de un Lenin genial, infalible, aplastante, que hizo él sólo la revolución de octubre (y nada es más falso), de cuyas palabras no es posible dudar, a quien basta citar para tener razón, y cuya interpretación se reservan, rigurosamente, en fin de cuentas, los dirigentes del partido. Toda la enseñanza del Estado, toda la propaganda del partido, toda la doctrina difundida por la Prensa, se fundan en esta doctrina oficial, cuyas deformaciones utilitarias, sorprendentes a veces, han podido seguirse en el transcurso de los últimos años. Las revistas cinematográficas, deportivas, de los ferroviarios, de los jugadores de damas, de las madres jóvenes, de los tribunales, publican infinidad de veces al cabo del año retratos de Lenin acompañados de artículos *ad hoc*. Es esta una manera de eliminar a los vivos para dejarle todo el sitio al muerto, cosa que sin duda conviene a una burocracia más experta en arte de comentar los textos que en la investigación intelectual, pero que constituye un peligro indiscutible.

Daremos la prueba. Al comienzo de la revolución, hace

una docena de años, el bolchevismo estaba representado, en el dominio intelectual, por una pléyade de publicistas, de panfletarios, de teóricos, de sabios, de grandes agitadores. A ellos debió, en gran parte, su sorprendente fuerza de expansión. Desde entonces, esta pléyade no ha hecho más que reducirse. Lenin ha muerto. Trotski ha sido desterrado. Radek, el más penetrante de los políticos, el más sarcástico de los publicistas, está en el destierro, lo mismo que Preobrajensky, Smilga, Vladimiro Smirnov (1), economistas de talento, que han pasado por sus pruebas. De los teóricos de la primera hora sólo uno sobrevive, libre, aun cuando silencioso en este momento (le creo, a su vez, muy amenazado de ostracismo): Bujarin (2). ¡Un solo teórico para semejante país, para semejante movimiento, para semejante revolución en su duodécimo año! (Los otros jefes del partido son más bien gobernantes.) Desde hace varios años no se ha presentado en la U. R. S. S., entre los montones de publicaciones marxistas, de un nivel intelectual generalmente por debajo de toda crítica seria, una sola obra comunista notable, interesante, original, firmada por un nombre nuevo (ni siquiera por un nombre conocido). Naturalmente, las obras de tercera categoría forman legión; pero aquí la cantidad no compensa la falta de calidad. ¡Ni un nuevo teórico, ni un libro, ni un nombre joven!

La misma crisis existe en el periodismo. En la *Pravda*, el viejo bolchevique Sosnovsky, desterrado en Narym, ha sido sustituído por un viejo periodista burgués adherido, Zasslavsky, que en 1917 trataba a Lenin de agente de Alemania...

Tengamos presente que lo mismo sucede en la Internacional comunista, donde no ha podido formarse un joven teórico, un joven polemista, excepción hecha de los exclui-

---

(1) Radek y los demás militantes citados se han sometido posteriormente al C. C. del partido. (N. del T.)

(2) Bujarin ha sido relevado por la X Sesión del C. E. de la I. C., de sus cargos, y es hoy el blanco de públicas campañas en Rusia y en el extranjero. (N. del T.)

dos, a veces muy vigorosos. ¿Resultará estéril el gran movimiento ideológico nacido de la revolución de octubre?

No. Los jóvenes talentos—y los hay de primera categoría—no faltan ni en la U. R. S. S. ni en el comunismo; pero la ortodoxia oficial y el sistema burocrático, que hacen todo lo posible por ahogar el comunismo, y que reducen al silencio a los viejos soldados de la revolución, no permiten a los jóvenes, con mayor motivo, manifestarse. Todas las obras de un comunista pasan por una serie de oscuras censuras antes de llegar a la imprenta; una vez publicadas, su suerte depende de las circunstancias y del civismo del autor. Si éste, por casualidad, no se encuentra "en la línea", tanto peor para él, para sus libros y también para el público, aun cuando los libros sean buenos. Serán ignorados, boicoteados, retirados de la circulación.

Hasta la ciencia se ve atacada. Es imposible abordar honradamente la historia de la revolución. Ioffé, en la última carta que escribió antes de saltarse la tapa de los sesos, decía que había renunciado a escribir sus memorias por no deformar la historia al gusto del Comité central actual. Se publican manuales de historia del ejército rojo, en los que no se menciona el nombre de Trotski más que una sola vez en 200 páginas. ¿No es esencialmnete internacional el socialismo? ¿Se concibe su realización en un solo país, aislado; su realización *nacional*? Prohibición absoluta de tratar este problema puramente teórico, científico, zanjado ya por las decisiones de los Congresos. ¿Qué ha sido la revolución china? Nadie mejor que los rusos lo saben en Europa; pero el libro de Radek sobre la historia y la formación social de China, fruto de varios años de trabajo, no ha sido publicado. Sólo se han publicado sobre la revolución china obras conteniendo las tesis oficiales.

¿Cuál es la interdependencia real entre el mundo capitalista y la U. R. S. S.? Prohibición absoluta de tratar este problema de economía política, cuya importancia es, sin embargo, capital. ¿Qué dirección sigue el desarrollo económico, social, intelectual, religioso—pues la religión existe aquí—de la U. R. S. S.? Prohibición absoluta de tratar es-

tas cuestiones de otra manera que para desarrollar y glosar las recientes resoluciones de las conferencias y de los congresos del partido, y los discursos de dos o tres oradores oficiales del partido. Ya puede usted escribir, que no se le imprimirán. Y si por descuido imprimen, lo que escriba, tanto peor para usted.

La esterilidad intelectual que de todo esto resulta es tan espantosa como la abundancia de papel impreso desprovisto de todo valor espiritual... La joven generación de la U. R. S. S., ávida de saber como ninguna otra en el mundo, se nutre de un marxismo forzosamente mezquino, empobrecido, simplificado, que rechaza a Rosa Luxemburgo, a Trotski, a Enriqueta Roland Holst, y condena con los ojos cerrados todo aquello que le es extraño. Lo ignora todo de las doctrinas filosóficas más difundidas en Europa y América, las idealistas como las místicas. A veces cree comprenderlas sin conocerlas. El día en que las descubra ¿no se hallará desarmada ante su fina dialéctica, y propensa a sufrir la seducción de un encanto nuevo? La monotonía y la unilateralidad de la enseñanza soviética predisponen, seguramente, a la U. R. S. S. y al proletariado a sufrir graves desengaños.

La que más padece con esta situación es la inteligencia revolucionaria. Pero el mal presenta todavía otra cara. Se asiste en todas las universidades, en todas las revistas, en todos los medios, a la introducción comunista de otros intelectuales, de origen burgués o pequeño burgués, generalmente hostiles al régimen en el fondo de su alma. Aprenden el vocabulario marxista, se adaptan a las necesidades políticas del día con una flexibilidad mucho mayor que los verdaderos comunistas, se instalan, prevalecen; pero no hay nada más equívoco ni indigente que el contenido de su ortodoxia. La adaptan por lo menos en la medida en que se adaptan ellos mismos. Precisamente por eso habría que gritar a los revolucionarios de la U. R. S. S.:

"Todas las revoluciones del pasado han comenzado por grandes movimientos ideológicos, que la formación de las iglesias, con sus dogmas y sus pontífices, no han dejado

nunca de transformar en obstáculos para el progreso... Más que cualesquiera otros, necesitan ustedes, para llevar a feliz término sus tareas, de precursores y de constructores del socialismo, de pensamiento vivo, militante, crítico, incesantemente despierto. Desconfíen de las fórmulas, de los ritos, de los dogmas, de las canonizaciones y de las excomuniones: esos son los viejos pertrechos de la iglesia, pero en modo alguno el arsenal del proletariado en marcha. Aprendan a discutir, en lugar de bombardearse con textos y resoluciones, así como con órdenes de detención. No tengan miedo a la variedad, a la libertad, a la innovación en la expresión de *sus aspiraciones*. No teman tanto a la herejía, y presérvense más de la esterilidad y del hipócrita conformismo. Trabajadores, no devolváis la menor libertad a vuestros enemigos de clase, pero practicad por vosotros y entre vosotros mismos, en vuestro partido con arreglo a los estatutos, en vuestro país con arreglo a la constitución soviética, el derecho de pensar, de hablar, de leer y de escribir... Os ocurrirá equivocaros, incurriréis en despilfarro; pero esos males serán mucho menos graves que los de la presente crisis. No digáis que es una quimera. ¿Debe un extranjero recordaros que, en vida de Lenin, en plena guerra civil, los mencheviques, los maximalistas, los anarquistas, los socialistas revolucionarios de izquierda participaban en vuestras asambleas deliberativas y publicaban periódicos y revistas? Era la época en que vuestras victorias sorprendían al mundo."

Estas reflexiones se imponen tanto más a mi espíritu cuanto que la nueva Rusia se encuentra todavía en sus comienzos, en el orden de la vida espiritual. La enseñanza, cuyos progresos respecto del antiguo régimen son inmensos, está lejos de donde debía estar, lejos de comprender a toda la población.

En el propio Moscú, se contaban el año último 54.000 analfabetos (el 6'1 por 100 de la población entre diez y seis y treinta y cuatro años). En los alrededores de Moscú, esta proporción se eleva alrededor del 10 por 100. Y en el cam-

po un poco alejado de la Rusia central, alcanza todavía al 40 por 100.

No se construyen bastantes escuelas por falta de dinero. Las nueve décimas partes de las escuelas de Moscú trabajan por relevos sucesivos. Un determinado número de escuelas tienen que hacer tres relevos diarios en las mismas clases. Tomo estas cifras de un informe del camarada Alexinski, director de la enseñanza de Moscú, informe presentado el 2 de junio último al Comité central. Alexinski saca la conclusión de que si no se construían urgentemente nuevas escuelas por un valor de cerca de 20 millones de rublos, en Moscú y en la región moscovita, sería necesario negar, dentro de unos años, la enseñanza primaria a centenares de miles de niños. Presentaba, además, las siguientes cifras: existen en Moscú, por cada 10.000 habitantes, 1'5 escuelas, 0'8 clubs, 0'3 bibliotecas, 0'1 teatros, 0'2 cinematógrafos, 1'6 iglesias y cerca de cuatro establecimientos de venta de bebidas alcohólicas. (*Vetchernaia Moskva*, 2 de junio de 1928.)

Y en cuanto nos alejamos del centro, la desmoralización burocrática se deja sentir cruelmente en las escuelas. No citaré más que un síntoma. El *Troud*, órgano del Comité central de Sindicatos, publicaba el 29 de diciembre de 1928 un artículo sobre las persecuciones de que eran objeto las maestras, "en su calidad de mujeres", por parte de las autoridades locales. Los periódicos han publicado, en un año, 30 informaciones de este género. Ha habido toda una racha de suicidios de maestras. "Es preciso acabar con esto", exclama, con razón, el *Troud*. Pero el mal es mucho más profundo de lo que se cree; es la impotencia de la trabajadora, ante las pequeñas y odiosas tiranías locales, que sólo los progresos de la democracia obrera podrán contrarrestar.

La religión y la superstición no han sido, por otra parte, vencidas. La lucha continúa. De su gran dificultad darán una idea los datos siguientes:

En Ucrania se publicaban once periódicos religiosos, cuando en 1926 no se publicaban más que seis. La tirada total es de 33.000 ejemplares, lo que no está mal, según la

Pravda del 10 de abril de 1928, si se tiene en cuenta que la revista ucraniana la *Athée* no tira más que a 6.000 ejemplares. La tirada de libros de rezos, calendarios, manifiestos religiosos, alcanza en Ucrania a 4.000.000 de ejemplares por año.

Y lo mismo suele ocurrir en el resto de la U. R. S. S. Abundan las sectas.

El predicador Churikov predica en los alrededores de Leningrado bajo un retrato de Lenin. Su secta, creada recientemente, combate la embriaguez y el amor libre, lo cual hace que sea bien acogida por los trabajadores.

Examinaba últimamente el *Monitor del Santo Sinodo*, una revista mensual bastante bien presentada. Contenía las tesis y el texto de un rezo del Santo Sinodo ortodoxo, con ocasión del XI aniversario de la revolución de octubre. La iglesia se adapta.

La juventud, en general, la mira sin hostilidad. Se deja sentir cierta corriente mística. La fe es una de las últimas formas de la legalidad reconocida de la resistencia al espíritu comunista.

Cada gran fiesta religiosa es una manifestación más significativa que una manifestación política. Yo he visto en Leningrado, un domingo por la mañana, la iglesia del *Salvador de la Sangre* (construída en el lugar en que cayó, en 1881, el zar Alejandro II, destrozado por las bombas de los terroristas), abigarrada de gente. Todavía se arrojan flores al suelo, enrojecido antaño por la sangre augusta...

Saliendo de allí por entre dos filas de mendigos de mirar solapado, pensaba yo:

—La verdad es que el partido obrero que conduce a la U. R. S. S. hacia el porvenir necesita de todos sus recursos intelectuales. Para vencer tantas y tenaces tinieblas, necesitáis, hermanos de Rusia, de la más viva y elevada llama, de una llama que se renueve sin cesar...

La U. R. S. S. posee dos generaciones y tres clases de escritores. La generación anterior a la revolución está re-

presentada por algunos hombres, algunos maestros, cada vez menos conocidos del gran público, pero estimados por sus hermanos menores que han llegado a la literatura después de la NEP, en cuanto se pudo pensar en Rusia en otra cosa que en las patatas del día siguiente y en la salud pública. Las simpatías parecen vivas entre estas dos generaciones, pero existe un abismo que parece imposible franquear. Los viejos maestros, cuyos hermanos forman parte, en su mayoría, de la emigración blanca, han aceptado la revolución como quien sufre un cataclismo: con estoicismo, con resignación, con buena voluntad ante un destino que juzgan inicuo. No conozco a los reaccionarios. Viven en París, en Praga, en Berlín; sus manifestaciones antisoviéticas han sido bastante ruidosas e intempestivas para que el viajero que regrese de la U. R. S. S. deje de sentir hacia ellos cierta indulgencia. Los idealistas hostiles a toda reacción, los Veressaief, los Andrés Biely, los Novikov, dan todavía, diariamente, lo mejor de sí mismos a las letras de su país. He encontrado a uno de ellos, un hombre grisáceo, con una sonrisa llena de bondad y de finura. Gracias a él he comprendido a esos hombres que viven absorbidos por la elevada preocupación de una revolución espiritual que haga al hombre más humano, y que no encuentran un sitio en los campos de batalla de la guerra social. Este hombre prudente y grisáceo, de una mirada tan joven, sostenía, en nuestra mesa de amigos, que un criminal que leyera, al bajar su cuchillo, cuatro simples versos de Puchkin:

"Tatiana amaba el invierno ruso y sus nieves..."

no podría cometer ya su crimen. Yo pensaba, escuchándole, Ivan Alexeievitch, amigo a quien comprendo tan bien:

—¡No! La miseria que enrojece los cuchillos no se detiene ante la maravilla del arte. No sabe leer y sube del fondo de la barbarie social. Mi cruel sabiduría de viejo vagabundo me ha enseñado a comprender que sea capaz de

incendiar las bibliotecas y herir a los poetas... No es suya la culpa.

Los escritores de la generación siguiente no sienten esas ilusiones sobre la naturaleza humana; conocen el mecanismo de las browings, el arte de viajar en los ténders de los vagones, el arte de ablandar a los bandidos cuando llega la desgracia, vanal en tiempos de revolución de caer en sus manos; el arte de matarse los piojos y de curarse las enfermedades contagiosas... Esos hombres han cumplido sus diez y ocho años durante la guerra, y sus veinte durante el terror. Hablan del hambre, de la muerte, de las ejecuciones sumarias, de las invasiones, de Lenin, de Trotski, de los blancos, de los mongoles, de la barbarie más auténtica, de la fe revolucionaria más ardiente, de la más refinada cultura, con una simplicidad un poco desconcertante. El destino los ha arrojado al tiempo que sus ojos se abrían sobre la vida en la encrucijada de Europa y de Asia, de la reacción y de la revolución, del salvajismo y de la civilización. Lo han aceptado, absorbido y, finalmente, expresado todo con avidez. ¡Pero no se han hecho comunistas! "Es nuestra revolución—dicen—, nuestro país soviético, nuestra nueva Rusia, cuyas raíces se hunden en la antigua Rusia. A veinte leguas de Moscú, capital socialista, se encuentra la vieja Rusia del siglo XVIII; veinte leguas más allá se cae en medio del siglo XIII..." Así se expresa Boris Pilniak, que es uno de los escritores más representativos del día siguiente de la revolución. Vsevolod Ivanov, Lidia Seyfulina, Babel, Constantino Fedin, Nicolás Nikitin, los poetas Pasternak, Tikhonov, Selvinsky, entraron en la vida literaria, hace algunos años, brillantemente. Se dice, a veces, que ahora lo hacen mucho peor. "No hemos sido económicos—me decía también Pilniak, sonriendo—. Hemos arrojado toda nuestra experiencia, todo nuestro fuego en nuestros primeros libros. No es prudente para los escritores emitir tales cheques contra el porvenir..."

¿Por qué no son comunistas, a pesar de su adhesión al régimen? El rigorismo de la doctrina les asusta un poco cuando no les divierte. Puchkin, Dostoievski, Tolstoi, ocu-

pan demasiado lugar en sus espíritus para que Marx y Le
nin puedan casarse con las costumbres de la Rusia de ayer
y de hoy. Ven con ojos muy abiertos la separación entre
las fórmulas y los hechos. Aquellos con quienes me he
sentido en simpatía creen, a su manera, en el socialismo,
y sueñan con contribuir a crear la verdadera leyenda de la
revolución. Pero no son políticos. "Nuestra misión—me
decía uno de ellos—consiste en escribir buenos libros. Así
es como mejor serviremos al país. ¿Quién se acuerda de
los políticos del tiempo en que Tolstoi escribía *La guerra y
la paz*? Ellos pasaron; Tolstoi queda. ¿Quién sirvió me-
jor a Rusia?"

Estos escritores forman lo que se llama la derecha de la literatura soviética, cuya izquierda la constituyen los escritores llamados proletarios, izquierda—¡ay!—autorizada.

Si tuviera la debilidad de las estadísticas, no dejaría de dar el número exacto de estos últimos, pues llegan, en la U. R. S. S., a algunos millares; pero son mucho menos leídos, menos cotizados, menos numerosos, cuando se trata de dar pruebas de talento y producir obras. La literatura reconocida como proletaria ha producido, a lo sumo, desde su nacimiento, una decena de libros notables. Cualquiera nos los enumerará sin omitir ninguno. Son: *El Cemento*, de Fedor Gladkov; *La Semana*, de Lebedinski; *El torrente de fuego*, de Serafimovitch; *La derrota*, de Fadeev; *El hambre*, de Semionov, todos ellos impregnados del gran romanticismo de los años crueles, a los cuales se añade hoy una novela maciza, de Panferov, sobre los campesinos. Ninguno de los autores que acabo de nombrar se ha superado en el transcurso de los últimos años. La literatura proletaria no se ha enriquecido ni en hombres ni en obras, a pesar de que el *Gosizdat* ha lanzado por el país una ola de libros de autores proletarios. Registramos aquí una doble esterilidad: el escritor proletario parece patalear, sin salir del sitio, en estos momentos, lo mismo que la literatura proletaria en su conjunto. Unicamente podría ser de otro modo si la literatura proletaria se enriqueciera cada año con algunos libros y con algunos nombres dignos de ser

conocidos, por lo menos, en la U. R. S. S. Pero no ocurre nada de eso. Con excepción de Panferov—y aun a éste es discutible—los nombres citados más arriba son ya viejos.

Nada más oscuro, por otra parte, que la idea de una literatura proletaria. ¿Es o no Gorki un escritor proletario? Esta simple pregunta provocará en la U. R. S. S. las respuestas más apasionadamente contradictorias. De la literatura proletaria se han dado varias definiciones, que deben ser incompatibles puesto que todavía se prestan a vivas discusiones. La que más me tienta es la del sentido común: una literatura proletaria debe ser una literatura penetrada del espíritu de los obreros revolucionarios. No me pidáis que defina ese espíritu. El término, aun cuando vago, es bastante claro. Pero, por desgracia, el problema es de doctrina. Los jóvenes escritores comunistas de la U. R. S. S. me han parecido más perplejos que firmes en lo que atañe a la doctrina. Se ven constantemente atormentados por una preocupación de ortodoxia. El placer de dejar vivir, en una novela, a seres de carne, de pasión y de espíritu, llenos de contradicciones, ilógicos, buenos y malos a la vez, como todos los hombres, les está poco menos que prohibido. Sus personajes parece que deben ser concebidos según una regla imperiosa. ¿Queréis la prueba de ello? Esa regla se aplica también al cinematógrafo. Una misma película me ha sido recomendada por unos, gente de gusto, como excelente, y por otros, teóricos del arte proletario, como detestable. Se trata del *Aguila blanca*, en la cual Meyerhold ha creado, con gran arte, el papel de un gran dignatario. Uno de los principales personajes del drama es un gobernador de provincias bajo el antiguo régimen ruso: buen padre y buen esposo, honrado después de todo, cuyo cargo le obliga un día a disparar contra los obreros, y siente después remordimientos. Todo es verdadero en este personaje; y esta demostración de la impotencia de un honrado funcionario dominado por su cargo, no carece, a mi juicio, de verdadera importancia revolucionaria. Pero no ha sido esta la opinión de los críticos proletarios. Hubieran preferido un militarote inca-

paz de sentir remordimientos. Asimismo se reprocha al dramaturgo Bulgakov que haya sacado a escena, en una obra representada en Moscú, a oficiales blancos como enemigos de buena fe...

La insuperable dificultad de crear según las reglas, y con fines de propaganda, se me ha mostrado trágicamente en el teatro Meyerhold, por el contraste de tres obras representadas con pocos días de intervalo. Meyerhold ha hecho de *El inspector*, de Gogol, una obra maestra, viva. Todavía bajo la impresión que me había producido, fuí a ver, en el mismo escenario, una obra del repertorio revolucionario, creada con ocasión de un Congreso de la Internacional comunista: *D. E.* (*Dadnos Europa*). Desdichado contraste. Allí donde había experimentado la sensación de llegar a la cúspide del arte, no encontraba ahora, con los mismos artistas y el mismo ingenio creador, más que una obra mediocre, de tesis, a ratos, groseramente bufonesca. Más tarde vi otra infinitamente mejor, francamente acertada—¡*Adiós, China!*—, pero sin encontrar en ella el indiscutible encanto de la gran sátira de Gogol.

El arte proletario, al gozar de la protección oficial, recoge los valores mediocres, cuya inclinación natural les conduce a buscar los favores del poder. El joven arrivista que desea hacerse una carrera de escritor soviético, sigue el camino más corto, sobre todo si la mediocridad no le consiente arrojarse a la batalla con posibilidades reales de éxito. Exalta al *komsomol*, canta las chimeneas de las fábricas, la "disciplina de hierro" del partido, no sin mezclar a los atributos de la ortodoxia marxista un poco de naturalismo erótico. No creo que esta literatura, con sus límites y sus costumbres actuales, a veces muy desdichados, pueda tener porvenir (1).

La literatura rusa evolucionará con el país, y no como

---

(1) Asunto Altschuller, juzgado en Moscú, hace un año: tres jóvenes escritores, con rasgos físicos de mediocres arrivistas, durante una orgía crapulosa, ejercen violencia sobre la amante de uno

lo deseen ciertos dómines hinchados de tesis. Su suerte va ligada a la de la República de los Soviets. Cuanto más poderoso, libre y cultivado sea el proletariado ruso, mejor impondrá su influencia en las letras, por la fuerza de las cosas, y sin necesidad de la presión administrativa. Pero si la situación de los trabajadores rusos sigue siendo peor que la de las otras clases cultivadas—verdaderamente más cultivadas—, las exigencias del *Gosizdat* así como de las directivas de las oficinas del partido comunista, no serán capaces de inspirar al arte proletario más que una vida precaria y ficticia.

Los escritores que no son proletarios, se oye decir con frecuencia, evitan con obstinación censurable, rozar los grandes cuadros de la vida social, de que la literatura soviética ha menester para *expresar y secundar a su manera* la labor de las multitudes. Se entregan demasiado a estudios de psicología. Se ocupan del drama íntimo. Escriben novelas históricas. Estos reproches me han parecido justos. Ahora que, ¿son evitables? Todavía sigo preguntándomelo con cierta angustia. No veo muy bien al escritor soviético abordando, con una amplitud y una fuerza de que le sé muy capaz, la gran novela naturalista del día siguiente de la revolución, que podría ser un documento humano de primer orden. Zola pudo recoger en su *París* el gobierno, la prensa, la finanza, la literatura, la calle de su tiempo. El escritor soviético, aun cuando llegue a la fe comunista más sincera, ¿podrá hacer otro tanto? Los jefes del gobierno son, de hecho, inamovibles; al trazar sus retratos, podría uno exponerse a caer en la novela de clave (1). ¿Tolerarían el ser retratados por los

---

de ellos, una joven comunista descarriada por la bohemia literaria. Al día siguiente la muchacha se suicida. Los detalles son odiosos. Y no se trata de un caso excepcional.

(1) El escritor comunista Vassiltchenko, al publicar una novela (*Del otro lado*), del partido, provoca discusiones y oposiciones y es excluído del partido, aun cuando su libro estuviera "en la línea", por haber trazado unos retratos demasiado parecidos (o no lo bastante), de los jefes del partido. El libro ha sido retirado de la circulación.

novelistas? El retrato exacto sería molesto y discutible. Deformado por la creación literaria, no podría menos de parecer adulador o crítico. La Prensa es oficial. Los directores de las universidades son oficiales. Los menores directores de las fábricas y de las administraciones encarnan prestigio y poder: el partido de la dictadura. Si yo fuera un escritor soviético, no emprendería con gusto la descripción de tantos poderosos, pequeños y grandes. Quizá prefiriera también elegir géneros literarios menos espinosos que la gran novela social.

La tragedia de Gorki no es conocida todavía en Occidente. El más popular de los escritores rusos, uno de los más grandes escritores europeos, el ex vagabundo del Volga, el poeta de los *bajos fondos* de la vida rusa, que volvió por algunos meses a la U. R. S. S. en 1928 y fué acogido con transportes de alegría, se marchó consagrado como una "gloria oficial", sin dejar tras sí más que una inquietud confusa o precisa, según los medios. Los intelectuales soviéticos no hablan de él como no sea con tristeza o ironía no disimuladas; los militantes del partido sonríen o se encogen de hombros. Yo he oído a los obreros de Moscú llamarle—a él, que quería ser el *Amargo* ("Gorki")—*Slatki*, el dulce, el azucarado, que ve las cosas de color de rosa. Sus obras se venden bastante mal, en contraste con las de Tolstoi, que constituye el mayor éxito actual de la Librería del Estado. Es esta una prueba bien palpable del despego del público, a pesar del ruido oficial.

Se conoce y se quiere al gran Gorki que ha conservado siempre su hablar franco, que se ha equivocado con cierta frecuencia, pero sin incurrir en el reproche de no mirar la realidad cara a cara. Este valor amargo, que se llama realismo, no le ha faltado nunca. No se olvida que, después de haber censurado, en términos implacables, a los autores de la insurrección de octubre; después de haber sido, hasta fines de 1918, adversario irreductible de los

bolcheviques, se adhirió—el único, casi, de todos los escritores rusos—a la revolución proletaria, durante los negros días del hambre, de la guerra civil y del bloqueo. No se olvida que, aun después de su adhesión, conservó tenazmente—a veces hasta exasperar a Lenin y a Trostki—su independencia de espíritu y de palabra; que se convirtió durante el terror rojo, en el protector incansable de los intelectuales—universitarios, sabios, literatos, liberales de toda especie—hostiles al régimen y mal tratados por la Cheka. Sus incesantes intervenciones cerca de los comisarios del pueblo, su desaprobación categórica de ciertas medidas revolucionarias—por ejemplo, aquellas que hubo que tomar contra el alto clero ortodoxo que rodeaba al patriarca Tikhon—, le acarrearon, en 1921, por parte de Lenin, que le conocía y le quería, una invitación concreta a que se fuese a tomar el aire del extranjero, a fin de restablecer una salud un tanto quebrantada. Se marchó. Refugióse en Sorrento, en medio del más puro azul mediteráneo. Desde las ventanas, inundadas de sol, de su casa, presenció las proezas del fascismo. Entonces vió que la sangre del proletariado vencido corría mucho más abundantemente que la sangre del proletariado vencedor. Sin embargo hizo "justicia" (si hemos de creer a los periódicos italianos de 1927) a "la obra de Mussolini".

Desde su destierro permanecía en contacto vivo con los escritores soviéticos. Y cuando, en 1922, los líderes socialistas revolucionarios que habían fomentado la contrarrevolución y solicitado la intervención extranjera en su país comparecieron ante el tribunal revolucionario de Moscú, Gorki salió de su mutismo para pedir que se les salvara la vida. Era tanto como desafiar a la opinión revolucionaria, partidaria todavía, entonces, de los juicios implacables, y que no gusta de los apóstoles de la clemencia. Fué un gesto valeroso y razonable: el veredicto no se aplicó.

Escribía. Y, cosa curiosa: sus grandes obras recientes, *La empresa Artamanov*, *La vida de Klim Samguin*, tratan exclusivamente del pasado, de la Rusia prerrevolucio-

naria, de la revolución de 1905. Como si se detuviera, sobrecogido, en el umbral de la Rusia soviética, cuyas costumbres y cuyos hombres conoce, sin embargo, tan bien. ¿No hay en esto una especie de reticencia, una retirada ante la realidad del cambio social que el artista—el Amargo—no se atreve a describir tal cual lo ve su temperamento, a través de su pensamiento eternamente en protesta?

Anunciado, esperado, festejado de antemano, Máximo Gorki llegó a Rusia en la primavera de 1928, en vísperas de su 60 aniversario. Jamás un escritor de vuelta a su país ha sido recibido como él lo fué. En el trayecto desde la frontera hasta Moscú, las diputaciones, con sus banderas a la cabeza, lo habían aclamado, a su paso. El viejo de duras mandíbulas grises se enjugaba los ojos, saludaba, estrechaba manos. En Moscú, una inmensa muchedumbre, contenida por la milicia y la tropa, esperaba ante la estación. Las diputaciones de las fábricas, de los clubs obreros, del partido, de todas las organizaciones, disciplinadas, se apretujaban, innumerables, en medio de un orden riguroso. En las gradas, las más altas autoridades del partido, del gobierno, del ejército, aguardaban, rodeadas por militares de hermosa presencia, con los distintivos verdes de la G. P. U. Flores, banderas, carteles, bienvenidas, orquestas, tempestades de aclamaciones, estallidos de los instrumentos, la *Internacional*. En medio de este ruido, abrazado, ahogado, llevado en triunfo, no hizo más que entrever a las dos o tres docenas de escritores que habían obtenido pases de favor y que habían sido los únicos que lograron acercarse a él. Estos comprendieron desde el primer momento que Gorki les había sido robado, arrancado, y se marcharon hacia otro destino diferente del suyo. Gorki lloraba. Lo filmaron, hundido en un "auto", abrazando a Bujarin, abrazando al director de la Librería del Estado, Khalatov; abrazando, todavía aturdido por las ovaciones y por las charangas, a otros personajes oficiales. ¿Se dió cuenta de que iban a hacer falta, desde aquel momento, para acercarse a él, para estrecharle la mano, simplemente para verle, permisos de difícil obtención, y que

estaba cautivo de las eminencias soviéticas? Los banquetes, las recepciones, las visitas de fábricas, de clubs, de instituciones, se sucedieron, siguiendo el rito oficial: discursos, banderas, música. La Librería del Estado firmaba, mientras tanto, con el gran escritor, en condiciones excepcionales, un contrato para la reedición de sus *Obras completas*. Los festejos destruyeron la salud del viejo, que pensó en refugiarse, de incógnito, en una modesta finca de los alrededores de Moscú. El grueso Demian Biedny, el alegre versificador de la *Pravda*, el hombre más incompatible que darse pueda con el *Amargo* de la cara destrozada, de silueta ascética, invadía desde el día siguiente—o dos días después—, este refugio. Gorki visitó el Medio-día, el Volga, Nijni Novgorod, donde se desarrolló parte de su juventud de vagabundo, y donde los festejos y las visitas oficiales ocuparon ahora todo su tiempo. Lo mismo sucedió en Leningrado. Aquí, los escritores, sus viejos amigos, le enviaron, como a un gran personaje extranjero, una diputación...

Se maravillaba de las viejas y de las nuevas fábricas, de las escuelas, de los clubs, de las organizaciones de corresponsales obreros de la Prensa; pronunciaba arengas con los ojos húmedos, no cesaba de repetir que se habían hecho, que se hacían grandes cosas, que aquello era un espléndido comienzo de la sociedad nueva. Y Rusia, la U. R. S. S. entera, escuchaba.

La primera arenga pareció de rigor. La segunda pareció ya superflua. A la trigésima, la gente se preguntó: "¿Pero es que no ve nada? ¿No comprende que la vida simple y verdadera es muy diferente de la que se ve en calidad de gran huésped oficial?"

Anunciaba el lanzamiento de una revista: *Nuestros éxitos*. Las cartas de interrogación, incluso malévolas, afluyeron sobre la mesa de su secretario. En adelante, sus arengas comenzaron con otro clisé: "Creedme, ciudadanos: también veo el mal; pero..." Ya no se le creyó. La palabra viva que se esperaba de él en aquel país en que lo mejor y lo peor riñen cuerpo a cuerpo por doquiera, no

llegaba. Lo vió todo de color de rosa y azul. ¡Y bien sabe Dios, sin embargo, que existen otros colores! Su partida no dejó ningún vacío.

¿En qué momento había venido a dejarse ganar por la embriaguez de las recepciones triunfales? En el preciso momento en que el país entraba en la crisis del trigo, que multiplica en el campo los incendios y los crímenes, y en las ciudades las colas ante las cooperativas y la penuria en los hogares; en el preciso momento en que la vida se hacía cada vez más dura; en el preciso momento en que el partido desterraba, a los confines del Turquestán y de la Siberia, a las dos terceras partes de los jefes que lo habían llevado a la victoria durante los años heroicos. El Amargo realista parecía no ver nada. El, que había multiplicado antaño las gestiones en favor de los intelectuales contrarrevolucionarios, simulaba ignorar las detenciones y las deportaciones de centenares de obreros comunistas de la oposición. A aquellos que intentaban hablarle de estas cosas les respondían: "En la Europa occidental se ven cosas por el estilo."

Ha habido comunistas que me han dicho con sencillez: "La cosa es lógica. En 1917, Alejo Maximovitch escribía en su *Novaia-Jizn* terribles diatribas contra Lenin, Trotski y el bolchevismo, acusándoles de llevar a la revolución al abismo. Este intelectual vacilante, de quien Lenin se decía con tristeza: "¿Por qué se mete en la política?", estaba contra la revolución *proletaria*. Pero Trotski organizaba en Petrogrado la toma del poder y, en toda Rusia, la victoria del ejército rojo. Hoy, el país ha crecido, el país crece, pero la revolución se encuentra en plena crisis. Trotski sale hacia su destierro de Alma-Atta; el partido arroja a 3.500 revolucionarios de los mejores; Alejo Maximovitch, que no ha creído nunca en la revolución *proletaria*, y cuya actitud en 1917-18 se olvida con demasiada benevolencia, se pasea por la U. R. S. S. y bendice nuestro bolchevismo enfermo. Es lógico, es normal."

Esta explicación peca, a mi juicio, de una exactitud demasiado esquemática. Existe eso; pero existe también, de

una forma más inmediata, la exasperación interior producida por el antibolchevismo de Occidente, el sentimiento de repulsión inspirado por la emigración blanca y por la reacción, al amor al país natal, un amor de viejo que se deja cubrir los ojos para no sufrir tanto y, por último, dominándolo todo, el hecho de que nuestro viejo Gorki se ha encontrado desarmado, desde el primer momento, por una popularidad aplastante, organizada con todos los recursos del Estado y del partido proletario, que representan la más formidable concentración del poder que conoce la historia moderna. Y a esto precisamente le llamo yo la tragedia de Gorki.

Como todos los países nuevos, la U. R. S. S. crece vigorosamente, a razón de tres millones de seres humanos por año, lo que quiere decir a razón de millones de campos de cultivo, de talleres, de empresas. Esta sexta parte del mundo aumentaría bajo todos los regímenes. No hay que confundir, pues, su crecimiento con el del socialismo. La vasta Rusia camina hacia el porvenir y, seguramente, hacia un brillante porvenir. ¿Cuál? ¿Repetirá, tras largas crisis, la experiencia formidable de los Estados Unidos de América? ¿Conocerán nuestros hijos los Estados Unidos de Europa, luciendo en sus banderas la hoz y el martillo, pero dominados por los rascacielos de una civilización industrial donde existirán ricos y pobres? ¿O conocerán, en pleno florecimiento, la gran Federación Comunista? Así debe plantearse el verdadero problema de los destinos, y, pensando en él, debemos seguir las peripecias de la lucha, generalmente muy bien disimulada, de las clases en la U. R. S. S.

En estos momentos, aquellos que conocen la U. R. S. S., deben gritarles a los constructores del socialismo: "¡El peligro está en vosotros mismos!" Lo esencial depende todavía, en estos momentos, de vosotros. No sucederá lo mismo dentro de algún tiempo, si no sabéis reaccionar con la necesaria energía.

La dictadura del proletariado se encuentra bien asentada sobre instituciones estables. El partido comunista dispone de un potente material, mayor que nunca. Todo se encuentra en vuestras manos. Pero vosotros, partido del proletariado, colectividad formidable de revolucionarios, que encarnáis las aspiraciones de la clase obrera, vosotros lleváis en vuestro propio organismo el mal que más gravemente os amenaza. Lo he nombrado varias veces: *es la fosilización de las ideas en dogmas*. "El marxismo no es un dogma; es un guía para la acción", decía Lenin. Es el empobrecimiento de la doctrina oficial por las hipocresías y por las adaptaciones utilitarias a las necesidades del momento; son todas vuestras instituciones, comenzando por la más importante, por aquella que constituye el corazón de todas las demás, por el partido comunista; es la *burocratización*. Los funcionarios emborronadores de papeles obstruyen todas las salidas, reemplazan por doquiera a los hombres vivos, verdaderos. Mejor retribuídos, manifiestan la tendencia a constituir una casta, a la que es necesario llamar pequeña burguesía, y que se apodera poco a poco, como una invasión de bacilos, del poder en el partido y en el Estado.

El sistema burocrático ha realizado grandes progresos desde la muerte de Lenin, porque los dirigentes del partido han tenido necesidad de él para luchar contra unos rivales que les hubieran arrancado, seguramente, a la mayoría, sin la presión de una jerarquía, cada vez más potente, de funcionarios. Zinoviev, Kamenev, Stalin, han necesitado de la burocracia contra Trotski y Preobrajenski en 1923, contra Trotski en 1924, contra Trotski y Zinoviev en 1926-27. El creador del ejército rojo es odiado de la burocracia porque ha sido el primero en denunciarla y porque se le aparece como el enemigo irreductible del sistema burocrático de gobierno.

Este sistema disminuye y amenaza con paralizar el desarrollo de las fuerzas socialistas de la U. R. S. S. Constituye la base de todos los males.

No ignoro que todavía es superior la salud a la enfer

medad en el organismo soviético. Los escándalos, los abusos, las tonterías, la afluencia de falsos comunistas no deben hacernos olvidar el constante esfuerzo invisible de cientos de millares de verdaderos comunistas, miembros del partido o que simpatizan con él. El hecho de que la industria nacionalizada, la cooperación, la enseñanza, se desarrollen no obstante la pesadez, la apatía, el espíritu retrógrado, el miedo a las iniciativas, que caracterizan a la burocracia, prueban que el mal puede ser vencido aún.

No me corresponde a mí preconizar los remedios. Pero he aquí algunas ideas que acuden naturalmente al espíritu:

1.° Todo debe arrancar del partido. La base de todo saneamiento del organismo soviético está en el retorno del partido a la democracia interior, lo cual no puede realizarse sin que vuelvan al partido todos aquellos que han combatido en favor de ese saneamiento.

2.° La Prensa tiene necesidad de una gran reforma, que sería la resultante de la vuelta del partido a la centralización democrática. Debe ser menos oficial, más abierta a todos los ciudadanos, a todos los comunistas, en primer lugar, dependiendo menos directamente de las autoridades locales. Tiene necesidad de que se introduzca un *derecho de respuesta* que la colocaría en situación de garantía contra una multitud de abusos. Debería expresar los tonos de la opinión soviética y comunista.

3.° En el dominio científico, literario, y en la teoría comunista, la doctrina oficial del partido debe tratar de imponerse más por su propia fuerza que por la presión administrativa. En este sentido, ganaría mucho con cierta libertad de discusión, de polémica, de investigación intelectual. Los peligros del estancamiento son mayores de lo que serían los de cierta libertad de expresión.

4.° La justicia administrativa que juzga y condena a los acusados políticos sin su presencia, que les niega todo medio de defensa, que obra en medio del secreto más absoluto y que no rinde cuentas, asimismo en secreto, más que a los órganos dirigentes del partido, ha nacido de la necesidad de combatir pronta y vigorosamente a la con-

trarrevolución, en tiempos revueltos. Quizá deba ser mantenida contra el espionaje y contra las clases enemigas del proletariado. Los trabajadores, los socialistas y los comunistas, deberían, de todas maneras, no ser juzgados más que por tribunales regulares, públicamente, y admitiendo la defensa.

5.ª En la producción, lo mismo que en la cooperación, hay que dejar paso a las energías, a las iniciativas, a las competencias. Hay que estimular el interés individual del productor o del vendedor, e introducir un máximum de democracia obrera.

No indico aquí más que las principales medidas susceptibles de encauzar poco a poco al Estado obrero y campesino hacia una amplia democracia obrera, que no tiene nada de común con la democracia burguesa, defendida por los socialistas de Occidente. Se trata de dar a los trabajadores, y sólo a los trabajadores, que siguen el camino del comunismo, todas las libertades que la constitución de la U. R. S. S. les reconoce en principio.

No faltará quien me conteste que hundo las puertas abiertas y que manifiesto cierta malicia hacia la U. R. S. S. "¡Vamos!—me dirán aquellos que no conocen la U. R. S. S. más que por haberla estudiado en los boletines oficiales, o por haberla visto desde los aviones que les ofrecía la burocracia—; todo lo que usted reclama existe ya en la U. R. S. S. La U. R. S. S. es una amplia democracia obrera. Dentro del partido reina la mayor libertad. La Prensa soviética, incluso la de Smolensk, es y ha sido siempre excelente. En las ciencias como en las artes, reina una amplia libertad de expresión. La G. P. U. no detiene más que a los contrarrevolucionarios; si Fulano o Mengano están detenidos, es porque son contrarrevolucionarios..." (Esto es lo que yo llamo la prueba de la culpabilidad por el castigo.) "En la industria se cultivan las competencias y, en una palabra, todo va bien."

A aquellos que empleen semejante lenguaje, no volveré a citarles los hechos aplastantes, cuya enumeración podría ser infinita, sino que me limitaré a decirles:

"Ustedes se creen, quizá, sinceramente comunistas. Ustedes creen servir sinceramente a la causa del proletariado internacional. Y ustedes llevan con satisfacción una venda en los ojos, luciendo la estampilla oficial. Su optimismo de encargo y sus "martingalas", tan detestados por los habitantes de la U. R. S. S. y por los soldados de la revolución, como detestaban los soldados el patriotismo chillón de los periodistas de la retaguardia, son una prueba más de la gravedad del mal..."

A los camaradas de la U. R. S. S. no se les puede decir más que lo siguiente:

"¡El peligro está en vosotros mismos!"

Pero precisamente por eso, camaradas, también la salvación está en vosotros mismos.

Todavía sois los dueños de vuestro destino.